

**MULTI
MILLONARIO**

&

Rebeldde

ELLA VALENTINE

Multimillonario & *Rebelde*

Ella Valentine

Índice

[Harper](#)

[Jake](#)

[Harper](#)

[Harper](#)

[Harper](#)

[Jake](#)

[Jake](#)

[Harper](#)

[Harper](#)

[Jake](#)

[Jake](#)

[Harper](#)

[Harper](#)

[Jake](#)

[Harper](#)

[Jake](#)

[Harper](#)

[Harper](#)

[Jake](#)

[Harper](#)

[Jake](#)

[Harper](#)

[Harper](#)

[Lena](#)

[¿No quieres perderte ninguna de mis novelas?](#)

[Otras publicaciones de Ella Valentine](#)

Harper

Cierro la puerta y arrastro la maleta tras de mí. No puedo creerme que, después de tanto tiempo juntos, Gabe y yo hayamos terminado. Llevábamos meses discutiendo a diario, es verdad, pero pensaba que sería una fase temporal en nuestra relación, como todas las que hemos vivido hasta la fecha.

Aprieto el botón del ascensor, me muerdo el labio y parpadeo un par de veces para evitar que las lágrimas resbalen por mis mejillas. Odio llorar, me considero una mujer fuerte que se crece ante las dificultades . Pero es que Gabe y yo llevábamos tanto tiempo juntos que me cuesta imaginar la vida sin él.

Cuando llego al exterior del edificio donde hemos compartido piso este último año, saco el móvil del bolso y llamo a Lena, mi mejor amiga desde la Universidad. Compartimos piso de estudiantes y, desde entonces, somos uña y carne. Casi familia. Sé que está en París con Adam, su novio, pero necesito hablar con ella. Necesito oír su voz y sus palabras de ánimo.

El móvil suena al otro lado. Un tono. Dos tonos. Y responde:

— ¡¡Harper!! No te lo vas a creer, pero estoy cenando en un barco sobre el Sena. Esto es precioso, nunca imaginé que me gustaría tanto París. Ojalá

pudie... —No termina la frase. Se queda en silencio cuando escucha un sollozo escapar sin querer de mi garganta—. Harper, ¿estás llorando? ¿Qué ocurre?

—Gabe y yo lo hemos dejado —le explico sin andarme por las ramas, limpiándome los ojos con el puño del jersey.

Lena suelta una exclamación de sorpresa al otro lado del hilo telefónico.

—Pero ¿es definitivo? Ya habéis tenido otros altibajos...

—Esta vez va en serio, Lena. Acabo de meter parte mis cosas en una maleta y me he marchado de casa.

Lena se queda unos segundos en silencio, seguro que haciéndose a la idea de la noticia que le acabo de dar. Al fin y al cabo, Gabe y yo siempre hemos superado nuestras diferencias. Hemos pasado por épocas mejores y épocas peores, como cualquier otra pareja, pero esta vez las cosas se han torcido demasiado. Ya no tiene solución. Lo nuestro está roto para siempre.

—Lo siento Harper. No sé qué decir. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Para empezar, buscar un hotel donde pasar la noche. Mañana ya empezaré a buscar un piso para compartir. A buenas horas se me ocurrió dejar el trabajo. —Suelto un suspiro y me maldigo una vez más por decidir hace unas semanas dejar el trabajo en la agencia de Dante. Lo hice porque

estaba desmotivada.

En la agencia nos dedicábamos a la rehabilitación de personajes públicos. De hecho, fue así como Lena conoció a Adam. La contratamos para que se hiciera pasar por su novia y le ayudara a limpiar su imagen de chico malo adicto a las drogas y el alcohol. Como son las cosas, ¿verdad? Al final de la mentira nació la verdad y llevan casi dos años juntos.

—De eso nada, Harper. Escucha. Te vas a quedar en nuestro apartamento hasta que las cosas se solucionen.

—¿Cómo? Si vosotros estáis en París...

—Jake tiene una copia de nuestras llaves. Te paso la dirección del hotel donde vive para que puedas ir a buscarlas.

Arrugo la nariz cuando menciona el nombre de Jake. Jake Lawler es uno de los mejores amigos de Adam y un capullo egocéntrico al que no soporto. Es el heredero de los hoteles Lawler, una de las cadenas hoteleras más importantes del país. Además, es terriblemente guapo, lo sabe y lo utiliza a su favor. Es el típico tío que haría babear a cualquiera: alto, de espaldas anchas, con el pelo castaño oscuro algo revuelto, el mentón marcado y unos ojos verdes que dejan sin respiración. Cualquier otra mujer estaría encantada de tener una excusa para apreciar su belleza, pero yo no. Digamos que mi relación con Jake empezó con mal pie el día que nos conocimos y no ha

mejorado mucho desde entonces.

En definitiva, es el típico tío bueno mujeriego que se acuesta con una mujer distinta cada noche. Y lo detesto.

—¿Jake? ¿En serio tiene que ser él? ¿Y Evan? —pregunto por el otro mejor amigo de Adam, con el que me llevo mucho mejor.

—Está fuera de la ciudad en un viaje de negocios. Siento que tengas que soportar a Jake en este momento, pero solo serán unos minutos. Que te dé las llaves y te vas.

Pongo los ojos en blanco. Ver a Jake es lo último que me apetece hacer hoy. Pero también es cierto que poder quedarme en casa de Lena me iría genial. Buscar un hotel en el que pasar la noche no es algo que me haga especial ilusión y tampoco es que mi economía esté muy boyante en este momento después de dejar el trabajo.

—Está bien. Mándame la dirección de ese capullo e iré para allá.

Me canta la dirección y la anoto en un bloc de notas que llevo en el bolso. Al terminar, añade:

—Para subir hasta la planta donde se encuentra su apartamento necesitarás introducir una llave especial en el panel numérico del ascensor. Hoy está en recepción Robert. Dile que vas de nuestra parte, nos conoce y te

dará una copia de la llave sin problemas. Si estuviera Lauren lo tendrías más complicado.

Y es que encima de ser un capullo egocéntrico, Jake vive en la última planta de uno de los hoteles de su padre. Nunca he estado allí, pero Lena sí y dice que es casi tan grande como un centro comercial.

—De acuerdo.

Suelto un suspiro.

—Harper —susurra con voz dulce.

—¿Qué?

—Te quiero, lo sabes, ¿no?

—Lo sé, cielo, lo sé. Yo también te quiero.

Le deseo un buen viaje, cuelgo la llamada y detengo al primer taxi libre que aparece.

Jake

El chófer estaciona el coche delante de la puerta del Club Hush y yo entro cogido de dos rubias que me miran con ojos hambrientos. Nos sentamos en los asientos traseros, el chófer arranca y yo cierro el compartimento que separa los sillones traseros del espacio del conductor mediante un espejo tintado.

—Ya estamos solos —digo alzando una ceja.

La rubia nº1 deja escapar una risita mientras la rubia nº 2 me mira sin dejar de sonreír. No recuerdo sus nombres ni falta que me hace. Solo sé que están buenas y que están cachondas. Esa información es más que suficiente para mí.

—¿Sabéis qué? Me encantaría ver cómo se juntan vuestras boquitas...

Estoy en medio de las dos rubias, así que cuando sus rostros se miran y se acercan la una a la otra lo hacen a escasos centímetros de mi cara. Tengo un primer plano de sus bocas uniéndose. Empiezan a comerse la boca haciendo que mi polla se endurezca al instante dentro del pantalón.

Joder, esta noche promete.

Meto mi mano por debajo de la falda de la rubia nº2 y esta ronronea cuando rozo su sexo por encima de las braguitas. Deja de besar a la rubia nº1 para besarme a mí.

Mientras la rubia nº2 me mete la lengua en la boca haciéndome jadear de placer, la rubia nº1 mete su mano dentro de mi pantalón acariciando mi erección por encima de los calzoncillos.

Seguimos calentándonos un buen rato, hasta que llegamos a la puerta del hotel donde vivo, bajamos del coche y vamos directos hacia el ascensor. Puedo ver la mirada condescendiente del recepcionista cuando paso por delante. Parece querer decirme algo, pero en el último momento se lo piensa y se queda callado.

Sé que me está juzgando, pero me importa una mierda. Este hotel es de mi propiedad y no tengo que rendir cuentas a nadie. Al fin y al cabo, soy Jake Lawler, heredero de los hoteles Lawler, el imperio hotelero que mi padre levantó de la nada hace unas décadas. Y sí, vivo aquí.

Pongo la llave en el panel numérico, el ascensor asciende y aprovecho para seguir la sesión de caricias con las dos rubias. Las tengo a punto de caramelo.

Llegamos a la planta correspondiente, la puerta se abre y salimos a trompicones del ascensor, sin dejar de tocarnos y besarnos. Pero entonces,

cuando mi mirada busca la puerta de mi apartamento, se encuentra con una pelirroja bajita esperando frente a ella. Se trata de Harper, la mejor amiga de Lena, la novia de Adam, uno de mis colegas de la infancia.

Me quedo un poco pillado porque no la esperaba. Esta me mira con sordina mientras cambia el peso de una pierna a la otra con los brazos cruzados.

Digamos que mi relación con Harper es... complicada. Aunque llamarlo relación es un poco exagerado dado lo mal que nos llevamos.

—Hobbit, ¿qué haces tú aquí? —pregunto acercándome a ella.

Sé que le jode que le llame así, pero es que es muy enana. No creo que llegue al metro y medio. Y me gusta la forma en la que su ceño se frunce cuando me dirijo a ella con ese mote.

—Esperándote.

—Siempre he sabido que llegaría un día en el que llamarías a mi puerta en busca de buen sexo. Pero nena, como puedes ver, hoy estoy ocupado — digo señalando a las dos rubias que se están besando y tocando por encima de la ropa unos metros detrás de nosotros.

—En otro momento te recordaría lo mucho que me repulsa la idea de tener sexo contigo, pero hoy no estoy de humor. —Veo un brillo especial en

sus ojos. Ahora que me fijo, están enrojecidos. ¿Ha estado llorando?—. ¿No has recibido ningún mensaje de Adam?

—Pues no lo sé, no he mirado el móvil. —Saco el aparato y efectivamente tengo un mensaje suyo.

Adam: Eh, tío. Harper va a ir a tu casa a buscar las llaves de nuestro piso. No te comportes como un capullo, lo ha dejado con su novio y lo está pasando mal.

Genial, pues esa información llega algo tarde. Aunque lo de ser un capullo me viene de serie.

—¿Vienes a por las llaves del apartamento de Adam y Lena?

Afirma con la cabeza y vuelvo a fijarme en la forma en la que brillan sus enormes ojos grises. No sé por qué, el hecho de que no estén chispeantes como siempre remueve algo en mi interior. Me gusta hacerla rabiar y ver el efecto de mis palabras en esos ojos tan expresivos que tiene.

Escucho un carraspeo detrás de mí. La rubia n°1 o la rubia n°2 (soy incapaz de diferenciarlas) me pregunta desde la distancia:

—¿Vas a tardar mucho? Empezaremos sin ti. —Me guiña un ojo y aprieta un pecho de la otra rubia que gime sin dejar de mirarme.

Joder. Debo haber matado a muchos gatitos en otra vida para tener tan

mala suerte en esta. Porque lo que estoy a punto de decir no me lo creo ni yo:

—Será mejor que sigáis la fiesta en otra parte. Ahora mismo no puedo atenderos.

Ambas rubias me miran entre fastidiadas e indignadas.

—¿Estás seguro? —pregunta una de ellas.

¿Qué si estoy seguro? Por supuesto que no, pero incluso un sinvergüenza como yo sabe cuando debe renunciar a un trío asegurado. Ante mi falta de respuesta, las rubias se dan la vuelta y suben en el ascensor que aún seguía abierto en nuestra planta. Lo último que veo antes de que las puertas se cierren es como se besan y se tocan por debajo de la falda.

Joder. Vida cruel...

—No era necesario que las hicieras marchar. Solo necesito que me des las llaves.

—Lo sé, hobbit, pero se me ha bajado todo el líbido.

Abro la puerta del apartamento y la dejo pasar. Veo como admira su inmensidad y es que este apartamento es grande de cojones. Incluso yo creo que es demasiado. Nos dirigimos al salón y de nuevo sus ojos se abren con sorpresa cuando observa su tamaño. Tiene sofás repartidos por todas partes, un futbolín a un lado y una barra de bar al otro.

—¿Vives aquí? Yo si viviera en un piso tan grande me perdería seguro. Ya me imagino los titulares en los periódicos: “Encontrada una chica perdida en su casa después de dos semanas buscando la puerta del baño”.

Tuerzo la sonrisa con ironía. Si hay algo que me guste de Harper son sus comentarios sarcásticos.

En realidad, Harper no está nada mal. Quizás sea un poco bajita para mi gusto, pero ese pelo rojo y rizado que tiene y esa nariz pecosa que suele arrugar cuando algo no le gusta, me parecen muy sexy. Y ahora que me fijo, tiene unas buenas tetas. Ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas. Perfectas para que quepan en mi mano.

—¿Me vas a dar la llave o qué? No tengo todo el día —me pide incómoda, y es que creo que mi escrutinio no le está gustando nada.

Salgo de mi trance y voy en busca de la llave, pero no la encuentro. Pensaba que la tenía en el mueble del recibidor, pero no, ahí no está. Voy hacia el despacho y empiezo a rebuscar entre los cajones del escritorio. Tampoco encuentro la dichosa llave aquí. ¿Dónde demonios la metería?

—Creo que la he perdido —digo girándome hacia ella, que me ha seguido por toda la casa en su búsqueda.

—¿Seguro? Piensa un poco, ¿cuándo fue la última vez que la usaste?

Intento hacer memoria, pero no creo que la haya usado nunca. De hecho, no recuerdo ni el día en el que me la dieron. La memoria selectiva es uno de mis grandes defectos, sobre todo en días como hoy.

—Lo siento, no lo recuerdo.

Me mira fastidiada y, cuando creo que va a meterme la bronca de mi vida, golpea el suelo con el pie derecho, se cruza de brazos, hace una mueca con la boca y se echa a llorar. Y no lo hace de forma moderada o discreta, sino que sus berridos suenan como si en vez de una persona fuera un gato que está siendo apaleado.

Odio ver llorar a las mujeres. Me hace sentir incómodo y nunca sé que hacer o que decir en estas circunstancias. Lo mío no es consolar a una mujer, es hacerlas gemir de placer.

Así que hago lo único que se me ocurre en este momento: voy hacia la barra de bar del salón y cojo una botella de whisky y dos vasos que relleno con hielo.

—Venga, hobbit, no es para tanto, no es necesario que llores —digo sentándome en uno de los sofás. Dejo la botella y los vasos sobre la mesa de centro y palmeo el espacio que hay a mi lado para invitarla a sentarse también. Lo hace limpiándose las lágrimas con la manga del jersey.

—Punto número uno: ¡No me llames hobbit! Y punto número dos: ¿Qué

no es para tanto? Acabo de romper con mi novio y no tengo donde caerme muerta. ¡Como quieres que no llore!

—No te preocupes por eso. Quédate aquí si quieres, tengo más habitaciones de las que necesito. —Sirvo los vasos con un dedo de alcohol y le paso el suyo. Ella lo coge ceñuda.

—¿Quedarme aquí? ¿Contigo? —Arruga la nariz como si le pareciera la peor idea del mundo.

—Oye, pelirroja, he renunciado a hacer un trío por ti. ¿No merece eso ni una pizca de consideración por tu parte?

—No me llames pelirroja. ¿Eres incapaz de hablar sin usar un apelativo? —me pregunta fulminándome con la mirada—. Me llamo Harper. H-A-R-P-E-R. Además, yo no te he pedido nada, ¿sabes? Por mí como si mueres asfixiado con una de las tetas de silicona de esas rubias.

—Vale, vale, me rindo. Hagamos una tregua. Al menos esta noche. — Me mira frunciendo el ceño sin responder—. Venga, mujer, quédate a dormir. Mañana por la mañana vendrá Mara, mi asistenta y le pediré que busque la llave del piso de Adam y Lena para que puedas marcharte.

Tarda en responder. Está calibrando sus opciones. Estoy seguro de que quedarse aquí conmigo no le apetece lo más mínimo. Sé de sobras que no le gusto, me lo ha dejado claro cada una de las veces que hemos coincidido a lo

largo de estos dos últimos años. Pero también sé que está cansada y que no quiere dar vueltas por la ciudad en busca de un lugar en el que dormir. La forma en la que tira los hombros hacia delante y se muerde el labio es un indicativo de que es así.

—De acuerdo —accede.

—Bien, y ahora, ¿qué te parece si nos terminamos esta botella de whisky y me explicas por qué lo has dejado con el tío estirado ese con el que salías?

Y aunque no le he arrancado la sonrisa que pretendía, la forma con la que afirma con la cabeza, se acerca el vaso a los labios y se bebe todo el contenido de un trago me dice de que va a ser una noche larga, muy larga.

Harper

Estoy profundamente dormida cuando oigo el sonido de alguien llamando con la puerta con los nudillos. Segundos después, escucho la voz de una chica. Me cuesta diferenciar lo que está diciendo en medio de la neblina del sueño. Abro los ojos poco a poco e intento enfocar la mirada. No sé dónde estoy, solo sé que tengo una resaca épica. Menudo dolor de cabeza, joder. Poco a poco, voy recuperando la memoria. Primero la ruptura con Gabe. Después la llamada de Lena ofreciéndome pasar la noche en su piso. Y, por último, mi visita al apartamento de Jake para que me diera una copia de las llaves de Lena.

Tras eso, todo está oscuro, vacío.

Parpadeo, me incorporo sobre el colchón y el edredón resbala por mi cuerpo. Mis pechos desnudos llaman enseguida mi atención. ¿Pero qué demonios estoy desnuda?

Me tapo de un tirón y fijo mi mirada en la persona que tengo al lado, que es Jake y está durmiendo como Dios lo trajo al mundo. Está tumbado boca arriba y su pene semierecto me saluda sin ningún tipo de pudor.

Ay. Ay. ¡¡Ay!!

NO. PUEDE. SER.

Poco a poco, empiezo a recuperar los recuerdos de lo que sucedió ayer tras la primera copa de whisky. Recuerdo que después de la primera copa vino la segunda, y después de la segunda, la tercera. A la cuarta me pareció buena idea beberme el whisky de su boca. A la quinta le invité a que se lo bebiera de mi ombligo. Y a la sexta acabamos follando como perros en celo sobre la alfombra del salón.

Y no satisfechos con eso, después volvimos a follar en su cama. No una, sino cuatro veces más.

—¡No puede ser! —exclamo en un grito cuando recuerdo todo lo que hicimos a lo largo de la noche.

A mi lado, Jake se remueve. Aunque lo que llama mi atención es la mirada ceñuda de una chica que acaba de acercarse a mí con un manojito de billetes en la mano. Los miro sin llegar a cogerlos porque no entiendo nada de lo que está pasando aquí. Debe ser la chica que ha llamado a la puerta y que me ha despertado.

—Venga, reina, será mejor que regreses a tu casa. Con esto seguro que puedes pagarte un taxi. —Tira los billetes sobre la cama y se cruza de brazos. Es joven. Diría que ni siquiera ha cumplido la mayoría de edad. Es morena y tiene los ojos verdosos, como los de Jake. Además, va vestida con un

uniforme de instituto, con una falda de cuadros escoceses en tonos verdes, una camisa blanca y una corbata a conjunto con la falda.

—¿Quién eres tú? —pregunto. Sigo desconcertada.

—La hermana de este idiota. —Señala a Jake con el dedo índice—. Suelo deshacerme de las fulanas con las que se acuesta.

Me quedo en silencio unos segundos porque me ha dejado sin palabras. ¿En serio Jake usa a su hermana para deshacerse de las chicas con las que se acuesta a la mañana siguiente?

—Perdona, bonita, pero yo no soy ninguna fulana... —acierto a decir.

—Ya, eso dicen todas.

—Eh, Sarah, ¡lárgate! —Jake parece despertar de su letargo. Se ha sentado sobre el colchón y se tapa sus partes con el edredón.

—¿Por qué? Si te estoy haciendo un favor. Y necesito que me lo devuelvas.

Esta situación es una de las más surrealistas que he vivido nunca. Toda en sí. Que me haya acostado con Jake. Que su hermana me eche de su casa. Que me ofrezca 500 dólares (los acabo de contar) como si fuera una prostituta.

—Por el amor de Dios, Sarah, ¡vete de aquí! —ordena Jake claramente cabreado.

—Pero...

—Espérame en el salón, joder.

Sarah se da la vuelta indignada, nos echa una última mirada por encima de su hombro y cierra la puerta de un portazo tras de sí.

—La madre que la parió. Esta niña no sabe lo que es la intimidación. Lo siento, hobbit.

Inspiro hondo y dejo ir todo el aire que guardo en los pulmones antes de gritar:

—¡No me llames hobbit! Pero ¿se puede saber qué me has hecho esta noche? ¿Me has emborrachado para aprovecharte de mí?

—Ehhh... Para el carro, que yo estaba más borracho que tú. Y que yo recuerde, fuiste tú la que empezó.

Cierro los ojos y me callo, no puedo contradecirlo, porque el recuerdo del momento en el que poseída por algún tipo de espíritu maligno le cogí del pelo y le comí la boca pasa como un relámpago por mi mente.

—Esto no ha sucedido, ¿de acuerdo? —le digo muy seria. Salto de la cama y me llevo el edredón conmigo.

Él sonrío cuando su miembro vuelve a quedar a la vista en todo su esplendor.

—Venga, pelirroja, si nos lo pasamos bien...

—Esto ha sido un error. —No encuentro mi ropa por ninguna parte. Creo que se quedó en el salón tras el primer asalto. Así que rodeo mi cuerpo con el edredón convirtiéndolo en un vestido improvisado. Ya sé que a estas alturas no hay nada de mi cuerpo que no haya visto, pero me siento vulnerable y estúpida.

—Pues te corriste siete veces gracias a este error.

Siento como las mejillas me arden. Apuesto lo que quieras a que se me han puesto del color de mi pelo. Me giro hacia él y lo miro con los ojos brillantes por el enfado. No estoy enfadada con él. Él no ha tenido la culpa. Estoy enfadada con la situación. ¿Cómo pude dejarme llevar de esa manera? Yo no soy así.

—Lo que ha pasado entre nosotros no puede salir de aquí. Como me entere de que se lo has contado a alguien, te prometo que haré circular el rumor de que se te baja a media asta. Y mis cuentas en redes sociales son muy activas —digo alzando las cejas en tono desafiante.

Jake me mira sorprendido por mi advertencia. Tarda unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hace levanta las manos en un gesto de rendición. Sigue teniendo su miembro a la vista y no parece avergonzarse. En serio, ¿qué le pasa a este tío? ¿No tiene sentido de la intimidad?

—No se lo diré a nadie, tranquila. Además, Adam me mataría si se enterara. Eres la mejor amiga de Lena. Estás vetada.

Le fulmino una última vez con la mirada, cuadro los hombros y salgo de la habitación en busca de un baño donde asearme y volver a ser persona. Espero encontrarlo y no perderme como ya vaticiné ayer, porque este pasillo es largo y tiene mil puertas por abrir...

Harper

Media hora más tarde, salgo del baño vestida con una camiseta y un pantalón de chándal que he encontrado dentro de un armario. A falta de recuperar mi ropa, esto me sirve. Me he duchado y ahora que he dejado de oler a fluidos corporales me siento algo mejor.

Recorro el pasillo de nuevo y me dejo guiar por el rumor de unas voces. Salgo al salón, donde me encuentro a Jake hablando con su hermana Sara. Están sentados en uno de los sofás. Sobre el centro de mesa hay café recién hecho y una bandeja llena de bollería que me atrae con su delicioso aroma. Sé que lo más sensato ahora mismo sería recoger mis cosas e irme de aquí, pero tengo hambre y necesito un café. No soy persona hasta que no me tomo mi primer café del día.

Así que haciendo alarde de esa seguridad de la que siempre he presumido, me siento en una esquina del sofá en forma de L, alejada de Jake y Sarah, cojo una de las tazas de porcelana que descansan sobre la bandeja y me sirvo un café bien cargado. Nada más dar el primer sorbo, empiezo a sentirme mejor y a prestar atención a la conversación que están teniendo los hermanos a mi lado.

—Pero tienes que ayudarme, Jake.

—¿Dónde está escrito que tenga que ayudarte con tus ideas de bombero?

—Yo te ayudo a ti deshaciéndome de las chicas con las que te acuestas, así que tú tienes que ayudarme a mí con papá y mamá. Es un quid pro quo.

—¡Yo nunca te he pedido que me ayudaras con eso! —Se pasa una mano por su pelo moreno humedecido. Debe haberse duchado también.

—Ese es un detalle sin importancia. Lo relevante es que gracias a mi ayuda no tienes que hacerlo tú. A cambio solo te pido que hables con papá y mamá para que dejen de ser tan intransigentes.

Me meto un croissant pequeño en la boca mientras veo a Jake resoplar y frotarse las sienes con aspecto cansado.

—¿Intransigentes, Sarah? Quieres irte a una aldea perdida en África a construir una escuela porque una de tus amigas del instituto te ha dicho que irá. Y me parecería una idea muy loable si no fuera porque hace dos veranos decidiste irte como voluntaria a Escocia para reconstruir un castillo y no aguantaste ni dos días allí porque el trabajo manual te estropeaba la manicura... Papá y mamá están hasta las narices de tus antojos de niña caprichosa.

Sarah arruga el ceño, tensiona los brazos y suelta:

—¡Qué ganas tengo de ser mayor de edad y hacer lo que quiera sin tener que pedir vuestra aprobación!

Se levanta del sofá, da media vuelta sobre sus talones con un golpe de melenas y poco después escuchamos el sonido de un portazo.

—Menudo genio —susurro tras dar un trago a mi café.

—Es exasperante. —Jake sigue masajeándose las sienes.

—Sí, por lo que veo es algo que los Lawler lleváis en los genes...

—Y eso que no conoces a mi madre. —Suelta un suspiro y me mira directamente a los ojos. Enrojezco, porque sus ojos verdes brillan con tanta intensidad que parece que pueda ver a través de mi ropa—. Tienes algo aquí. —Se señala el labio superior y yo intento limpiarme la zona con el dedo índice, pero Jake niega con la cabeza, se tira hacia delante y me acaricia la boca con el pulgar, frotando con suavidad.

Fija su mirada en mi boca y la nuez de su garganta sube y baja. Mis ojos tampoco pueden despegarse de sus labios. Hay algo flotando entre los dos. Algo electrizante que me acelera el pulso. No sé porque en este instante aparece en mi mente uno de los momentos de la noche de ayer: yo sentada sobre su cara mientras él me hacía el mejor cunnilingus que me han hecho en mi vida.

Jake se humedece el labio y yo dejo escapar un gemido involuntario porque entre nosotros dos acaba de instalarse una energía sexual muy evidente. Sigue con su pulgar haciendo espirales sobre mi labio y mi respiración se acelera.

—Harper... —Su voz suena como invitación a algo sucio.

Trago saliva. ¿Y si me dejo arrastrar por el lado oscuro una vez más antes de marcharme? Una última vez, antes de recuperar la cordura y convertirme en la chica sensata que he sido siempre.

Antes de que se me ocurra algo que decir, escucho el sonido de unos pasos y aparece en el salón una señora rolliza vestida con un uniforme de asistente de color azul oscuro y el pelo algo canoso.

Me separo de Jake como un resorte cuando se acerca a nosotros con una enorme sonrisa dibujada en la cara. Jake parece algo fastidiado por la interrupción, pero no dice nada, se limita a mirar a la mujer con una ceja alzada.

—Señorito Jake, he encontrado lo que me ha pedido. —Mete la mano en el bolsillo del uniforme y nos enseña un manojito de llaves que tintinean en el aire—. Las tenía guardadas en la cómoda de su habitación.

—¿Es la llave del apartamento de Adam y Lena? —pregunto esperanzada.

Jake afirma con la cabeza y me levanto del sofá dando una palmadita en el aire. Eso significa que ya tengo donde quedarme esta noche. Me acerco a la mujer que me da las llaves sin dejar de sonreír.

—Muchas gracias, señora.

—No me llames señora, llámame Mara —dice guiñándome un ojo antes de perderse de nuevo por el pasillo por el que ha venido.

Me meto la llave en el bolsillo y me termino el café de un trago sin ni siquiera sentarme, con prisas. Necesito salir de aquí antes de que vuelva a dejarme hechizar por el poder hipnótico que Jake ejerce sobre mí. Hace unos segundos he estado a punto de... bueno, no tengo muy claro de lo que he estado a punto, solo sé que Jake es un peligro del que debo escapar.

—Me march o —le digo tras recoger la ropa de ayer que alguien ha doblado y dejado sobre una silla. También cojo el asa de la maleta que dejé aquí.

—No tienes porqué irte —dice Jake, levantándose sin despegar sus ojos de los míos.

—Sí que tengo porqué. De hecho, tengo muchos motivos para ello —digo en un susurro.

Tengo que admitir que Jake está muy bueno. Es alto, tiene una tez

morena que marca a la perfección todos sus músculos, un mentón marcado muy sexy y unos abdominales definidos que recuerdo haber lamido ayer como si fueran la parte superior de un cucurucho delicioso. Pero es un capullo. Un capullo adicto al sexo y alérgico al compromiso del que debo mantenerme muy lejos.

Además, acabo de romper con Gabe, ¿qué demonios hago yo acostándome con otro hombre? Necesito pasar el duelo, estar sola, recomponerme.

Cojo aire, lo dejo ir despacio y con paso rápido, me marchó de aquí.

Harper

Llego al piso de Adam y Lena y lo primero que hago es ponerme uno de mis pijamas de franela, calentitos y cómodos. Durante el trayecto en taxi no he podido dejar de pensar en lo sucedido la noche de ayer. Está claro que el alcohol fue el detonante de todo. Si no hubiera decidido beber whisky por encima de mis posibilidades, no hubiera cometido la locura de acostarme con Jake. Por no hablar del hecho de que me sentía vulnerable y triste por la ruptura. Ya se sabe que tras una separación es frecuente cometer algún que otro error. Hay quién se corta el pelo, se hace un piercing, deja su trabajo o cambia de país. Yo solo me he acostado con Jake. No es para tanto, ¿verdad? Podría ser peor. Podría haber decidido raparme el pelo al cero u operarme la nariz. Dentro de lo que cabe esto es un error menor. Casi sin importancia. Una de esas locuras que algún día recordaré entre risas.

Pongo los ojos en blanco y me dirijo a la cocina a por algo rico que me ayude a controlar la ansiedad que me está oprimiendo la garganta. ¿A quién quiero yo engañar? Dudo que alguna vez me ría de esto, pero bueno, a lo echo pecho, no puedo deshacerlo así que solo puedo dejar que pase el tiempo y dejar que se convierta en un recuerdo lejano.

Abro y cierro varios armarios sin encontrar nada que me entre por los ojos. La cocina es enorme, como todo este piso, por lo que me quedan otros mil armarios por abrir. Pero la intuición me dice que encontraré algo apetitoso en el congelador, así que me dirijo hacia la nevera y lo abro. Me regocijo cuando veo una enorme tarrina de helado de vainilla con nueces esperándome.

Me dirijo hacia el sofá del salón con el helado y una cuchara. Me siento, enciendo la tele y empiezo a hacer zapping hasta encontrar un canal donde emiten sin parar un programa de reformas de casas. Me flipan este tipo de programas y siempre acabo anotando ideas mentales para el día en el que me compre la mía propia.

No sé cuántas horas paso ensimismada frente el televisor. Solo sé que me he terminado la tarrina de helado y que tengo como diez mil ideas nuevas para la casa de mis sueños. Cuando estoy a punto de llamar a mi pizzería preferida de Nueva York para pedirme una cuatro quesos con extra de queso y queso en los bordes (¿se nota que me gusta el queso?), escucho el ruido de la puerta al abrirse. A ese ruido le precede el de unos pasos y el de unas ruedecillas al ser arrastradas por el suelo. Segundos después, Lena, y Adam aparecen en el salón.

—¡Harper! —Lena se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza entre

sus brazos. Su pelo castaño me hace cosquillas en la nariz. Cuando creo que estoy a punto de morir asfixiada por la contundencia de su achuchón, se separa de mí para mirarme a la cara—. ¿Cómo estás?

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto, mirando primero a Lena y después a Adam—. ¿Y vuestro viaje a París?

—París no se moverá de donde está. En cambio, tú me necesitas y yo quería estar contigo.

—No hacía falta que volvierais por mí. Me sabe fatal... —Vuelvo a desviar la mirada hacia Adam que me guiña un ojo.

—No íbamos a quedarnos en París sabiendo que lo estabas pasando mal. Ya volveremos en otra ocasión. —Esboza una sonrisa y señala las dos maletas que trae con él—. Deshago el equipaje y me acerco a ese restaurante hindú que tanto os gusta para comprar la cena, ¿os parece?

—Genial. Gracias, amor —dice Lena lanzándole un beso.

Yo hago un mohín viendo como Adam desaparece por el pasillo arrastrando las maletas con él.

—Oye, ¿no podemos compartirlo? No es justo que tú te hayas quedado con el único hombre que vale la pena de todo Nueva York. —Suelto un suspiro apenado y Lena se ríe.

Porque además de ser un encanto, es un bombón. Es alto, tiene un cuerpo atlético y unos ojos azules muy vivos.

—No creo que sea el único, en Nueva York viven más de ocho millones de personas. Las estadísticas juegan a tu favor.

—Si tienes en cuenta que la mitad son mujeres y que de la otra mitad hay que descontar a casados, comprometidos, gays, hombres emocionalmente inaccesibles, perturbados, mujeriegos y psicópatas, solo nos queda uno: Adam.

—Estás chalada. —Lena me coge de las manos y me lleva hasta el sofá donde me obliga a sentarme junto a ella. En la tele siguen dando el programa de reformas. Una pareja de mediana edad quiere vender su casa porque se les ha quedado pequeña y no tienen espacio para almacenar las cosas. Se ve que una casa de tres plantas con seis habitaciones, garaje y sótano no es suficiente para ellos, sus dos hijos y su perro—. ¿Cómo estás?

Me doy unos segundos para responder intentando ordenar mis emociones. Obviamente me siento mal por haber roto con Gabe. Llevábamos mucho tiempo juntos. Sin embargo, el sentimiento que gana por goleada a todos los demás es el de desconcierto. Sigo sintiéndome profundamente confusa por haberme acostado con Jake. Además, debería sentirme arrepentida, pero por mucho que sepa que está mal, en mi fuero interno no

dejo de pensar en lo excitante y placentero que fue nuestro encuentro. ¡Me corrí siete veces! ¡¡Siete!! E hice cosas que no me he atrevido hacer con otros. ¿Es o no es delirante? Evidentemente, eso no se lo puedo decir a Lena. No sé cómo reaccionaría si se lo dijera, pero estoy convencida de que no muy bien,

—Lo llevo bien, la verdad, mejor de lo esperado —acabo diciendo como respuesta.

Lena me escruta a través de sus ojos color miel, como si no confiara mucho en mi palabra.

—¿Qué ha pasado entre Gabe y tú? Sabía que estabais pasando por una mala racha, pero ¿romper?

—Digamos que tenemos algunas diferencias irreconciliables. Durante unos meses las hemos ido capeando como hemos podido, pero no podíamos seguir ignorándolas eternamente. Y como ninguno de los dos ha querido ceder, solo podíamos hacer una cosa.

—Pero ¿qué diferencias son tan graves como para acabar rompiendo una relación?

Aparto la mirada de los ojos de Lena y juego con un mechón de mi pelo pelirrojo, algo que suelo hacer siempre que algo me pone nerviosa.

—Gabe quería que nos casáramos —le confieso en voz baja.

Vuelvo a clavar mis ojos en los de mi amiga que parpadea confusa.

—¿Qué?

—Hace unos meses Gabe me propuso matrimonio, yo le dije que no, que no me sentía preparada, que aún no sabía que quería hacer con mi vida y que quería centrarme en eso antes de dar el paso. No lo entendió y empezó a presionarme porque además de casarse quería ser padre joven y creía que era un buen momento para ello. Obviamente le dije que no pensaba quedarme preñada porque él hubiera sentido la llamada repentina de la paternidad, que no quería ser madre aún, que tenía muchas cosas que vivir... Y bueno, llevamos meses discutiendo por eso, pero ayer la discusión fue a más y me hizo un ultimátum: o accedía a casarme con él y a criar a sus churumbeles o lo dejábamos. Así que metí parte de mis cosas en una maleta y me fui.

—¡Harper! ¡No me habías contado nada sobre eso! —exclama en tono de regañina.

—Lo sé, no pensaba que las cosas llegarían tan lejos. Estaba convencida de que encontraríamos el equilibrio entre lo que él quería y lo que yo quería, como hemos hecho siempre, pero esta vez no ha sido así. Él no ha dado su brazo a torcer y yo no pienso renunciar a mi vida por algo por lo que no me siento aún preparada.

Lena afirma con la cabeza y aprieta mi mano con cariño.

—Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —pregunto con alivio.

—Claro que lo entiendo, ¿por qué no iba a hacerlo?

Me muerdo el labio y arrugo la nariz antes de responder.

—Sé que tú siempre has soñado con ser madre joven. Pensé que quizás no compartirías mi punto de vista.

—Harper, siempre me pondré en tu lugar. Y puedo entender que no quieras ser madre aún. ¡Es pronto! Tenemos solo veintiséis años.

Sonrío y Lena me devuelve una de sus sonrisas tranquilizadoras. Adam aparece de nuevo por el salón para indicarnos que va a por la comida hindú. Le damos las gracias y desaparece por la puerta dejándonos solas de nuevo.

—Bueno... ¿Y qué piensas hacer ahora?

Me rasco la barbilla, pensativa.

—Supongo que buscar una habitación en un piso compartido. Luego vendrá lo complicado, que es plantearme qué hacer con mi vida profesional.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—¿No le importará a Adam?

— *Nah* , no creo, tú le acogiste cuando se quedó en la calle. —Tiene razón, cuando el padre de Adam dejó de pagar su piso y le puso de patitas en la calle, Adam se quedó un tiempo con nosotras en el piso que compartíamos.

Acepto su proposición y seguimos hablando hasta que Adam aparece con la cena. Cenamos en el sofá, con todos los recipientes de comida hindú sobre la mesa de centro mientras vemos una película.

Lo confieso: estar con ellos es balsámico...

Jake

Entro en el Club Hush saltándome la cola que hay en la entrada. Los porteros ya me conocen y me dejan pasar nada más verme bajar del coche. Es una de las ventajas de pertenecer a una de las familias más ricas de la ciudad. Y del país.

Hoy es viernes y hace tres días desde que Harper y yo nos lo montamos. Digamos que desde entonces no he parado de pensar en ella y en las ganas que tengo de repetir la experiencia. Estaba un poco borracho y es posible que mi nivel de alcohol en sangre lo idealizara todo un poco.

La cuestión es que no me saco a esa maldita pelirroja de la cabeza, y eso es algo que no me suele pasar. Cuando me gusta una chica me la tiro y no siento necesidad de volver a verla, pero con ella es diferente. Soy incapaz de sacarla de mi cabeza.

Por eso he decidido venir la Club Hush. Lo que necesito es encontrar otra mujer que borre su recuerdo. Dicen que un clavo saca a otro clavo, ¿no? Pues un polvo tiene que poder borrar el recuerdo de otro polvo.

Me dirijo hacia el reservado que suelo ocupar con mis amigos y me siento en uno de los sofás. Desde aquí puedo ver a las chicas que bailan al

son de la música en el centro de la pista, entre haces de colores y semioscuridad . Entonces me fijo en una morena que mueve sus caderas de forma sensual mientras baila con una amiga. Es guapa, tiene los ojos bonitos y una boca grande y provocadora. Es justo mi tipo. Me pido una copa y la miro durante un rato hasta que se percata de mi mirada. Sonríe y empieza a bailar para mí mirándome de reojo. Esta es mi oportunidad. Así que me levanto, me dirijo hacia ella y la cojo de la cintura por detrás. No se sorprende al sentirme. Apoya su cabeza en mi hombro y hace círculos con su trasero sobre mi miembro en movimientos perfectamente estudiados mientras ladea un poco la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Puedo invitarte a una copa? —pregunto.

—Por supuesto.

La cojo de la mano y la llevo conmigo hacia el reservado.

Nos pasamos la media hora siguiente hablando, aunque la conversación es tan superflua que hay ocasiones en las que ella habla y mi mente desconecta. Se nota que le gusta hablar, pero es aburrida y frívola hasta decir basta, algo que antes nunca me había molestado pero que ahora me repele un poco.

Pienso en Harper, en su humor inteligente, su pelo pelirrojo y rebelde y esas pecas que se marcan en su nariz cuando la arruga.

Joder, ¿por qué pienso en ella ahora? Tengo una chica preciosa dispuesta a pasarlo bien conmigo esta noche.

Nos acabamos la copa y le pregunto si le apetece tomarse otra en mi casa. Parece encantada, así que se despide de su amiga mientras yo llamo al chófer. Diez minutos más tarde nos subimos en el coche y empezamos a besarnos en los sillones traseros.

Esto debería gustarme y excitarme, pero para ser sincero no siento nada. Es como si estuviera besando a una muñeca hinchable. Mi cuerpo no reacciona, ni siquiera mi amigo de la parte inferior que sigue flácido dentro de mis pantalones.

La morena a la que ni siquiera he preguntado el nombre parece darse cuenta de mi falta de entusiasmo, porque mete una mano dentro del pantalón en busca de mi polla. La aprieta, la acaricia y sube y baja su mano por el tronco sin dejar de besarme. Pero sigue sin pasar nada. Absolutamente nada. Es como si estuviera en coma.

—¿Va todo bien? —pregunta la chica que parece desconcertada con la inexistente erección.

—Sí, solo necesita su tiempo.

La chica vuelve a besarme y sigue con sus maniobras, pero esto no hay quién lo resucite. Mi polla ha decidido declararse en huelga. ¡Maldita sea!

Incluso las caricias empiezan a irritarme la piel y con todo el dolor (y la vergüenza) de mi corazón, saco su mano de dentro de mi pantalón y me separo de ella poniendo distancia entre nosotros.

—Lo siento, creo que es mejor que lo dejemos.

—¿He hecho algo mal? —pregunta la chica, insegura.

—No, tú eres preciosa y todo lo que has hecho ha estado genial, aquí el problema lo tengo yo.

No parece muy satisfecha con mi respuesta, pero no insiste. Me pide que pare el vehículo y la deje bajar porque se siente incómoda y quiere pedir un taxi. Le doy la orden al chófer y nos despedimos algo fríos por la situación. Una vez se baja del coche, le pido al conductor que me lleve a casa. Confieso que estoy algo preocupado con lo que acaba de pasar.

Es la primera vez en veintisiete años de vida que no se me levanta.

¿Y si esto no se trata de algo puntual? ¿Y si se convierte en algo recurrente? La simple idea me pone los pelos de punta.

Llego al hotel, me dirijo hacia mi apartamento y voy directo a mi dormitorio. Normalmente paso de meneármela yo solo, sobre todo teniendo posibilidad de contar con ayuda externa, pero hoy necesito comprobar que mi pene sigue funcionando. Así que me siento sobre la cama, me desabrocho el

pantalón y me saco la polla del bóxer para empezar a acariciarla.

Empiezo a tocarme pensando en la morena de antes, pero enseguida la morena acaba convirtiéndose en un pelirroja pecosa que me mira hambrienta desnuda tumbada en mi cama. Y ¡oh! ¡Sorpresa! Mi polla se endurece al instante.

Sigo pensando en ella mientras me toco, cada vez más rápido y más fuerte. Ella temblando debajo de mi cuerpo. Ella pidiéndome más entre jadeos. Ella con las mejillas sonrojadas corriéndose. Y me corro. Me corro a lo grande imaginándome a la dichosa pelirroja disfrutando entre mis piernas.

Me limpio cómo puedo aun jadeando por la intensidad del orgasmo y cierro los ojos maldiciéndome.

Maldito hobbit. ¿Qué clase de embrujo ha lanzado sobre mí?

Harper

—Hola, papá, tienes buen aspecto —digo a mi padre que me saluda desde la pantalla del ordenador.

Papá y mamá viven en San Francisco, casi a la otra punta del país, así que solemos hablar por FaceTime.

Papá es Dylan Smith, uno de los jugadores de béisbol profesional más importante de su generación, aunque ahora está retirado y entrena a un equipo júnior en el mismo instituto donde mamá hace de orientadora.

—¿Como estás, calabacita? —Papá me llama así en honor al color de mi pelo.

—Esto... bien —me limito a decir sin entrar en muchos detalles.

Papá se toca el gorro de béisbol que siempre lleva con él y frunce el ceño. Unos mechones de pelo ondulado y castaño escapan por debajo del gorro. Cruzo los dedos para que no use conmigo esa capacidad telepática que le permite saber cómo me siento en todo momento, pero no sirve de nada.

—Cariño, me estás mintiendo. Ya sabes que soy capaz de oler una mentira a kilómetros de distancia.

—No me pasa nada —intento disimular, porque no me apetece explicarle lo mío con Gabe.

—Canta —ordena.

Demonios. No me extraña que sea tan buen entrenador, porque cuando da una orden es imposible no cumplirla.

Chasqueo la lengua y suelto un suspiro de rendición.

—De acuerdo, puede que todo no vaya bien, pero no quiero que mamá y tú hagáis un drama de esto. Gabe y yo hemos roto.

Nada más decir esta frase, mamá aparece en pantalla al lado de papá. Seguro que estaba escuchando la conversación mientras limpiaba alguna parte de la casa de forma compulsiva. Y es que mamá tiene una pequeña obsesión con la limpieza.

Mamá y yo nos parecemos mucho. Tiene descendencia irlandesa, y de ella he heredado el pelo pelirrojo y las pecas. Y la mala leche, todo hay que decirlo.

—¿Qué ha ocurrido, cariño? —pregunta ella.

—Nada, es solo que después de hablarlo hemos decidido dejarlo. —No quiero entrar en detalles, no hace falta.

—¿Y cómo estás? —pregunta papá con el ceño fruncido.

—Bien. A ver, eran muchos años juntos, pero romper era lo mejor para los dos. De verdad. No os preocupéis por mí, estoy bien.

Papá el sobreprotector se cruza de brazos y baja la cabeza para lanzarme una de sus miradas penetrantes.

—Si te soy sincero, nunca me ha caído bien ese chico, pero pensaba que era un chico listo y que no te dejaría marchar.

Me río entre dientes porque sé que a papá le gustaba mucho Gabe. Siempre que íbamos a verle a San Francisco se lo llevaba con él para que le viera entrenar a sus chicos.

—Papá, todo está bien, de verdad.

—¿Necesitas que vayamos a verte? —pregunta mamá con la expresión de preocupación en el rostro.

—No hace falta. —Suelto un suspiro—. Lo llevo genial y estoy durmiendo en casa de Lena y su novio mientras encuentro otra cosa que pueda permitirme.

Y en cuanto suelto la frase me arrepiento de haberlo hecho, porque mamá y papá se pasan media hora intentando convencerme de que acepte su ayuda económica para que pueda alquilar mi propio piso. Sé que tienen mucho dinero y que no les importa compartirlo conmigo, pero me gusta ser

autosuficiente. Por suerte, aunque no tengo trabajo, puedo ir tirando de los ahorros que tengo, que son pocos pero suficientes por ahora.

Tras asegurarles que les pediré ayuda si lo necesito, cuelgo la llamada y resoplo con aire cansado.

Me vibra el móvil entre las manos y miro la pantalla iluminada con la llegada de un mensaje de remitente desconocido. Lo abro arrugando la nariz.

Desconocido: Hola, soy Jake. He pensado que podríamos vernos, tomar algo, ya sabes...

Frunzo el ceño. ¿De dónde ha sacado este mi teléfono? Porque estoy convencida de que yo no se lo he dado.

Me guardo el número en la agenda y respondo:

Harper: No sé cómo has conseguido mi número, y no me importa. Pero no quiero quedar contigo. Gracias, pero no me interesa.

Estoy a punto de guardar el móvil cuando este vuelve a vibrar.

Jake: No seas rancia. Solo hablo de tomar una copa y hablar un rato.

Harper: No tengo nada de qué hablar contigo.

Jake: Pues no hace falta que hablemos si no quieres. Podríamos usar nuestras bocas para otros menesteres.

Abro mucho los ojos con su insinuación. Pero ¿de qué va? Ya le dije que lo que pasó entre nosotros fue un error que no volvería a repetirse.

Harper: No flipes, Lawler. Tú y yo no volveremos a usar nuestras bocas para eso NUNCA.

Jake: Bueno, en vez de las bocas podemos usar otras partes de nuestro cuerpo si prefieres...

Harper: Ni lo sueñes. Y deja de insistir si no quieres que te denuncie por acoso.

Cierro el móvil, lo pongo en silencio y lo dejo dentro del cajón de la mesita de noche.

¿Es que se ha vuelto loco? No pienso volver a acostarme con Jake nunca jamás. Espero que capte la directa.

Jake

Bajo del taxi y entro en la cafetería con la que he quedado con Evan. Es una cafetería que está cerca del edificio de oficinas donde se encuentra Dankworth Publishing Company, el grupo editorial del que es heredero. Le he pedido que no le diga nada sobre nuestro encuentro a Adam, y aunque no ha preguntado el motivo, su tono de voz por teléfono denotaba curiosidad.

Cruzo el local de aspecto moderno y cuidado y localizo a Evan en la mesa de siempre. Está mirando el móvil concentrado. Antes de que llegue hasta donde se encuentra, levanta la mirada y me sonrío como muestra de saludo. Va vestido con un traje azul. Yo he salido de casa con un traje gris que me queda como un guante y que capta la mirada de las féminas que están sentadas cerca.

—Eh, tío, llegas tarde —dice Evan cuando me siento, con socarronería.

—Ya sabes que moverse en coche por Nueva York es toda una aventura. Nunca sabes cuando vas a llegar a los sitios.

—Ajá... —Da un trago a la bebida que tiene entre las manos y me mira expectante. Sé que esta es su sutil manera de invitarme a hablar. Se nota que está deseando saber porque lo he citado aquí solo, sin nuestro amigo, algo

que nunca había hecho antes. Adam, Evan y yo somos como siameses. Vamos juntos a todas partes desde enanos.

Necesito algo que me ayude a soltar la lengua, y aunque no suelo beber antes de las seis de la tarde, paro a una camarera y le pido un gin-tonic que me trae poco después en una copa globo. Le doy un sorbo largo como si la vida me fuera en ello.

Evan me observa con las cejas levantadas y la expresión de aquel que no sabe muy bien que esperar de la persona que tiene delante.

—Está bien... Si te he hecho venir aquí y te he pedido que nos viéramos a solas sin Adam es porque tengo que hablarte de algo de lo que él no puede enterarse. —Evan afirma con la cabeza y yo doy otro trago largo al gin-tonic intentando que este me dé la valentía que necesito para decir lo que estoy a punto de decir—. El otro día Harper, la amiga de Lena, vino a casa por un asunto de unas llaves que ahora mismo no viene a cuento. El caso es que acababa de dejarlo con su novio, no tenía donde dormir y yo le dije que podía quedarse en casa...

—¡No jodas! —exclama Evan sin dejarme de terminar de hablar. Se tira hacia delante sobre la mesa y sus ojos ambarinos se abren de par en par—. ¿Te has acostado con Harper?

—Bueno, y ella conmigo, que esto es cosa de dos.

—Jake... —Evan se pasa una mano por el pelo castaño y resopla como si lo que le acabo de decir fuera la peor noticia que hubiera escuchado en su vida.

—Estábamos borrachos y fue ella la que empezó —digo con la necesidad de explicarme.

—Tío, ¿es que no puedes mantener la polla guardada dentro de los pantalones? Hay millones de tías en la ciudad, ¿tenías que acostarte con la mejor amiga de Lena? ¿En serio? A Adam no le hará ni puta gracia.

—Por eso he pedido que nos viéramos sin él.

—¿Y qué quieres que haga yo? Si el mal ya está hecho.

—Pero es que no te quería pedir ayuda sobre eso —digo moviendo el vaso de globo del gin- tonic haciendo que los cubitos bailen y choquen entre sí.

Evan me estudia con la mirada, sospechando, hasta que una idea llega a su mente y sus ojos se abren de par en par.

—¡La has dejado preñada!

—¿Qué? No, joder, claro que no. Nunca la saco a bailar sin enfundarla antes. Con la de enfermedades de transmisión sexual que hay en el mundo como para arriesgarse a pillar una.

Evan suspira aliviado y se afloja la corbata.

—¿Entonces?

Me rasco el mentón e intento buscar las palabras porque explicar esto es difícil de cojones. Lo hago bajando la voz, pues no es un tema del que quiera que se corra la voz.

—Digamos que desde que Harper y yo nos acostamos... no he conseguido... que la cosa me vuelva a funcionar.

—¿La *cosa* ? —Evan arruga las cejas desorientado.

—Sí, la *cosa* . —Me señalo el paquete con el dedo índice—. Ya sabes, el pequeño Jake.

Evan me mira horrorizado.

—¿Llamas a tu polla *el pequeño Jake* ?

—El nombre es lo de menos. El problema es que desde que me acosté con Harper no he conseguido que me vuelva a funcionar con otra mujer.

Evan parpadea, sin decir nada, como si estuviera asimilando la información. Parece perplejo, y no es para menos.

Le explico lo sucedido el otro día con la morena del Club Hush. También le hablo de las otras tres mujeres con las que he intentado acostarme

sin éxito después de ese intento fallido. Y es que, desde Harper, parece que mi polla está en huelga.

—¿Has ido a un especialista sobre disfunción eréctil?

—No, porque no creo que ese sea el problema. —Me he acabado la copa y con un chasqueo de dedos le pido a la camarera que me traiga otra.

—Si no te funciona el manubrio debes buscar el origen del problema.

—No es tan fácil. Porque cuando me la meneo pensando en ella... La cosa no solo despega, sino que hay final feliz.

Evan abre la boca para hablar, pero la cierra de inmediato como si no supiera qué decir. La camarera regresa con mi copa y la cojo mientras Evan sigue debatiéndose entre hablar o no decir nada. Finalmente, las palabras salen de su garganta a trompicones:

—¿Me estás diciendo que puedes pajearte pensando en Harper pero no follar con otra mujer?

—Supongo que sí. Buena síntesis —le felicito.

—Eso es absurdo.

—Lo sé, Evan, por eso nos encontramos aquí —le recuerdo exasperado.

—¿Y a qué crees que se debe esta locura?

—No sé, nunca he creído en la magia negra, pero ahora empiezo a dudar de su existencia. A lo mejor Harper es bruja. —Lo digo medio en broma medio en serio, porque la situación me tiene descolocado del todo.

—¿Y si...? —Evan deja la pregunta al aire, luego niega con la cabeza como si fuera imposible—. No, da igual. No puede ser tratándose de ti.

—¿Qué ibas a decir? No te cortes.

—Solo pensaba en la posibilidad de que... te hubieras encoñado con ella.

—¿Encoñado? —Alzo las cejas.

—Sí, ya sabes, encaprichado. Que te guste, vaya.

—No tiene sentido. Es bajita, mandona y tiene mal carácter. ¿Por qué iba a gustarme alguien así? —pregunto incrédulo. Luego una idea pasa por mi cabeza y la manifiesto en voz alta—: Pero ¿y si quién se ha encaprichado de ella es el pequeño Jake? —Vuelvo a señalarme los pantalones.

—Deja de referirte así a tu pene, tío.

—Pero, podría ser, ¿no? Tuvimos una sesión de sexo brutal. De las mejores que recuerdo. Puede que ahora tenga síndrome de abstinencia.

—Pues... No te sabría decir. De ser así solo te quedan dos opciones: esperar a que le pase el mono o volver a “consumir.” —Dibuja unas comillas

cuando dice la última palabra.

Frunzo la boca. Lo de esperar no me acaba de gustar. Soy una persona de acción. Además, ¿cuánto tiempo sería eso? ¿Dos semanas? ¿Tres? ¿Un mes?

Por el otro lado, creo que Harper no se prestaría a repetir lo que ocurrió la otra noche entre nosotros. El otro día le mandé unos mensajes como globo sonda y estuvo súperborde conmigo. Y no lo entiendo, la verdad. Sé que ella también disfrutó. Lo sé por la forma en la que me pedía más entre gemidos.

—¿A ti te ha pasado algo así alguna vez? —pregunto a Evan.

Evan está preprometido con Olivia Goldman, la heredera de una de las familias más influyentes de la ciudad. Digo preprometido porque en realidad aún no lo están de forma oficial, pero todo el mundo sabe que se casarán. Él no la quiere, pero ella está obsesionada con él, y como los Goldman son los que más invierten en publicidad en el Grupo Empresarial de su padre, no le queda otra cosa que aceptar el compromiso. Además, sus padres son amigos de toda la vida.

Actualmente son pareja, pero no de una forma convencional ya que Evan no la ama, Olivia lo sabe y le deja tontear y acostarse con otras mujeres hasta que se casen. Ese es el pacto que tienen.

Sí, señores. Así es el mundo al que pertenecemos. Un mundo donde todo

tiene su precio. Incluso el amor.

Evan se ha quedado pensativo tras mi pregunta. Se rasca la barbilla y finalmente responde con una mirada enigmática.

—No he estado exactamente en tu misma situación, pero sí que sé lo que es conocer a alguien que hace tambalear tus esquemas.

—¿Qué quieres decir con eso?

Suelta un suspiro antes de hablar, como si contarme esto le supusiera un mundo entero.

—¿Recuerdas aquel Halloween que fui a buscar hierba en un piso de Queens y me quedé encerrado toda la noche en el ascensor del edificio en cuestión? —Afirmo con la mirada acordándome de aquella noche. Adam, Evan y yo estábamos en la universidad y se celebraba una fiesta en nuestra hermandad. Decidimos comprar hierba para darle un poco de vidilla al asunto, y tras un acalorado enfrentamiento al piedra, papel o tijeras, Evan perdió y le tocó desplazarse hasta Queens para comprarla. Lo estuvimos esperando en la fiesta toda la noche, pero no apareció hasta la mañana siguiente en el piso que compartíamos—. Bueno, pues resulta que hay parte de la información que no os expliqué. No me quedé encerrado en ese ascensor solo, sino que lo hice con la chica más alucinante que he conocido en toda mi vida. Y no por su físico, aunque era mona, sino por su forma de

ser. Era inteligente, divertida, sarcástica y tenía personalidad. Pasé la mejor noche de mi vida metido en ese ascensor junto a ella.

Le miro escéptico. No soy un romántico, creo que eso es algo que cualquiera que me conozca mínimamente puede deducir. Por lo que esta historia me parece irreal e inverosímil.

—¿O sea que mientras nosotros llamábamos a todos los hospitales de Nueva York atemorizados por si habías sido agredido por alguna banda de Queens tú estabas encerrado en un ascensor tirándote a una tía?

—No he hablado de sexo.

—¿Cómo? ¿No hubo sexo? Entonces no lo entiendo. —Parpadeo confuso.

—No follamos. En esta vida no todo se reduce al sexo, Jake.

—Todo no, pero sí casi todo. Es una de las pasiones humanas más instintivas.

—Supongo que el día que te enamores dejarás de ser tan cínico.

—¿Enamorarme yo? —Suelto una carcajada y me cruzo de brazos—. No creo que eso vaya a suceder nunca. Estoy bien como estoy; sin ataduras, sin necesidad de rendir cuentas a nadie. Soy libre como el viento, tío.

—Eres un tío libre como el viento al que no le funciona la chorra por

culpa de una chica.

Ahí le ha dado, el muy mamón. Me encojo de hombros y hago una mueca.

—En fin, no sé porque te he contado nada porque no me has ayudado una mierda.

—¿Qué querías que hiciera, que sacara la barita mágica y solucionara tu problema con un encantamiento?

No le respondo. Solo le miro con el ceño fruncido mientras me termino el segundo gin-tonic. En fin, creo que lo único que puedo hacer para descubrir si lo que me pasa es culpa de Harper es volver a acostarme con ella. La hobbit pelirroja tiene la clave de todo. Ahora solo tengo que trazar un plan para conseguirlo...

Harper

Cierro la última caja de cartón y la precinto. Con esta ya he terminado de guardarlo todo. Es raro ver los muebles medio vacíos, sin nada que me pertenezca. Es como si nunca hubiera estado aquí. Como si nunca hubiera vivido en este piso.

He venido al piso que compartía con Gabe para llevarme todas mis cosas. Ahora que las tengo empaquetadas solo falta que llegue la empresa de mudanzas que he contratado para que me ayude a hacer el traslado. Lena me ha cedido una de las habitaciones vacías de su piso para que deje todas las cajas ahí durante el tiempo que esté con ellos.

Me limpio el sudor de la frente con la manga del jersey y justo en este momento la puerta de la entrada se abre. Me tenso cuando veo aparecer a Gabe en el salón. ¿Qué hace aquí? Sabía que vendría porque le mandé un mensaje escueto explicándoselo. Además, he venido en su horario de trabajo. Son las cuatro de la tarde y él suele quedarse en la oficina hasta las ocho.

Nos miramos a los ojos unos segundos en la distancia. Lo veo tragar saliva, aflojarse la corbata y acercarse a mí.

—Harper...

—¿Qué haces aquí? —pregunto intentando que no se noten los nervios que siento por dentro y que hacen que mis rodillas tiemblen .

—Vivo aquí.

—Ya sabes a lo que me refiero. Normalmente a estas horas estás aún en la oficina. ¿A qué has venido?

—Quería verte. —Se toca el pelo rubio, ese pelo rubio que tan loca me volvía, y se sienta en el sillón.

Gabe es el típico chico californiano, bronceado, alto y fuerte. Siempre me he sentido muy afortunada por estar con él. Nos conocimos en una fiesta universitaria y entre nosotros saltaron las chispas desde el primer momento. Pero ahora todo ha terminado.

—No creo que eso sea buena idea que nos veamos dadas las circunstancias.

—Te he echado de menos esta semana. ¿A caso tú no? —Me mira con ojitos de cordero degollado.

—Claro que te he echado de menos, pero creo que lo mejor para los dos es limitar nuestros encuentros durante un tiempo. Hasta que las cosas se calmen.

—Entiendo. —Afirma con la cabeza.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Es incómodo estar en la misma habitación que él. Es como si me faltara el aire, como si no me funcionaran correctamente los pulmones.

Cojo aire y lo dejo ir despacio.

—Ya lo he recogido todo. Los de la mudanza no creo que tarden en llegar —digo intentando suavizar un poco el ambiente.

—Bien.

Más silencio. Más incomodidad. Empiezan a picarme los brazos, algo que suele pasar cuando me pongo muy nerviosa.

La tensión en el ambiente es palpable. Cuando estoy a punto de irme a la habitación de al lado con la excusa de comprobar si he metido algo en unas cajas, Gabe interviene de nuevo:

—Harper, ¿crees que tomamos la decisión correcta al separarnos? — Coloca los codos sobre sus rodillas y me mira través de sus ojos castaños.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con la voz atragantada.

—¿Hicimos bien en dejarlo, en no luchar por lo nuestro?

Tardo en responder. Pienso en ello. Esta pregunta me la he estado haciendo a lo largo de esta semana y siempre llego a la misma conclusión: sí. Porque ninguno de los dos cederá ni renunciará a lo que quiere por el otro.

Porque si uno de los dos cediera, el otro probablemente se lo echaría en cara toda la vida.

—Gabe... Queremos cosas distintas. Esto es lo mejor para ambos.

—Lo sé, pero me duele. No pensé que dolería tanto.

—A mí también me duele, pero pasará. Nadie se muere de esto, ¿no?

Compartimos una mirada triste. Una mirada llena de recuerdos, de momentos vividos juntos. Algunos fueron malos, sí, pero la mayoría fueron buenos. Geniales.

—Nos hemos querido mucho, ¿sabes? —le digo como reflexión final.

Gabe sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa. Son sonrisas que no llegan a los ojos, pero supongo que es normal dadas las circunstancias.

En este momento, llaman al interfono. Desvío mi mirada de la suya y respondo al telefonillo. Son los de la mudanza. Les digo que suban. Abro y los chicos de la mudanza entran y cargan todas las cajas en un periquete. Cuando terminan, me indican que me esperan abajo para llevarlo todo a Fifth Avenue.

—¿Dónde te quedas? —me pregunta Gabe que se ha quedado todo este rato sentado en el sillón.

—Por ahora en casa de Lena y Adam.

Afirma y me mira con los ojos brillantes.

—Que te vaya bien, Harper.

—Y a ti, Gabe. Y a ti.

No alargo la despedida. Levanto la mano, susurro un adiós, salgo del piso y cierro la puerta tras de mí. Me quedo unos segundos apoyada en la madera, con los ojos cerrados, intentando controlar la respiración agitada. Cuando lo consigo, abro los ojos de nuevo y me digo a mí misma con determinación:

—Todo saldrá bien, Harper. Es hora de empezar una nueva vida.

Jake

Hoy es jueves, noche de fútbol en casa de Adam. Juegan los Giants contra los Dallas Cowboys y es uno de los partidos de la temporada. Debería estar entusiasmado por eso, pero lo cierto es que lo estoy por otro motivo. Un motivo pelirrojo y bajito que no pasa del metro cincuenta. Porque señores y señoras: esta es la excusa que estaba esperando para volver a coincidir con Harper.

Tengo un plan para que el pequeño hobbit caiga en mis redes de nuevo, ahora solo tengo que conseguir que funcione.

Entro en el edificio de Fifth Avenue donde viven Adam y Lena, cojo el ascensor y subo hasta la planta correspondiente. Cuando me encuentro delante de la puerta del piso, me paso una mano por el pelo, esbozo una de mis mejores sonrisas y llamo a la puerta. Llevo conmigo un arsenal de latas de cerveza que he comprado por el camino.

La puerta se abre y el ceño fruncido de mi pelirroja preferida me da la bienvenida. Lleva unas gafas de pasta negra sobre la nariz que le dan un rollo de bibliotecaria cachonda muy interesante.

—Ey —saludo alzando las cejas y torciendo mi sonrisa de forma

estudiada. La mayoría de mujeres suspiran cuando uso mis técnicas bajabragas, pero Harper se limita a acentuar aún más su fruncimiento de ceño.

—¿Qué haces aquí? —Cruza los brazos sin invitarme a pasar.

—Hoy toca fútbol. —Alzo la bolsa con las cervezas y me abro la chaqueta para revelar la camiseta de los Giants que llevo puesta.

—Faltan dos horas para el partido. Adam y Lena ni siquiera han llegado de trabajar.

—Bueno, he pensado en venir un poco antes para hacerte compañía.

—No quiero tu compañía, Jake. Y tampoco quiero recibir más mensajes tuyos. Acabará denunciándote por acoso.

Vale, es posible que haya sido un poco insistente enviándole mensajes estos últimos días, pero tampoco creo que sea para tanto.

—Venga, hobbit, no seas rancia y déjame pasar. Prometo ser un buen chico. —Dibuja una sonrisa angelical, levanto una mano y coloco la otra sobre el pecho, como si estuviera haciendo un juramento.

Creo que el gesto la ha ablandado porque reconozco un amago de sonrisa en sus labios.

—Anda, pasa. Pero no vuelvas a llamarme hobbit o te marcharás de aquí

de una patada en el culo.

Se aparta de la puerta para dejarme pasar, se da la vuelta y yo le miro el culo. Ese culito respingón que tan loco me volvió la otra noche.

Cierro la puerta tras de mí y la sigo hasta el salón, aunque antes paso por la cocina, que está de camino, y dejo las latas de cerveza en la nevera. La tele está encendida emitiendo lo que parece ser un programa de reformas de casas. Hay un portátil sobre el sofá y una tarrina de helado a medio terminar.

—¿Interrumpo algo? —Señalo el portátil con el dedo índice.

—Tú siempre interrumpes algo.

—Oye, no te morirás por ser un poco más simpática conmigo, ¿sabes?

—Levanta los ojos de la pantalla del portátil y me lanza una mirada asesina

—. Vale, entendido. Mejor mantengo la boca cerrada. —Hago el gesto de cerrar mi boca con una llave y tirarla lejos.

Por ahora, mi plan no está saliendo muy bien que digamos.

Mientras ella teclea en su portátil concentrada, yo fijo mi mirada en el televisor. Un hombre con una camiseta ajustada a su cuerpo explica cómo reformar un sótano para alquilarlo y ganar algo de dinero con él. Hay que ver la de cosas que hacen los simples mortales para sacarse un sueldo extra.

Media hora más tarde, con la reforma hecha y el sótano alquilado, miro a

Harper que sigue trabajando en su ordenador.

—¿Qué haces?

Harper me responde sin mirar:

—Actualizar mi blog.

—¿Tienes un blog?

—Sí, de tendencias de moda. —Por fin consigo que me mire—. Subo ideas de outfits y eso para ayudar a la gente con su look diario.

—Ah. —No tenía ni idea de que existiera algo así. ¿Quién mira blogs de esos teniendo a mano un buen estilista? Como el mío: Carlo Capriccio. Es uno de los mejores estilistas del mundo y es el encargado de elegir todos mis trajes.

—Mientras no encuentro trabajo aprovecho para actualizarlo a menudo y así sacarme algo de dinero extra en publicidad llamando la atención de patrocinadores —me explica.

—¿Qué pasó con tu antiguo curro? Ese que tenías con el rarito de las pajaritas obsesionado con su chihuahua.

—No lo lloames rarito. —Pone los ojos en blanco—. Lo dejé porque no me llenaba. Estoy buscando algo que me motive.

—¿Algo que te llene y te motive? A mí se me ocurre una cosa... —Alzo ambas cejas en un movimiento rápido, pícaro y sugerente.

Harper resopla y niega con la cabeza.

—¿Es qué eres incapaz de mantener una conversación seria sin terminar haciendo alguno de tus comentarios guarros?

—Era broma, mujer. —Se hace de nuevo el silencio y yo intento reconducir el tema de la mejor manera posible—. Entonces, ¿estás buscando un nuevo curro?

—Sí, aunque supongo que para alguien que nació con un fondo fiduciario de millones de dólares bajo el brazo, esto de trabajar puede parecerle un poco exótico.

—Eh, que yo trabajo.

—¿En la junta directiva de los hoteles de tu papi? Uy, sí, que responsabilidad...

No sé por qué pero ese comentario me toca la moral.

—Oye, monada, mi padre levantó su imperio de la nada. Antes de conseguir convertirse en uno de los magnates hoteleros más importantes del país era el hijo de un simple obrero de Nevada que trabajaba de sol a sol para sacar adelante a su familia.

Mis palabras parecen sorprenderle por la forma en la que sus ojos grises se abren en exceso.

—No tenía ni idea de eso.

—Quizás yo haya nacido con todas las facilidades del mundo. Pero tampoco voy a pedir perdón por ello.

—No tienes por qué hacerlo.

Un nuevo silencio nos sobrevuela. Decido cambiar de tema para quitar un poco de tensión en el ambiente.

—¿Y por qué no te dedicas a eso? —Señalo su portátil de nuevo.

—¿A qué? —Mira el portátil sin comprender.

—Al blog. A escribir sobre ropa y cosas de chicas pero de forma profesional.

Harper pone los ojos en blanco.

—No lo llames cosas de chicas. Hay muchos chicos interesados en la moda también, ¿sabes? —Suelta un suspiro. Luego—: No es fácil dedicarse profesionalmente a un blog. ¿Sabes cuántas personas tienen un blog como el mío? Miles. Cuesta destacar. Tengo redes sociales activas y bastantes seguidores, pero... dudo que eso sea suficiente.

Se muerde el labio y se queda pensativa unos segundos. Una sonrisa vaga se dibuja en sus labios. Estoy casi convencido de que, por mucho que le parezca imposible, le encantaría poder dedicarse a eso.

No me da tiempo a decir nada más. La puerta principal se abre y poco después Lena y Adam aparecen en el salón.

—Eh, tío, ¿qué haces aquí tan pronto? —pregunta Adam saludándome con un apretón de manos.

—Estaba por la zona y he decido venir algo antes del partido.

—Pero si siempre llegas tarde... —Me mira como si sospechara. A su lado, Lena me saluda con la mano y una sonrisa antes de acercarse a Harper y darle un achuchón.

—Bueno, pues hoy he decidido venir pronto. Tampoco es tan raro... —digo algo distraído mientras las chicas cuchichean entre sí.

—Supongo que no. ¿Sabes si al final vendrá Evan?

—Me ha mandado un mensaje diciéndome que vendría hacia aquí cuando terminara una reunión.

Mientras nosotros hablamos, Lena y Harper se encierran juntas en la cocina.

Mierda, he desaprovechado por completo mi ocasión a solas con ella...

Harper

—¿Jake y tú en la misma habitación sin que haya corrido la sangre? Eso es nuevo. —Lena me mira con una sonrisa divertida mientras saca una bolsa de patatas de la despensa.

—A veces podemos comportarnos como adultos.

Y entregarnos al fornicio , pienso, sacando un bol de madera de un armario.

Lena sigue sin saber nada de lo que pasó entre nosotros y espero que no lo sepa nunca. Ambas somos muy sobreprotectoras la una con la otra, y seguro que su primer impulso al enterarse sería querer matar a Jake por acostarse conmigo. No es que la idea de dejar que mi amiga le martirice un poco no me atraiga, pero sé que luego me daría la charla a mí y preferiría ahorrarme esa parte.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta interrogándome con la mirada.

—Bien, me he pasado la mañana tirando currículums y mirando anuncios de pisos compartidos. La cosa está complicada, pero espero que me llamen esta semana para hacer alguna entrevista de trabajo y ver algún piso.

—No hay prisa, nena. Aquí no molestas.

—Ya, pero no me gusta interferir en vuestra intimidad.

La puerta de la cocina se abre y Adam y Jake entran por ella. Me pongo nerviosa cuando siento la mirada penetrante de Jake sobre mí. No sé cómo se lo hace este chico, pero tiene una forma de mirar tan intensa que parece que sea capaz de verme desnuda a través de sus ojos.

Además, hoy está guapo. Aunque nunca lo admitiré en voz alta, este look informal, le sienta bien. No es que con traje sea un adefesio, es un hombre atractivo que conoce todas sus virtudes y les saca partido, de ahí a que tenga un ego del tamaño del Taj Mahal, pero los vaqueros ceñidos y la camiseta deportiva que marca los músculos definidos de sus brazos y torso le dan un toque rebelde muy sexy.

—Ha llamado Evan, llegará un poco tarde. ¿Os parece si pedimos unas pizzas? —pregunta Adam.

Lena y yo respondemos que sí al unísono y Adam apunta en un bloc de notas las pizzas que queremos. Cojo una patata que hemos vertido en el interior del bol de madera y dejo escapar una risita pensando en lo poco glamurosa que es esta cena.

—¿De qué te ríes? —pregunta Jake que se ha sentado sobre la isla de cocina y me mira perspicaz.

—Solo pensaba en lo raro que es que unos tíos súperforrados como vosotros cenén pizza, patatas fritas y cerveza. Yo pensaba que lo vuestro era el caviar, las ostras y los menús degustación en sitios pijos donde te ponen un garbanzo en medio del plato con algún nombre raro y te cobran 600 dólares por ello.

Lena se ríe entre dientes y Jake alza las cejas divertido. Adam no está atento a la conversación porque está al teléfono pidiendo las pizzas.

—Cuántos prejuicios, pelirroja.

Ese pelirroja, arrastrando los dientes y mirándome de esa forma tan descarada consigue ponerme nerviosa. Enseguida aparece en mi mente un recuerdo de la noche que pasamos juntos en la que usó ese apelativo justo antes de penetrarme. Trago saliva incapaz de apartar ese recuerdo de mi pensamiento.

Llevo toda la semana intentando olvidarme de esa noche, pero de vez en cuando regresa y me calienta por dentro. Incluso he de admitir que he usado mi vibrador pensando en ello.

No soy una mojígata, me gusta el sexo y siempre he disfrutado practicándolo, pero lo que pasó entre Jake y yo está a otro nivel de cualquier otra experiencia. No lo confesaré en voz alta ni bajo amenaza de muerte, pero Jake es un Dios del sexo enviado a la tierra para hacer disfrutar a las mujeres.

Por suerte, antes de que mi mente calenturienta vaya a más, Adam nos anuncia que ya ha pedido las pizzas y que falta poco para que el partido dé comienzo.

Sacamos una bolsa de cacahuetes y otra de pipas y nos lo llevamos todo al salón. Nos sentamos todos en la parte central del sofá grande. De hecho, tengo a Jake pegado a mí y siento el calor que desprende su cuerpo a través de la ropa. Intento apartarme un poco, pero cada vez que me muevo, él se pega más y más.

—A este paso acabarás sentado en mi regazo —me quejo lanzándole una mirada asesina.

—Eso es justo lo que pretendo —susurra en voz baja.

Nuestras miradas se cruzan. De nuevo tengo la sensación de que es capaz de desnudarme con sus ojos, y eso hace aumentar mi nerviosismo. Siento el rubor subir por mis mejillas hasta la punta de las orejas.

Llaman a la puerta y aprovecho la excusa para levantarme y apartarme de él. Es Evan que trae más cervezas por si el arsenal que teníamos en casa y que Jake ha completado no era suficiente. Le dejo pasar y cuando llegamos al salón le invito a sentarse en mi sitio. Yo llevo las cervezas a la nevera y cuando regreso me acomodo en uno de los sillones orejeros, lejos de Jake.

El partido es emocionante. Lena y yo compartimos una mirada de

admiración cada vez que la pantalla enfoca al quarterback de los Giants. Digamos que las dos estamos secretamente enamoradas de él.

El repartidor de las pizzas aparece cuando termina el primer cuarto, así que cuando llegamos al intermedio ya nos las hemos acabado y saco de la alacena unas galletas con pepitas de chocolate que preparé ayer por la tarde por puro aburrimiento.

—Espero que se pongan las pilas porque a este paso perderemos —dice Jake metiéndose una de las galletas en la boca.

—Eso sería un desastre —interviene Adam.

—He apostado 200 pavos a que ganaríamos el partido con uno de la oficina, no podemos perder —dice Evan indignado.

—¿200 pavos no es como calderilla para vosotros? —pregunto divertida.

—No es por el dinero, es por la dignidad.

Me río entre dientes mientras los chicos siguen discutiéndose sobre algunas jugadas del partido.

Estoy distraída mordiendo una galleta cuando suena mi móvil sobre la mesita de centro. Lo cojo pensando que será alguna notificación de mis redes sociales o del blog, pero en vez de eso es un mensaje de Gabe que me altera el ánimo al instante.

Gabe: Te echo de menos, nena. Sé que dijiste que debíamos distanciarnos, pero ver un partido de fútbol sin ti ha perdido toda la gracia. Dime que no te pasa lo mismo. Dime que no me echas de menos...

Tengo un nudo en la garganta y me pican los ojos a causa de unas lágrimas que amenazan por salir. ¿Por qué me hace esto Gabe? ¿Por qué sigue insistiendo después de la charla del otro día? Aunque lo peor de todo no es eso, lo peor de todo es que no he pensado en él ni un solo instante mientras miraba el partido. Es cierto que era un momento muy nuestro el de ver el fútbol juntos, sin embargo, no lo he echado en falta. Dios, ¿me convierte eso en una persona horrible?

Me levanto del sillón con la excusa de que no me encuentro muy bien y me encierro en la habitación que ocupo en este piso. No pienso responder a Gabe, pero me ha jodido la noche. Me tumbo en la cama abrazándome las rodillas y suelto un suspiro. Intento desconectar la mente, enciendo el Spotify y pongo los Beatles.

Al cabo de unos minutos, llaman a la puerta y esta se abre sin que dé permiso para pasar. Estoy convencida de que será Lena, pero cuando levanto la mirada me encuentro con Jake.

—Por el amor de Dios, ¿se puede saber qué haces tú aquí? Lo del acoso

se te está escapando un poco de las manos.

No se inmuta ante mi ataque verbal. Se acerca y se sienta a los pies de la cama mirando rededor. Todo está lleno de cosas que aún no he ordenado. Es un sitio de paso, así que tampoco me he esforzado mucho en que parezca acogedor.

—¿Quién era? —pregunta ladeando la cabeza para mirarme. Se acomoda sobre la cama tirándose hacia atrás.

—¿Quién era quién?

—El del mensaje. Has leído algo en tu móvil y te ha entrado el bajón. Lo he visto en directo.

—No es necesario que estés tan pendiente de mí, ¿sabes?

Jake niega con la cabeza.

—Aunque tienes el tamaño de un hobbit, tienes la mala ostia de un trol.

Frunzo el ceño y le tiro el cojín. No lo ve venir y este rebota sobre su pecho y cae al suelo.

—Vete, te perderás el partido —suelto mostrándole mi enfado. Estoy hasta las narices de que se meta con mi tamaño.

—Me da igual perderme el partido, prefiero quedarme aquí contigo y

que me expliques lo que te pasa.

—¿Qué es lo que pretendes, Jake? Si esto es algún tipo de treta para que vuelva a follar contigo, te haré un spoiler: eso no volverá a suceder nunca jamás.

—Qué mala eres conmigo. — Jake se toca el pecho como si mi comentario le hubiera dolido.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Jake me mira con ojillos de cordero degollado y yo de repente me siento un poco culpable por ser tan estúpida con él cuando lo cierto es que solo me ha hecho una pregunta amable.

—Era Gabe. —Me muerdo el labio y enrolló un rizo de mi pelo en un dedo, inquieta.

Jake tarda un poco en entender que quiero decir, pero enseguida une los puntos.

—¿Tú ex te ha mandado un mensaje?

—Sí. El otro día recogí todas mis cosas del piso que compartíamos y le dije que debíamos mantenernos alejados el uno del otro durante un tiempo. No sé por qué lo ha hecho.

—Porque eres una chica preciosa e inteligente y debe ser una putada

tener que renunciar a ti —dice encogiéndose de hombros.

—No te rías de mí, Jake.

—No lo hago. —Pone los ojos en blanco como si estuviera muy cansado de mis comentarios hirientes—. Dame tu móvil, anda.

—¿Por qué iba yo a darte mi móvil?

Resopla y coge el móvil que está sobre la mesita de noche. Apaga el Spotify y los Beatles nos abandonan. Le veo teclear algo y, antes de que pueda erguirme para quitárselo de las manos, me lo devuelve con una sonrisa triunfal.

—¿Qué has hecho?! —pregunto lanzándole una mirada reticente.

—Bloquear el número de ese idiota, así dejarán de llegarte sus mensajes y no tendrás que preocuparte por él nunca más. También deberías bloquearlo de las redes sociales para que capte el mensaje del todo.

—Esa es una solución muy cobarde —me quejo.

—Pero efectiva. Créeme. Sé de lo que hablo.

Por supuesto que lo sabe. Debe tener un montón de mujeres acosándolo a diario. Incluso diría que tiene un club de fans con página web propia.

Supongo que en el fondo no es mala idea. Así que abro Facebook,

Twitter e Instagram y lo bloqueo de todas partes. En esto Jake tiene razón, esta es la única manera de asegurarme la tranquilidad mental.

—Gracias —murmuro no muy convencida de dárselas.

Jake sonrío y vuelve a voltear la mirada por la habitación.

—¿Cuándo vas a mudarte?

—Pronto, en cuánto encuentre un piso compartido en condiciones y una compañera que no parezca sacada de un frenopático.

—Ya... —Se rasca la barbilla como si pensara en algo y luego fija su mirada en la mía—. Supongo que no debe ser fácil estar aquí con Adam y Lena.

—¿Qué quieres decir?

—Compartir piso con unos recién prometidos después de una ruptura debe ser un coñazo, ya sabes. —Se encoge de hombros.

Recién... ¿qué?

Jake

Harper abre mucho los ojos y la boca como si acabara de anunciarle que un meteorito se acerca a la Tierra para extinguir la especie humana.

—¿De qué hablas, Jake? —pregunta incrédula.

—Del compromiso de Adam y Lena —respondo haciéndome el tonto.

Esbozo una sonrisa inocente, aunque sé de sobras que Harper no sabe que Lena y Adam están prometidos. De hecho, Adam me pidió expresamente que no hablara del tema delante de Harper porque Lena quería esperar unas semanas antes de darle la noticia, hasta que se sintiera mejor. Pero para llevar a cabo mi plan era necesario decírselo. ¿Eso me convierte en un capullo egoísta? Probablemente.

—¿Qué compromiso? No sé nada de un compromiso.

—Adam le pidió a Lena que se casara con él en París. Y ella le dijo que sí. ¿No lo sabías?

—No sabía nada, ¿por qué no me lo han dicho? —La cara de Harper es un poema y yo finjo desconcierto.

—Ahora que lo dices creo recordar que Adam me dijo algo sobre esperar

a hacerlo público, pero pensaba que tú lo sabías... ¡Joder! Creo que he metido la pata hasta el fondo.

—No me esperaba esto de Lena. ¿No contarme que se ha prometido con Adam? ¡Soy su mejor amiga! Ya verás, pienso cantarle las cuarenta. —Se levanta de la cama y se dirige hacia la puerta muy decidida.

Le cojo del brazo antes de que salga por ella.

—Estoy convencido que si no lo ha hecho es por un buen motivo. Piénsalo, tú acabas de dejarlo con tu novio, supongo que no quería restregarte su felicidad por la cara. —La defiendo a sabiendas que es justamente eso lo que ha ocurrido.

—Pero ella debería saber que su felicidad es mi felicidad.

—Seguro que Lena tomó esta decisión creyendo que sería lo mejor para ti.

Me mira a los ojos y duda. Afloja la tensión de su brazo y regresa a la cama para sentarse de nuevo sobre el colchón. Yo la sigo. Está pensativa y tarda lo que parece una eternidad en hablar.

—No puedo quedarme aquí —suelta de pronto. Ladea su cabeza y me mira.

—¿Por qué no? —pregunto fingiendo que esto no es lo que sabía que

pasaría en cuánto le diera la noticia.

—Acaban de prometerse, necesitan el piso para estar solos y disfrutar de esta etapa tan especial. —Se frota la cara con las manos, cansada—. Creo que tendré que pedirle dinero a mis padres para que me ayuden a pagarme un hotel mientras encuentro un sitio en el que vivir.

Tardo unos segundos en intervenir. Lo tengo todo estudiado. Me muerdo el labio con aire pensativo antes de hacerlo. Aunque estoy fingiendo a base de bien.

—¿Por qué no te quedas el tiempo que necesites en mi apartamento? Es grande, ya lo sabes, y tendrías tu propio espacio sin tener que pagar ni un euro por él.

—¿En tu apartamento? ¿Contigo? —Ahí está, la respuesta pasivo-agresiva que esperaba.

—¿Por qué no? —pregunto fingiendo ser un angelito.

—¿Quizás porque la última vez que me quedé en tu piso me emborrachaste para acostarte conmigo?

—Eh, cielo, no tergiverses la realidad —digo cruzándome de brazos, ese comentario me ha ofendido—. Yo no te emborraché para acostarme contigo. Te emborrachaste tú solita y me metiste la lengua hasta la campanilla antes

de que yo te tocara un pelo.

Arruga el morro, pero no va a negar la evidencia. Sabe que las cosas sucedieron así. Fue ella la que empezó con todo esto. Es ella la culpable de que ahora no pueda usar mi polla con otra mujer.

—No creo que vivir juntos sea buena idea, Jake.

—¿Por qué?

—Porque no nos llevamos bien.

—Estoy seguro que podremos dejar de lado nuestras diferencias durante unas semanas. Además, prometo ser un buen chico. —Sonrío enseñando todos los dientes, como si fuera el tío más legal que existe sobre la faz de la Tierra.

—No sé, Jake...

—Solo te estoy ofreciendo un sitio donde poder quedarte unos días. No es como si te estuviera proponiendo que te quedes para siempre. —Le digo lo que necesita oír para que acepte mi oferta.

—Es una locura...

—No es para tanto...

Me mira en silencio y sé que ha tomado una decisión cuando se pasa una

mano por el pelo, inquieta.

—No me puedo creer lo que estoy a punto de decir —susurra masajeándose las sienes. Se muerde el labio y me mira a través de esas gafas que lleva y que le quedan tan sexy—. Está bien, me mudaré contigo. Pero tengo una condición.

—Pon las condiciones que quieras, reina.

Entrecierra los ojos, muy seria.

—Jake, bajo ningún concepto volveremos a acostarnos.

Parpadeo unos segundos sin responder. ¿De verdad necesita hacer de eso una condición? Que lo haga solo puede significar que la idea le tienta tanto como a mí.

Me encojo de hombros y afirmo con la cabeza.

—Está bien, pelirroja. Lo que tú digas. —Aunque en mi fuero interno puedo escuchar una enorme carcajada maligna.

Parece aliviada con mis palabras, aunque son unas palabras vacías que no tienen ningún tipo de validez. Que se le va a hacer. No soy un hombre de palabra y es que, al fin y al cabo, las reglas están para romperlas.

Harper

—No tienes por qué marcharte, Harper —me dice Lena mirándome a través de sus ojos brillantes.

Ayer acepté la oferta de Jake de mudarme con él y hoy a las seis de la mañana ha mandado a una empresa de mudanza para que se lleven todas mis cosas hasta su apartamento.

No es que le haya pedido tal cosa. Es más, pensaba hacer la mudanza el lunes, después de charlar tranquilamente con Lena sobre su compromiso con Adam y darle mi enhorabuena. Pero me he despertado con una llamada de una empresa de mudanzas pidiéndome que les abriera la puerta porque tenían órdenes de llevarse todas mis cosas hacia la otra punta de la ciudad. Así que todo se ha precipitado de mala manera.

—Ya sé que no tengo por qué hacerlo, Lena. Pero Adam y tú necesitáis vuestro espacio —insisto, viendo como un operario levanta una caja del suelo.

Lena y yo estamos en pijama viendo como vacían mi habitación. Adam no está aquí porque se ha marchado a trabajar a primera hora. Acabo de decirle a mi amiga que sé lo de su compromiso, que me alegro mucho por

ella y que prefiero marcharme para dejarles solos.

—Pero ¿te vas a mudar con Jake? ¿Estás segura? —Me mira como si estuviera loca.

—Tiene un apartamento enorme. Apenas coincidiremos.

—¿Y qué te ha pedido a cambio?

—Ya te lo he dicho: nada.

—Jake Lawler no da nada gratis —me dice muy seria, con el ceño fruncido y un dedo levantado—. ¿No será este un caso de sexo a cambio de una cama en la que dormir?

—Pero ¿tú estás loca? —le pregunto alucinada por esa idea.

—No sería el primer caso. Hace unas semanas en The Chronicle escribí un reportaje sobre eso.

Suspiro con incredulidad.

—Cielo, tómate una tila porque desvarías. ¿De verdad crees que aceptaría algo así?

Tarda en responder, pero finalmente niega con la cabeza como si descartara la idea.

—No, tienes razón, nunca harías eso.

—Estaré bien, nena —insisto.

—Siento mucho no haberte contado antes lo del compromiso. Me parecía muy egoísta hacerlo después de lo tuyo con Gabe —me dice cogiéndome de las manos. Se muerde el labio como siempre que se pone nerviosa.

—A mí lo que me parece alucinante es que después de que Adam te pidiera matrimonio decidieras regresar a Nueva York por mí —le digo con una sonrisa llena de cariño.

—Eres mi familia, Harper —dice claramente emocionada.

—Y tú la mía, Lena. Por eso mismo creo que esto es lo mejor para las dos. Te mereces poder follar con tu futuro marido por todas las estancias de la casa sin tener a nadie pululando por aquí.

Lena deja escapar una risita que sofoca moviendo la mano.

—Perdona, es que aún me suena raro eso de “futuro marido”. No me he hecho a la idea.

—A mí también me suena raro, la verdad. A veces aún pienso que somos esas dos chicas ingenuas que se conocieron en la residencia de la universidad.

Compartimos una mirada llena de significado, pero antes de que alguna de las dos diga algo más, un operario se acerca hasta dónde estamos y nos

interrumpe. Me informa de que ya han cargado todo en el camión y que se van.

—¿Querrá acompañarnos o irá usted más tarde?

—Creo que iré más tarde en taxi. Necesito una ducha y vestirme de persona —le digo señalando mi pijama a cuadros.

—De acuerdo. Se lo diremos al señor Lawler.

El operario se marcha con paso ligero y yo me lo quedo mirando su espalda hasta que desaparece por la puerta.

Jake

Cuando los de la empresa de mudanza llegan al apartamento sin Harper, me desinflo como un globo. He anulado todas las reuniones de hoy para poder pasar el día con ella. Si he pagado un extra de mil dólares para que recogieran sus cosas a las seis de la mañana ha sido para tenerla aquí lo más pronto posible. Pero no hay ni rastro de ella. Sus cosas están aquí, pero ella no.

Así que me paso la mañana inquieto esperando su llegada. Incluso me saco de encima a Sarah rápido cuando viene a pedirme uno de sus favores de naturaleza surrealista. Ahora quiere que convenza a mis padres para que le dejen hacerse un piercing en el ombligo. ¿Por qué? Porque Susan, una chica a la que odia, acaba de hacerse uno y va presumiendo de él. Y ella no quiere ser menos. Tengo una hermana influenciable y envidiosa. Qué se le va a hacer.

Harper no aparece hasta la hora de comer.

—En recepción me han dado una llave del ascensor y otra del apartamento —dice haciendo tintinear unas llaves—. Me siento poderosa.

—Si que has tardado en venir —le echo en cara.

—Tenía cosas que hacer. Por cierto, eso de mandar a los de la mudanza

a las seis de la mañana ha sido un poco raro. —Deja el bolso y la chaqueta sobre una de las mesas auxiliares del enorme salón y se sienta en un sillón perpendicular al mío.

—No me gusta andarme con rodeos. Cuando tomo una decisión la ejecuto sin demora.

—¿A las seis de la mañana? —Sonríe y se pasa una mano por el pelo, acariciando la coleta en la que ha intentado someter su melena rebelde.

—Las seis de la mañana es tan buena hora como cualquier otra.

Me mira perspicaz.

—En fin, ya estoy aquí, compañero de piso. ¿Vas a enseñarme la que será mi habitación o voy abriendo las puertas una a una hasta encontrarla?

—Anda, sígueme. Está por aquí.

Echamos a andar por el enorme pasillo lleno de habitaciones que prácticamente no uso nunca más allá de en las fiestas que organizo.

Llegamos a la puerta donde se encuentra su habitación y la abro. Un interiorista se ha encargado esta noche de decorarla. Sí, he despertado a uno de los interioristas con más reputación de la ciudad para que se pasara toda la noche convirtiendo este sitio en el dormitorio que cualquier mujer soñara tener.

Todo está decorado en tonos rosa pastel y los muebles son de color blanco, llenos de molduras. No es para nada mi estilo, la verdad, pero el interiorista me ha asegurado que esto haría suspirar a cualquier persona del género femenino.

Harper mira la estancia con los ojos muy abiertos y una expresión que no sé muy bien como descifrar. Diría que es fascinación, pero cuando sus labios tiemblan y empieza a reír a carcajada limpia doblándose sobre sí misma me doy cuenta de que se trata de una emoción completamente distinta.

—Podrías compartir conmigo el chiste, me haría sentir menos imbécil —gruño.

—Pero bueno, Jake, ¿quién ha decorado esta habitación? ¿La hada madrina de Cenicienta? —Coloca los brazos en jarras y amplía su sonrisa. Al menos ha dejado de reír.

—Pensaba que a las chicas os gustaban las cosas femeninas.

—Esto no es femenino, esto es cursi.

—Pues el interiorista que he contratado para hacer esto me ha cobrado un pastón para dejarlo así.

—Ah, ¿y encima has tenido que pagar por ello? —Se ríe entre dientes y entra al dormitorio para observarlo todo con detenimiento. Fija sus ojos en la

enorme cama con dosel y esconde una nueva sonrisa.

—Oye, pelirroja, si no te gusta puedes usar cualquier otra habitación mientras redecoramos esta —digo empezando ya a mosquearme por su tonito de burla.

—No, no, quiero quedarme con esta. —Se agacha para tocar la alfombra de pelos rosa—. Será como vivir dentro de un cuento de hadas.

—Cómo quieras. En todo caso puedes entrar en cualquier habitación y hacer lo que quieras en ellas. Si necesitas un despacho para escribir tu blog o trabajar en lo que sea, solo tienes que abrir la boquita y buscaremos un lugar donde ubicarlo.

—Con lo grande que es esta habitación me cabrían tres despachos en ella.

—Como quieras. El único lugar prohibido en este apartamento es la última estancia del pasillo. —Esto parece llamar su atención porque ha dejado de toquetear las cosas para mirarme.

—¿Hay una estancia prohibida? —Me mira como si creyera que le tomo el pelo—. Esto acaba de pasar de ser un cuento de hadas a una película de terror. Dime que no es ahí donde matas y descuartizas a tus víctimas.

—Ja, ja —me rio irónico—. Sí, y después las tiro por el desagüe.

—No me extrañaría. Cumples con el perfil. —Se acerca lentamente y me estudia con la mirada. Sus cejas pelirrojas se alzan—. Ahora en serio, Jake, ¿no me vas a contar que escondes en esa habitación prohibida?

—Por supuesto que no, pequeño hobbit. Todo hombre tiene sus secretos. —Le guiño un ojo y salgo de la habitación dejándola sola y desconcertada.

Le podía haber contado la verdad sobre esa estancia, pero estoy seguro de que no saber que hay en ella le frustra y le genera una gran curiosidad.

Y sí, lo confieso: me gusta tenerla frustrada y curiosa. Así todo es mucho más divertido.

Harper

Me despierta un sonido persistente. Abro los ojos de golpe y parpadeo confusa. Me cuesta unos segundos darme cuenta de que estoy en casa de Jake, en el dormitorio de princesa que me preparó. Sigo escuchando el sonido que procede del exterior y que no sé identificar. Es lacerante, repetitivo.

Me levanto de la cama y salgo al pasillo. Todo está a oscuras, todo excepto un resquicio de luz que se cuela por la rendija de la última puerta. La puerta de la estancia prohibida. Trago saliva y me dirijo hacia ella de puntillas. A medida que me acerco, el sonido se va volviendo cada vez más fuerte. Cuando llego, apoyo el oído en la madera maciza e intento escuchar en su interior.

Efectivamente, el extraño sonido viene de aquí.

Sé que Jake me ha dicho que esta habitación está prohibida, pero hay una fuerza sobrehumana que me obliga a colocar la mano sobre el pomo de la puerta y hacerlo girar.

Al principio me cuesta enfocar la mirada dentro de la sala iluminada, pero cuando lo consigo, reconozco la figura que está de pie en el centro: es

Jake. Va vestido con unos vaqueros desgastados y sujeta un látigo entre las manos. La sala es roja, acolchada, con todo tipo de instrumental en color negro y una enorme cama al fondo. Es una copia bastante exacta del cuarto rojo de Christian Grey.

Los ojos verdes de Jake se clavan en los míos cuando se da cuenta de que he entrado en la sala. Relucen mientras golpea lo que parece ser un sillón de cuero con su látigo.

—¿Qué haces? —pregunto tragando saliva, por lo surrealista de la situación.

—Te esperaba.

—¿Me esperabas?

Tuerce su sonrisa, deja el látigo sobre el sillón y se acerca a mí. Quiero escapar, pero mis pies no me obedecen. Cuando llega a mi altura, estira el brazo y coloca su dedo índice sobre mi barbilla.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —Acaricia mis labios con el pulgar y yo cierro los ojos sintiendo como se me acelera la respiración.

—¿Qué significa todo esto? —pregunto cada vez más confusa. Y excitada. Confieso que esta situación me está poniendo muy cachonda.

Jake levanta la otra mano y la introduce por dentro de la camisa de mi

pijama de cuadros. Aunque dejo escapar una exclamación no le detengo. No llevo sostén, así que aprieta uno de mis pechos y lo estruja sin dejar de mirarme. Un gemido sale de mi garganta. Su dedo pulgar se interna en mi boca como invitación a que lo chupe.

Y lo hago. Le chupo el dedo pulgar con mi mirada enredada en la suya.

—Este lugar está pensado para hacer que te corras como no te has corrido antes.

—No me va el BDSM —niego con la voz tomada.

—Quizás no, pero te voy yo.

Antes de que pueda decir nada más, me coge de la cintura y me da la vuelta pegándome a su pecho. Suelto una exclamación de sorpresa cuando la mano que acariciaba mi barbilla se introduce por la cinturilla del pantalón y las bragas y empieza a deslizar sus dedos por mis pliegues, arriba y abajo, acariciando con ese vaivén mi clítoris hinchado.

—¿Ves lo húmeda que estás por mí, pelirroja?

—Jake, esto no está bien —le recuerdo, aunque no quiero que deje de acariciarme. Al contrario, quiero que siga y me lleve al límite.

Y él lo sabe, porque saca la mano de mi camisa para cogerme la barbilla, girarme la cara y comerme la boca mientras me sigue acariciando

el sexo con ritmo. Jadeo contra sus labios y su lengua baila con la mía. Estoy a punto de correrme. Estoy a punto de morir y renacer.

—Dámelo, nena.

Y se lo doy, todo. Noto como los espasmos me hacen temblar y...

Bip. Bip. Bip. Bip.

Apago el despertador, abro los ojos de golpe y me despierto con el corazón en la boca (y la humedad recorriendo mis muslos). ¡No puede ser! ¿Acabo de tener un orgasmo mientras dormía y soñaba con Jake? Pero, ¿acaso eso es posible?

Salto de la cama, me pongo las zapatillas que están sobre la alfombra y salgo al pasillo en dirección al cuarto del demonio. Necesito ver lo que hay dentro para cortar de lleno todas mis fantasías. No hacerlo hace volar mi imaginación. Sin embargo, al contrario de lo que sucede en mi sueño, este pomo tiene una cerradura incorporada, por lo que por mucho que intente hacerla girar, no cede. Necesito la llave. ¿Y si pruebo de abrirla con una horquilla? En las películas funciona.

—¿Qué estás haciendo? —Jake aparece en el pasillo con aspecto de acabar de despertarse. Tiene el pelo revuelto y va en pijama.

—Necesito entrar en esta habitación.

—Hay diez habitaciones en este piso, ¿por qué quieres entrar en la única que te he dicho que está prohibida?

—Por qué he soñado con ella —contesto sin ser consciente de ello.

Jake me mira, cruza los brazos y dibuja una sonrisa torcida en sus labios.

—¿Has soñado con ella?

—Ehmm... —Tardo en responder—. Algo así.

—¿Y aparecía yo en ese sueño?

—Ehmmm... Es posible.

—Ajá, interesante. —Puedo ver su ego aumentando su tamaño a marchas forzadas—. ¿Y qué hacía yo en ese sueño? Espera, no me lo digas.

—Se acerca con paso perezoso y aproxima su cara a la mía hasta que nuestras respiraciones se entremezclan—. ¿Te hacía disfrutar?

—Por supuesto que no, engreído. —Miro una última vez la puerta maldita, le saco la lengua y me alejo de él a paso rápido.

—Eh, nena, no pasa nada por soñar conmigo. Si te sirve de consuelo yo suelo fantasear contigo a menudo, y no siempre dormido.

Su comentario me hace soltar una exclamación de frustración.

—Recuerda nuestro pacto —digo girándome para mirarle cuando llego a la puerta de mi dormitorio.

—No dijimos nada de sueños y fantasías.

—Iba implícito, idiota.

Entro en el dormitorio y cierro la puerta tras de mí. Tengo el pulso acelerado y el corazón a mil. Además, siento un cosquilleo insistente entre las piernas. Pero ¿qué me está pasando?

Me siento atraída por Jake, no puedo negarlo.

Me he corrido mientras soñaba con él.

¿Y si mudarme aquí ha sido una mala idea? En fin, ahora ya poco puedo hacer para revertir la situación. Solo tengo que esforzarme en buscar un nuevo piso compartido y un trabajo para poder marcharme de aquí y recuperar la cordura.

Mientras tanto intentaré evitarle. Al fin y al cabo, este apartamento es enorme. Darle esquinazo será sencillo.

Jake

Ha pasado una semana desde que Harper se instaló en el apartamento y, por ahora, mi plan no está funcionando una mierda. No es que yo le esté ejecutando mal, sino que es imposible ejecutarlo cuando Harper se pasa la mayoría del día jugando al gato y al ratón conmigo.

Lleva toda la semana evitándome. Puede que desde fuera pueda parecer el típico tío bueno y rico con pocas neuronas que no se entera de nada, pero nada más lejos de la realidad. Soy un tipo listo, y soy consciente de que Harper está haciendo verdaderas peripecias para esquivarme.

Si no está fuera del apartamento, está dentro de su habitación encerrada a cal y canto. Y si alguna vez llamo a su puerta para ver una peli o simplemente charlar, se excusa en qué está haciendo cosas y que prefiere estar sola. Ni se digna a cenar conmigo. Suele prepararse la cena en la cocina, ponerla en una bandeja y llevársela consigo. De hecho, creo que la he visto tres o cuatro veces en total desde que se mudó.

¿Por qué se esfuerza tanto en evitarme? No tengo ni idea. Sé que no soy santo de su devoción, pero tampoco me merezco que me haga el vacío de esta manera tan evidente.

Hoy es viernes, acabo de llegar de una reunión y Harper no está en casa. Me acabo de quitar el traje y me he puesto ropa cómoda. Estoy sentado en uno de los sofás del salón viendo una reposición de una serie antigua.

Oigo el sonido de la puerta abrirse y, poco después, Harper aparece en el salón. Para llegar a su dormitorio tiene que pasar por aquí, de lo contrario estoy convencido de que se encerraría en él sin ni siquiera saludar.

—Hola —dice con una sonrisa algo artificial cruzando el salón a toda prisa—. ¡Qué pases una buena noche!

Su intención es llegar al pasillo y desaparecer de mi campo de visión, pero yo soy más rápido que ella. Me levanto del sofá, la cojo por el codo y le obligo a detenerse. No estoy dispuesto a permitir que esta situación se alargue en el tiempo, y no solo por mi plan que se ha ido al traste, sino porque me incomoda que me aparte así.

—No tan rápido, pequeño hobbit.

Se gira, me mira y frunce el ceño.

—¿Qué pasa? Y ¿cuántas veces tendré que recordarte que no quiero que me llames así?

—Pasa que quiero que fijemos unas reglas de convivencia. Si a esto que tenemos podemos llamarlo convivencia...

Tuerce el labio, incómoda.

—Cuando me ofreciste quedarme aquí contigo no dijiste nada de poner reglas.

—No, porque creí que no haría falta. Pero creí mal. Llevas una semana entera escondiéndote de mí y ni siquiera sé el motivo.

—¡Yo no me escondo de ti! —exclama indignada. Se cruza de brazos y cambia el peso de una pierna a la otra. Lleva el bolso colgado del hombro y una cazadora de cuero que le da un toque muy sexy.

—¿Por qué no te sientas y hablamos de ello con tranquilidad? —sugiero.

Abre la boca para decir que no. Lo sé por la forma en la que frunce las cejas, pero al final acepta, deja el bolso y la cazadora a un lado del sofá y se sienta.

—¿De qué quieres que hablemos? —Coloca sus manos sobre las rodillas y me mira fastidiada.

—Quiero que dejes de evitarme. Si te propuse venir aquí era porque me apetecía pasar algo de tiempo contigo. No te digo que nos pasemos todo el día como siameses, yo suelo llegar tarde de trabajar. Te despiertas a la misma hora que yo, podríamos desayunar juntos, cenar de vez en cuando, ver alguna peli, conversar de cualquier chorrada, ya sabes, lo típico cuando dos personas

comparten espacio vital.

Medita mis palabras. Lo hace mordiéndose el labio y jugando con un mechón de su pelo. Cuando parece llegar a una conclusión, afirma con la cabeza y me mira.

—Está bien, me parece razonable lo que sugieres.

—Entonces, ¿dejarás de evitarme?

—¡Yo no te evitaba! —exclama molesta—. ¿Algo más?

—¿Te apetece que cenemos juntos? Mara ha dejado preparados unos espaguetis a la boloñesa que están de muerte.

—Buf, lo siento, pero hoy ya he cenado. —Se levanta del sofá, coge el bolso y la cazadora y fuerza una sonrisa—. ¿Desayunamos juntos mañana?

Pongo los ojos en blanco, pero no insisto. Me da a mí que con Harper hay que ir poco a poco, sin presionar demasiado.

—Está bien. Te espero a las ocho en la cocina.

###

Mara ha preparado tortitas con bacon y café para desayunar. Huele de

muerte. Sin embargo, son las ocho y diez y no hay rastro de Harper. Cuando ya empiezo a pensar que no va a aparecer, la veo asomarse con el rostro adormilado, el pelo rizado completamente despeinado y un pijama de franela.

—Necesito café en vena —dice nada más sentarse en la silla impostada frente a mí.

Coge el recipiente con el café y llena su taza hasta el borde.

—Buenos días —le digo divertido.

—Mmmmm —murmura mientras da un buen trago al café. El cambio que se produce en su rostro cuando la cafeína aterriza en su organismo es inmediato. Sus facciones se relajan y una sonrisa se dibuja en sus labios—. Oh, sí. Gracias señor por este café tan delicioso.

—Creo que tienes un problema de adicción a la cafeína.

—Y tú al sexo. Ya ves. Al menos con el mío no corro el peligro de coger una ETS.

Alzo las cejas y me llevo un trozo de bacon a la boca.

—Menuda mala ostia te gastas de buena mañana.

—Gracias. Es parte de mi encanto.

Voy a replicar, pero entonces se abre la puerta y Sarah aparece por ella.

Hoy es sábado, no tiene clase y va vestida con unos vaqueros ajustados y un jersey rosa.

—¡Hermanito, tengo que pedirte un favor! —exclama sin ni siquiera saludar antes.

Pongo los ojos en blanco y Harper se ríe entre dientes mientras pesca unas tortitas del plato donde están amontonadas.

—Ya te dije que no iba a interceder por ti por un puñetero piercing —le recuerdo.

—¿Qué piercing? —Arruga el ceño como si no supiera de lo que estoy hablando.

—Hace unos días querías hacerte un piercing en el ombligo porque Susan también lo llevaba, ¿no te acuerdas?

—Ah, ¿eso? Ya es historia, a Susan se le infectó y fue motivo de humillación y burla durante días.

Se sienta en una de las sillas libres de la cocina y mira a Harper como si no la hubiera visto hasta este momento.

—Ey, ¿qué tal? Mi hermano me comentó que te quedarías unos días por aquí. Es la primera vez que hace algo así con alguno de sus ligues. Estoy impresionada.

—Yo no soy ningún ligue —se queja, pero Sarah ya no le está prestando atención porque ladea su cabeza hacia mí.

—Pues eso hermanito, te necesito.

—¿Sabes que esto de pedirme favores se está convirtiendo en una fea costumbre?

—Es que papá y mamá no me entienden. Ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones.

—Serás mayorcita cuando cumplas la mayoría de edad.

—¡Solo me faltan unos meses!

—Y cuando dejes de comportarte como una niña caprichosa.

—Yo no me comporto de ninguna manera.

Resoplo derrotado.

—¿Qué quieres? —Intento reconducir la conversación para que no se alargue de forma innecesaria.

—Estoy pensando en tomarme un año sabático antes de empezar la universidad. Creo que sería una buena oportunidad para viajar y conocer culturas antes de embarcarme en una vida adulta llena de responsabilidades.

Ya estamos de nuevo con una de sus ideas efímeras y locas que, los

demás, nos vemos obligados a quitarle de la cabeza.

—A ver, sorpréndeme. ¿Cuál de tus amigas quiere hacer justo eso? — pregunto con perspicacia.

Delante de mí Harper suelta otra risita. Sarah me mira indignada.

—Jane, pero eso no tiene nada que ver con que quiera hacer lo mismo.

—Por supuesto que no. —Parto un trozo de tortita y me la meto en la boca.

—Entonces, ¿me ayudarás?

—Ni en sueños, hermanita.

Sarah se cruza de brazos y me mira con odio. Estoy acostumbrado a sus rabietas, así que no me sorprende su reacción.

—Está bien, pues yo no pienso librarte de esto. —Mira a Harper, luego a mí y sonrío maléficamente—. Mamá quiere que traigas a tu invitada a la cena de esta noche. —Dicho esto se levanta y se dirige hacia la puerta de la cocina con paso resuelto.

—Eh, eh, espera. —Dejo caer los cubiertos sobre el plato y voy tras ella—. No pienso llevar a Harper a cenar con papá y mamá. No pueden obligarme.

—¿No? Pues dile eso mismo a mamá y me cuentas qué tal te va. —
Parpadea satisfecha, mira a Harper y se despide de ella moviendo los dedos
—. Chao. Nos vemos esta noche.

Poco después, escucho la puerta principal cerrarse. Vuelvo a sentarme en la mesa y resoplo con resignación porque si hay una persona a la que soy incapaz de contradecir en este mundo, esa persona es mi madre. Puede que papá sea autoritario, pero en casa es mamá quién manda. Incluso papá le teme.

—Lo siento, creo que no voy a poder librarte de lo de esta noche —digo derrotado.

Harper se ríe y niega con la cabeza.

—No te preocupes, la verdad es que tengo curiosidad por conocer a los progenitores de Jake Lawler.

No digo nada. Me limito a comerme las tortitas con bacon sin hablar. Porque a ella le parecerá divertido conocer a mi familia, pero a mí la idea no me mola nada.

Harper

Salgo de la habitación y me dirijo hacia el salón donde Jake ya me está esperando. Se ha vestido muy elegante para la ocasión: ha elegido un traje gris oscuro que le queda como un guante y una corbata gris clarita que destaca sobre la camisa blanca. Yo no sabía muy bien qué ponerme, no estoy acostumbrada a cenar con la burguesía neoyorkina.

Puede que mi familia tenga dinero gracias a la carrera de deportista profesional de mi padre, pero estamos hechos de otra pasta. Papá y mamá son dos personas humildes que gestionan su pequeña fortuna con cuidado, porque ahora que papá está retirado gana mucho menos como entrenador de lo que ganaba siendo jugador, y quieren disfrutar de una buena jubilación.

Así que a la hora de vestirme no tenía muy claro que debía elegir. Al final he optado por un vestido de Chanel de color plateado que me regaló Lena por mi cumpleaños, y unos zapatos de tacón negros muy elegantes. He domado mis rizos con espuma y llevo la cabellera suelta sobre los hombros. No me he aplicado mucho maquillaje, aunque me gusta delinear los ojos en negro y usar carmín rojo para destacar mis labios.

Al verme, Jake se queda unos segundos medio atontado.

—Guau —dice tras soltar un silbido—. Estás increíble.

—¿Vamos? —pregunto incómoda por su mirada bobalicona.

—Sí, por supuesto, vamos.

Los padres de Jake viven en la misma planta del hotel que Jake, según me contó. Incluso Sarah tiene su propio apartamento, algo que me sorprendió teniendo en cuenta que es menor de edad.

Así que salimos de casa y andamos hasta la puerta más alejada. Llamamos al timbre y, segundos después, la puerta se abre. El ama de llaves nos sonrío y nos invita a pasar.

—El señor, la señora y la señorita Lawler les esperan en la sala.

Nada más entrar me doy cuenta de lo distinto que es este apartamento del de Jake. Si el de Jake tiene un estilo moderno y funcional, este es clásico y algo recargado. Además, la distribución es completamente distinta. Si me dijeran que estamos en el interior de una mansión, me lo creería sin problemas. Las paredes están cubiertas de papel pintado. Hay cuadros con pinturas renacentistas enmarcadas en dorado. Se nota que los muebles son de calidad, artesanales. Suena música clásica y huele muy bien.

El ama de llaves nos conduce por un pasillo hasta un salón grande en el que hay una zona de sofás puestos en forma de U, debajo de los cuáles se

encuentra una alfombra de estilo persa. En uno de los sofás están sentados los que supongo que serán los padres de Jake.

—Bienvenidos —dice la señora Lawler levantándose para darme la mano—. Yo soy Molly, tú eres Harper, ¿verdad?

Me sorprende comprobar que la señora Lawler es tan bajita como yo. Es algo rellenita, tiene una mata de pelo castaño oscuro ondulado peinado hasta los hombros y, aunque su sonrisa es afable, se nota que tiene carácter. Enseguida comprendo de donde ha sacado Jake sus ojos, ya que ambos tienen el mismo color verde menta.

—Así es. —Le estrecho la mano y seguidamente es el padre de Jake el que me da la suya.

—Yo soy Andrew.

Jake es una copia exacta de su padre, no hay duda. Son idénticos, excepto porque Andrew tiene el pelo lleno de canas. Pero por lo demás son como dos gotas de agua. Son altos, tienen una complexión fuerte y la mirada penetrante, aunque los de Jake son verdes y los de Andrew castaños.

Nos sentamos en el sofá y saludo a Sarah con la mano, que está sentada en el otro extremo. También se ha vestido elegante, aunque no parece muy contenta de estar aquí. Tiene cara de fastidio y no deja de mirar su móvil.

Andrew nos pregunta qué queremos tomar. Yo pido un Martini y Jake un gin-tonic. Andrew nos lo prepara en un carrito que hay cerca del sofá. Cuando ya tenemos nuestras bebidas entre las manos y Andrew vuelve a estar sentado, el ambiente se vuelve un poco raro a causa del silencio.

Molly decide romperlo.

—Es la primera vez que nuestro hijo invita a una chica a pasar unos días en su casa. Es toda una novedad. —Da un sorbo a su copa con una sonrisa.

—Harper necesitaba un sitio donde quedarse, mamá. Solo somos amigos. No te imagines cosas raras.

—Eso no es lo que me ha contado tu hermana.

Jake atraviesa a Sarah con la mirada y esta levanta unos segundos los ojos del móvil para dedicarle una sonrisa pérfida. Seguro que le ha contado que me encontró en su cama aquel día para fastidiarle por no haberle querido ayudar esta mañana. Dios, que vergüenza.

—No sé qué te habrá contado Sarah, mamá. Pero Harper y yo no tenemos nada —lo dice con tanto ímpetu que, no sé por qué, me remueve por dentro. Me afecta, como si el hecho de que insista tanto en negar nuestro posible romance me molestara—. Así que no vayas preparando la boda, que te conozco.

—Está bien, está bien. Nada de bodas. —Molly levanta las manos en alto en signo de rendición y luego las coloca sobre su regazo—. ¿Y de qué os conocéis?

—Harper es la mejor amiga de Lena Murphy, la novia de Adam.

—¡Ah! Sé quién es, hemos coincidido con ella en diversos eventos, ¿verdad, cariño? —Andrew afirma con la cabeza mientras da un sorbo a su bebida—. Es encantadora. De hecho, la madre de Adam está muy contenta con ella, y eso que al principio parecía disgustadísima.

Sonrí, recordando los problemas que tuvo Lena para que la madre de Adam la aceptara. Le costó lo suyo, sobre todo por los prejuicios que tenía esta hacia su persona y su posición social. Pero al final consiguió gustarle y después de dos años juntos se llevan bastante bien.

—Es como una hermana para mí. Como mis padres viven en San Francisco y no tengo familia en Nueva York, ella es como si fuera parte de mi familia.

Molly me mira sagaz.

—Y ¿a qué se dedican tus padres?

—¡Mamá! —exclama Jake irritado. Luego me mira muy serio y dice—: No tienes por qué responder a esa pregunta.

—Tranquilo, no me importa. —Le guiño un ojo y miro a Molly que espera mi respuesta atenta—. Mi padre es entrenador de béisbol en un instituto de San Francisco y mi madre hace de orientadora en ese mismo centro.

—¿Entrenador de béisbol? —Eso parece captar la atención de Andrew—. Me encanta el béisbol. ¿Es buen entrenador?

—La verdad es que sí. —Me encojo de hombros—. Antes era jugador profesional, así que sabe lo que se hace.

Ahora es Jake el que me mira atento, alzando sus cejas oscuras.

—¿Tu padre fue jugador profesional de béisbol?

—Sí, en la MLB. Jugó durante doce años con los Boston Red Sox. Tuvo que retirarse por una lesión en la rodilla.

—¿Tu padre es Dylan Smith, uno de los mejores bateadores de la historia? —pregunta Andrew.

Afirmo con la cabeza. Andrew parece realmente fascinado. A mi lado, Jake se queda con la boca abierta, literalmente hablando. Me dan ganas de cerrársela con la mano. Sarah ha dejado de mirar el móvil para atender a nuestra conversación y Molly parece casi tan sorprendida como su marido.

Estoy acostumbrada a estas reacciones cuando la gente descubre que

papá es el bateador que permitió a los Boston Red Sox ganar la liga durante cinco temporadas seguidas.

—¿Por qué yo no sabía eso? —pregunta Jake saliendo de su estupor.

—Nunca me has preguntado. —Me encojo de hombros.

Andrew, que hasta ahora había permanecido callado, empieza a hablar sobre lo mucho que admira a papá y lo mucho que disfrutó del béisbol durante los años que este jugó en la MLB. Ha sido una buena táctica sacar el nombre de papá para que dejen de hablar de mí. Eso suele dar resultado siempre. Papá es una de esas personas que deslumbran, incluso en persona. Es entrar él en una habitación y la gente se gira automáticamente para mirarle. Por eso muchas veces evito hablar de él, porque sé que hacerlo significa pasarme dos horas hablando de todas sus hazañas.

Media hora más tarde, el ama de llaves aparece y nos indica que la cena ya está lista. Dejamos los vasos sobre la mesa de centro y pasamos al comedor, que está situado en la habitación contigua. Nos sirven una ensalada, crema de puerros y luego pollo a la cazadora.

Pasamos una velada agradable hablando de béisbol y de otros temas que van saliendo sobre la marcha. Los padres de Jake son encantadores, lo cierto es que no me esperaba que fueran así para nada. Tal como me imagino la élite neoyorkina, pensaba que serían unos estirados. Pero nada más lejos de la

realidad. Son agradables y atentos.

Cuando terminamos de cenar, nos volvemos a desplazar hasta el salón de antes y sacan pastas turcas de su último viaje y nos sirven el café. Aprovecho para hablar con Sarah, que lleva toda la cena más pendiente de su móvil que de nosotros. Le pregunto por el instituto y su perspectiva laboral en un futuro, y emocionada me explica que al igual que su hermano quiere trabajar en el negocio familiar.

Por lo que hace a Jake, lleva toda la cena callado y taciturno. Apenas interviene en la conversación y cuando lo hace usa monosílabos.

Sobre las once de la noche, decidimos retirarnos. Molly nos acompaña hasta la puerta y de camino me fijo en unas fotos preciosas en blanco y negro que cuelgan sobre el recibidor. Tienen algo que me hipnotizan y me quedo embobada mirándolas. Una de las fotos es de una pareja de ancianos dándose la mano frente del Puente de Brooklyn. Transmite mucha ternura. La segunda es de un niño abrazando a un mendigo, con esa ingenuidad maravillosa que se tiene cuando aún se es pequeño.

—Son muy bonitas —digo a Molly que las observa con gran cariño.

—¿A qué sí? Son de nuestro Jake. Tiene una gran sensibilidad por la fotografía.

Me giro hacia él fascinada. Porque estas fotografías no casan para nada

con la idea mental que tengo de él: un tipo narcisista y ególatra incapaz de ver nada más allá de sus propias narices.

—¿De verdad son tuyas?

—¿Tanto te cuesta de creer? —dice en un gruñido.

Su gruñido es suficiente como para que olvide las fotos y solo piense en marcharme de aquí. No sé qué le pasa, pero no me ha molado nada su tono.

Me despido de Molly que me hace prometerle que volveré pronto y nos marchamos.

Una vez entramos en nuestro apartamento, me quito los zapatos de tacón y suspiro de alivio. Me estaban haciendo polvo.

—Ha sido una cena muy agradable. Tus padres son un encanto —digo dirigiéndome hacia el salón. Él me sigue muy serio, con el mentón en tensión, sin decir nada—. Oye, ¿qué te pasa? Llevas toda la noche rarísimo —insisto.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunta de forma críptica.

Apoyo el culo sobre el brazo de un sofá, me masajeo los pies doloridos y le miro con el ceño fruncido.

—¿El qué?

—Que tu padre era Dylan Smith.

—¿Acaso eso importa?

—Pues un poco. Llevas dos años juzgándome por ser un privilegiado con dinero cuando estoy convencido de que la cuenta corriente de tu padre debe tener más de seis dígitos. —A medida que habla se ha ido acercando a mí, hasta situarse a pocos centímetros de donde yo estoy sentada.

—No sé qué tiene que ver eso conmigo, Jake. El dinero de mis padres es de mis padres, no mío. Soy una chica autosuficiente, mis padres me enseñaron a valerme por mí misma desde muy joven. Empecé a trabajar a los dieciséis para pagarme mi primer coche de segunda mano, y sí, dejé que me pagaran la universidad, pero trabajaba los fines de semana para sufragarme mis gastos extra —le explico, pese a que no tengo porque darle explicaciones—. Mis padres son personas humildes, con una casa humilde y una perspectiva de futuro humilde. ¿Sabes con qué sueña mi madre? En salvar a los chicos más problemáticos de su instituto. Cada vez que consigue que uno acabe el instituto y vaya a la universidad hace una fiesta. Mi padre, en cambio, es feliz consiguiendo que sus chicos lleguen a la final de la liga regional y fichen con una beca deportiva en alguna universidad prestigiosa. Como ves sus aspiraciones están muy alejadas del dinero que tienen. Sus valores están por encima. Y si no te lo dije es porque quién soy no tiene nada

que ver con el dinero que mis padres tengan en su cuenta corriente.

Mi monólogo parece dejarle sin palabras. Está unos segundos callado, mirándome. Sus ojos verdes me penetran con intensidad. Su silencio me incomoda, así que añado:

—No me gusta que me juzguen por quién es mi padre.

—Curioso —dice él, frotándose el mentón—. Porque tú eso lo haces conmigo constantemente.

—Nuestra situación es diferente, Jake. Yo llevo años intentando que mi padre no condicione para nada quién soy. Tú, en cambio, eres quién eres por el tuyo.

—No me conoces, Harper. —Niega con la cabeza—. ¿Acaso alguna vez me has preguntado si dirigir una cadena hotelera es el sueño de mi vida? —pregunta.

Parpadeo, confusa.

—¿Es que no lo es?

—No, no lo es. Sigo el camino que otros han trazado para mí porque es mi obligación como heredero del imperio que mi padre levantó de la nada. Se lo debo. Pero yo también tengo mis propios sueños.

—¿Y qué sueños son esos? —Enrollo un mechón de mi pelo y le miro

con curiosidad.

No responde. Puedo ver la sombra de una duda en la mirada. Se arrepiente de haberme dicho esto, lo puedo ver por la forma en la que su mentón se tensiona y sus cejas se fruncen.

—No quiero hablar de ello —dice sin más explicaciones.

—Entiendo. —No insisto. En otras circunstancias lo haría, porque soy tenaz y no me gusta dejar interrogantes abiertos. Pero sé que esto es algo de lo que Jake no suele hablar, y quizás necesita tiempo para hacerlo.

Hay verdades que necesitan su tiempo para salir de entre las sombras donde las mantenemos ocultas.

—¿Nos vamos a la cama? —pregunto levantándome con los zapatos en la mano.

Una sonrisa socarrona se abre paso en la expresión sombría de Jake.

—¿A la tuya o a la mía?

Pongo los ojos en blanco.

—Tú a la tuya y yo a la mía.

Este chico no tiene remedio. Da igual que haga unos segundos tuviera cara de pepino amargo. Es capaz de recomponerse y tirarme la caña como si

aquí no hubiera pasado nada. Quizás esa es su forma de disfrazar sus emociones.

—Dicen que compartir cama es divertido —insiste con socarronería.

—Jake, tenemos un pacto: nada de sexo —le recuerdo dirigiéndome hacia el pasillo.

—¿Y quién ha hablado de sexo? —Se coloca a mi lado—. Podríamos hacer otras cosas, malpensada.

—¿Otras cosas? —Ladeo la cabeza para mirarle y me paro cuando llegamos delante de la puerta de mi habitación—. ¿Qué cosas?

—Ver un capítulo de ese programa de reformas que tanto te gusta, jugar a las cartas, hacer un sudoku... ¿dormir?

—Buenas noches, Jake. —Levanto la mano como despedida y me giro escondiendo una sonrisa, porque ambos sabemos que eso no pasará.

—Buenas noches Harper. —Escucho antes de cerrar la puerta del dormitorio tras de mí.

Jake

—Jake, ¿es esto cierto? —Margaret deja un periódico abierto sobre el escritorio de mi despacho y me mira furiosa a través de sus ojos. Corrijo: Me mira muy furiosa.

Antes de que entrara en mi despacho hecha un basilisco, estaba mirando los balances trimestrales de un nuevo hotel de lujo que abrimos en Tahití hace unos meses.

—Dime que no fuiste tan tonto como para hacer eso —insiste Margaret cuya voz es tan aguda que me genera migraña a las dos frases de escucharla hablar.

Miro el dichoso periódico preguntándome que habré hecho esta vez. Margaret es la encargada de comunicación de la empresa, la que se pasa el día desmintiendo titulares o enviando notas de prensa. Tiene treinta años, el pelo rubio y los ojos de un azul turquesa muy llamativo. Es sexy y sí, intenté conquistarla para llevármela a la cama en cuanto la conocí. Pero resultó ser imposible, más que nada porque no le interesan los hombres y está casada con otra mujer.

El titular de la noticia no tiene desperdicio: “Jake Lawler pillado in

fragantti. ¿Acaso no tiene suficientes habitaciones en su imperio hotelero cómo para tener que montárselo en plena calle?”. Acompañando este titular hay una foto en la que aparezco con el culo al aire mientras penetro a una chica por detrás en una callejuela oscura, solo iluminada por la luz amarillenta de una farola que tenemos justo encima. Me han pixelado el culo, una lástima, porque la verdad es que mi culo es uno de mis mejores atributos.

—¿Sabes lo que me va a costar tapar este escándalo? —pregunta Margaret colocando su dedo índice sobre la foto.

—Tampoco es para tanto. Además, hace meses de esto. —Me froto el mentón intentando recordar cuando ocurrió. Era verano, quizás julio o agosto. Esa chica y yo coincidimos en una fiesta y estábamos tan cachondos que no pudimos esperar a llegar al taxi. Además, estaba borracho, muy borracho.

—No importa si hace meses o si fue ayer. No nos podemos permitir este tipo de noticias sensacionalistas que hundan por completo nuestra credibilidad. —Coge el periódico, lo enrolla como si fuera un palo y me da en la cabeza con él. Suelto una exclamación de sorpresa, no de dolor, porque a ver, es papel, no duele, pero sí que su gesto me ha pillado desprovisto—. Tienes veintisiete años, Jake. Ya no eres un chiquillo. No puedes seguir comportándote como un adolescente hormonado.

—Vale, lo pillo.

—No quiero que lo pillés. Quiero que te comportes.

Suelto un suspiro.

—Prometo no volver a follar en la calle, ¿te sirve?

—Ni en la calle ni en público. —Me fulmina con la mirada antes de cuadrar los hombros, darse la vuelta y salir del despacho con un portazo.

Mi capacidad por hacer cabrear a las mujeres de mi entorno es sorprendente. Deberían darme un premio por ello. Resoplo y aparto el informe porque ahora mismo soy incapaz de volver a concentrarme en los números. Tengo unos mensajes en el chat de wasap que comparto con Adam y Evan.

Adam: Tío, acabo de ver la noticia y la foto. En realidad, me la ha enviado Lena. ¿Y tu sentido del decoro?

Evan: ¿Decoro? Seguro que no sabe que significa esa palabra. Tendrá que buscarla en el diccionario.

Adam: Para eso tendría que saber lo que es un diccionario.

Que graciosos son mis amigos cuando quieren, en serio. Si no los conociera desde siempre, los mandarían a la mierda.

Pongo el nombre de Adam y Evan en el navegador web y en pocos segundos tengo un montón de resultados de búsqueda con noticias sobre

ellos. La primera es sobre una noche en la que Adam bebió y se drogó por encima de sus posibilidades. Hay una foto suya con los ojos inyectados en sangre y cara de yonki total. La segunda noticia es de Evan, de una vez que pegó a un periodista por hablar despectivamente sobre su madre.

Copio los enlaces a las noticias, las pego en el chat y escribo:

Jake: Uy sí, olvidaba lo decorosos que sois vosotros.

Adam: Anda que has tardado en tirar de hemeroteca...

Evan: Rencoroso (y añade un emoticono de una cara con la mano tapándose la boca).

Cierro el móvil e intento concentrarme de nuevo en el dichoso balance, cosa que me aburre sobremanera. En serio, esto es un muermo. Prefiero centrarme en otra cosa como, por ejemplo, en las ganas que tengo de marcharme para llegar a casa y ver a Harper.

Han pasado dos semanas desde que cenamos en casa de mis padres y las cosas entre nosotros han mejorado moderadamente. Desayunamos juntos todas las mañanas, compartimos cena cuando no llego muy tarde e, incluso, este fin de semana hicimos maratón de El Padrino. Yo quería ver El señor de los anillos, pero ella se negó alegando que cada vez que alguien dijera la palabra *hobbit* yo soltaría una risita maliciosa para burlarme de ella. Y no le falta razón.

También hemos compartido confidencias. Sí, dicho así suena muy a plan de chicas, pero la verdad es que hablar con ella tiene su encanto. He descubierto que le gusta el chocolate negro, las novelas de misterio, los Beatles y el queso en todas sus formas; que odia sus pecas y que el color de su pelo se lo debe a su madre, que tiene genes irlandeses. También me he dado cuenta de que cuando algo le pone muy nerviosa se rasca los brazos, como si le picasen, y que arruga la nariz cuando no está de acuerdo con algo.

Así que puedo decir que Harper y yo hemos afianzado nuestra confianza. Eso sería magnífico si con ello mi plan de conseguir acostarme con ella de nuevo estuviera dando resultado, pero el caso es que no hay manera de salir de la *friendzone* en la que parece haberme metido. No me deja acercarme demasiado a ella, cuando lo intento se aparta como si yo fuera de fuego y temiera quemarse.

Por lo que hace a mí, solo puedo decir que me muero de ganas de volver a escuchar el sonido que hace su voz al gemir. Es una imagen que me cuesta quitarme de la cabeza: ella con los ojos entrecerrados gimiendo de placer justo antes de correrse. Joder, es que es pensar en eso y el bulto de mi pantalón crece a marchas forzadas.

No sé qué haré si no consigo hacerle cambiar de opinión. Pero no quiero renunciar a lo que sentí aquella noche junto a ella. Quiero volver a sentirlo.

Necesito volver a sentirlo...

###

Llego a casa cerca de las seis de la tarde y cuando abro la puerta y paso al salón me encuentro a Harper sentada en uno de los sofás, con el portátil entre las piernas que tiene cruzadas en forma de indio. La tele está encendida. De nuevo está viendo un programa de reformas. Creo que es adicta a ellos, porque siempre la encuentro mirando uno. Dice que eso le ayuda a imaginarse como será algún día la casa de sus sueños.

Harper me saluda levantando un segundo la cabeza del portátil con las gafas negras puestas.

Le devuelvo el saludo, me quito la americana, paso por la cocina, cojo una cerveza y regreso al salón. Me siento a su lado.

—¿Actualizas el blog? —pregunto mirando la pantalla del portátil por encima de su hombro.

—Sí, me he hecho unas fotos este mediodía con un vestido que me ha mandado una marca de ropa para que lo promocione y quería subirlas.

—¿Las marcas te mandan ropa gratis a cambio de que la promociones?

—Sí, incluso me pagan algo por ello —confiesa con una sonrisa.

—¿Entonces por qué me dijiste el otro día que no podrías dedicarte a eso de forma profesional?

—Porque aún tengo que mejorar en muchos aspectos. Primero, necesito aumentar el número de seguidores del blog. Y segundo, la calidad de mis fotos deja mucho que desear. Mira.

Aprieta el botón de una carpeta y empieza a pasar fotos en las que sale con un vestido malva que le favorece mucho. Está en plena calle, y el encuadre no está nada mal, sin embargo, las fotos están oscurecidas y los detalles de las prendas no se aprecian bien.

—¿Tienes Photoshop? —pregunto alzando una ceja.

—Sí, ¿por?

Cojo el portátil para colocarlo sobre mi regazo sin pedirle permiso, abro el Photoshop y, una a una, paso todas las fotos al programa. Empiezo a jugar con los balances y los contrastes hasta que las fotos se llenan de luz y de colores vibrantes. Cuando termino, lo guardo todo de nuevo en la carpeta y le devuelvo el portátil.

—Pero ¿cómo has hecho eso? —pregunta mirando maravillada las fotografías retocadas.

—Nah, se me da bien hacer estas cosas.

—Eres una caja de sorpresas, Jake Lawler. —Está tan contenta que me da un beso en la mejilla y se pone a dar palmadas sobre el sitio como si fuera una niña pequeña.

—Puedo retocarte todas las fotos que quieras si a cambio me dejas elegir donde quiero que me des el próximo beso —digo socarrón.

—No lo estropees. —Niega con la cabeza mientras mantiene la mirada fija en la pantalla del ordenador.

—Bueno, ¿y aparte de eso que tal el día? —pregunto dando un sorbo a la cerveza.

—Pues pocas novedades puedo contarte. Esta mañana he ido a ver un piso, pero no me ha gustado nada el tío que lo alquilaba. Tenía unas pintas muy raras y la casa olía a marihuana que echaba para atrás. —Se encoge de hombros, aunque en ningún momento deja de mirar a la pantalla, concentrada—. Te prometo que miro anuncios todos los días, pero me está costando encontrar un sitio decente con mi presupuesto.

—No hay prisa, pelirroja. Por mí como si te quedas aquí toda la vida.

—No creo que eso sea buena idea. Porque luego pasa lo que pasa, te da el apretón, te sabe mal traerte aquí a tus ligues y acabas tirándotelas en medio

de la calle —suelta como si nada.

Su comentario hace que la cerveza me pase por el otro lado y empiezo a toser mirándola con los ojos muy abiertos. Cuando me recompongo, me limpio los labios humedecidos con la manga de la camisa.

—Has visto la noticia. —No es una pregunta, es una afirmación.

—¿Esa en la que sales follándote a una tía en medio de la calle? Sí, la he visto —deja de mirar la pantalla para fijar sus ojos en mí—. No sabía que eras un exhibicionista.

—No es que sea de tu incumbencia, pero esa foto se tomó hace meses. Estaba borracho y me pareció que el callejón estaba lo suficientemente oscuro como para que nadie nos viera. Craso error por mi parte. —Me encojo de hombros—. Si no traigo mujeres aquí, no es porque estés tú, es porque hace semanas que no me acuesto con ninguna.

—Ya, claro —dice negando con la cabeza con una sonrisa irónica en los labios.

—Hace casi un mes de la última vez que me acosté con una mujer, Harper, y fue contigo.

Las mejillas de Harper se arrebolan y sé que he conseguido hacerle retroceder en el tiempo, a aquella noche en la que, sentados en el sofá donde

estamos sentados ahora, nos dejamos llevar por la pasión.

—Me estás vacilando —susurra con la voz entrecortada.

—Estoy hablando muy en serio. Desde que nos acostamos aquella noche no he vuelto a acostarme con nadie más.

Frunce el ceño, desconcertada.

—¿Y eso por qué?

No me voy por las ramas, le digo la verdad sin maquillaje:

—Porque no me funciona.

Harper frunce el ceño.

—¿Qué no te funciona el qué?

—La polla. Desde que me acosté contigo no se me levanta. Excepto si me toco pensando en ti.

Abre los ojos de golpe y se pone tan nerviosa que al acomodarse el portátil en el regazo este está a punto de resbalar y caer al suelo. Lo cojo a tiempo, lo cierro y lo dejo a un lado.

—¿Es esta una de tus bromas? Porque no me hace ni pizca de gracia que bromees con eso. —Un rojo intenso sube por sus mejillas hasta las orejas.

—Hablo totalmente en serio, Harper.

—No puedo creerte. ¡Eso no tiene ningún tipo de sentido!

—¿Qué me vas a contar? Yo estoy más sorprendido que tú. ¿Qué clase de brujería lanzaste sobre mí, Harper Smith? —Lanzo la pregunta fijando mi mirada en la suya.

Nuestros ojos quedan conectados y percibo una extraña conexión entre nosotros. Esa conexión que nos llevó a acostarnos juntos la primera vez, aunque en aquella ocasión el alcohol lo puso fácil.

—¿Te tocas pensando en mí? —pregunta incrédula.

—Todas las noches.

—Eres un cerdo.

—¿Me vas a decir que tú no te tocas pensando en mí o en la noche que pasamos juntos? ¿En los orgasmos que te provoqué? ¿En mi lengua lamiendo entre tus muslos? Y que conste que no suelo repetir con ninguna mujer, pero contigo me muero de ganas.

La forma en la que sus ojos grises relucen me hace comprender que sí. Que ella, al igual que yo, ha usado todo ese material para sus noches de autoamor.

—Tenemos un trato, Jake.

—Los tratos están para romperlos.

La tensión nos sobrevuela. Podría besarla, lo sé, pero me arriesgo a ganarme una bofetada. Por mucho que Harper lo desee tanto como yo, no lo admitiré nunca. Es orgullosa. Y cabezona. Tampoco quiero forzar demasiado las cosas. Así que, con todo el dolor de mi corazón (y el dolor de huevos que tendré dentro de un rato), me levanto del sofá con la excusa de darme una ducha antes de la cena.

Puedo sentir la mirada desconcertada de Harper en mi espalda hasta que desaparezco por el pasillo.

Harper

Han pasado dos días desde que Jake me confesó que no se ha acostado con ninguna otra mujer desde que se acostó conmigo y el ambiente entre nosotros está raro. Su confesión me dejó tocada, no solo porque no hubiera follado con otras, algo que estaba convencida de que sí hacía, sino por el hecho de saber que se masturba pensando en mí. Ahora, cada vez que se encierra en su habitación, me le imagino con una mano alrededor de su pene fantaseando conmigo.

Yo tampoco soy ninguna santa, lo admito. Es posible que haya usado los recuerdos de aquella noche para mi disfrute más de una vez, por no hablar del orgasmo que tuve en sueños.

¿Me estaré volviendo loca? O quizás sea una ninfómana. Nunca antes había pensado tanto en el sexo como lo hago ahora.

Por suerte, hoy puedo desconectar de todo esto porque Lena se queda a dormir conmigo para celebrar una de nuestras noches de chicas. Pondremos música, cortaremos pepinos en rodajas para colocárnoslas en la cara, nos pintaremos las uñas con algún esmalte bonito y veremos alguna película romántica que nos haga babear por el protagonista masculino en cuestión.

Además, Jake sale con los chicos. Van al Club Hush, por lo que volverá a casa a las tantas y no coincidiremos en ningún momento. Y lo necesito. Necesito una noche sin él, una noche de chicas con Lena para desconectar.

###

Lena aparece a las cuatro de la tarde. Lo hace con una bolsa llena de guarrerías: helado, chuches y chocolate. Nos encerramos en mi habitación y empezamos nuestra sesión de belleza con canciones de los Beatles de fondo.

En lo primero que me fijo cuando coge un bote de pintauñas color aguamarina, es en el anillo que descansa en su dedo anular.

—¡El anillo! Aún no te lo había visto —digo emocionada, cogiéndole la mano para examinarlo.

Es de oro blanco. El aro tiene forma de infinito y ahí donde las líneas se tocan hay un pequeño brillante. Es elegante, nada recargado. Perfecto.

—Tuvimos que ir a ajustarlo —me dice mirándolo con cariño—. Pero me encanta.

—Adam tiene muy buen gusto.

Pasamos el resto de la tarde cumpliendo nuestro planning y al caer la noche pedimos unas pizzas para cenar. Ponemos una peli y la miramos

mientras disfrutamos de nuestra cena. Pero antes de acabarnos la primera porción, llaman a la puerta de la habitación con los nudillos.

Lena me mira con el ceño fruncido y yo me encojo de hombros porque no tengo ni idea de quién será. Mara hoy se ha ido pronto y Jake está fuera. ¿Quién más tiene llaves? Vuelven a llamar con los nudillos, grito un “adelante” y la puerta se abre. Es Sarah y veo en su mirada una expresión extraña, que no le había visto antes. Parece... ¿tímida? ¿Avergonzada?

—Siento molestar —susurra.

—Si buscas a tu hermano, hoy ha salido. No creo que vuelva hasta la madrugada —me adelanto a decir.

—Yo... En realidad, quería hablar contigo —dice con un tono modosito que me hace alzar una ceja—. Hola, Lena —saluda con una sonrisa.

—Hola, Sarah, ¿qué tal va?

—¿Os conocéis? —Las señalo con el dedo índice.

—Hemos coincidido en algún evento —me explica mi amiga—. ¿Quieres que salga de la habitación para que podáis hablar a solas? —le pregunta.

—No, tranquila, quizás tú también puedas ayudarme.

Sarah se acerca a nosotras. Estamos sentadas sobre la alfombra peluda

del suelo, frente al televisor y ella se sienta en un hueco libre. Apago la tele y la miro llena de curiosidad. Parece no saber muy bien como empezar la conversación, así que intento darle un empujoncito.

—¿Y en qué podemos ayudarte, Sarah?

—Pues... necesito consejo. —Se retuerce las manos, nerviosa.

—¿Qué tipo de consejo? —Cada vez tengo más curiosidad.

—Veréis, el próximo sábado se celebra un baile en el instituto y Jamie Parker, el quarterback del equipo de fútbol, me ha pedido que vaya con él. Le he dicho que sí y... creo que quiero hacerlo.

Baja la mirada hacia sus manos y Lena y yo compartimos una mirada de desconcierto.

—¿Hacerlo? ¿El qué? —pregunto.

—Perder la virginidad con él.

Se hace el silencio. Me quedo muda. No sé qué decir y Lena está claro que tampoco. Es cierto que Sarah y yo hemos hablado unas cuantas veces desde que vivo aquí, pero nunca creí que tuviéramos la suficiente confianza como para que me confesara algo así.

—Pero ¿qué tipo de relación tenéis? ¿Habéis salido antes? —pregunta Lena que parece salir del trance antes que yo.

—¡Qué va! Es la primera vez que salimos. Hasta hace una semana estaba con Susan, pero lo han dejado y me lo ha pedido a mí.

Si no creo recordar mal, Susan es una chica a la que Sarah odia con toda su alma. La chica del piercing en el ombligo.

—¿Y por qué quieres acostarte con él si apenas os conocéis? —pregunto esta vez yo.

—Porque quiero dejar de ser virgen y él es el chico más popular del instituto.

—No creo que esos sean los motivos adecuados, Sarah.

—No he venido a pedirte permiso. Solo quiero que me aconsejes, como mujer experimentada que eres.

¿Mujer experimentada? Esta chica creo que tiene una visión distorsionada de mí. Me gusta el sexo, he tenido mis rollos de una noche y un par de relaciones serias además de Gabe, pero tampoco es que me conozca el Kama Sutra al dedillo.

—¿Qué es lo que necesitas saber?

Sarah vuelve a retorcerse las manos, algo que me hace sospechar que no está tan segura con esto como quiere hacernos creer.

—Nunca lo he hecho con nadie y no sé muy bien cómo saber si lo estoy

haciendo bien. He tenido novio durante varios años, pero era creyente y practicaba la abstinencia, era de los que no quieren hacer el amor hasta casarse y solo nos tocamos por encima de la ropa un par de veces. Todas mis amigas hace tiempo que dejaron de ser vírgenes, y yo les mentí diciéndoles que el chico este y yo ya lo habíamos hecho, para no sentirme mal, así que no puedo preguntarles sobre el tema a ellas.

Parpadeo. Este es un tema complicado. ¿Qué se supone que tienes que decirle a una adolescente que te pregunta algo así? Cojo aire y le digo lo que pienso con el mayor tacto del mundo.

—Sarah, me encantaría ayudarte con este tema, pero no me sentiría cómoda haciéndolo sin antes intentar que comprendas una cosa. Acostarse con alguien es un acto íntimo, y más la primera vez, una está llena de dudas, necesita cariño, caricias, no sé, sentirse cómoda. Y no es que piense que la virginidad es algún tipo de bien preciado que haya que proteger a toda costa. Al contrario, creo que está muy mitificada. Pero sí creo que lo mínimo cuando compartes algo tan especial con alguien es que haya cariño. Y por lo que me dices, ese chico no significa nada para ti.

Sarah se muerde el labio y se toca la melena morena con inseguridad. Lena aprovecha para echarme un cable:

—Mira, yo no recuerdo muy bien cómo fue mi primera vez. Solo sé que

estaba tan ansiosa como tú por dejar de ser virgen. Además, mis padres habían muerto hacía poco y necesitaba desahogarme de alguna manera. Así que acabé acostándome con un capullo de mi instituto que solo quería alardear que se lo había montado con la huérfana de la clase. Acabamos en tres embestidas. Tras esto me llevó a casa. Fin. No digo que vaya a pasarte lo mismo, pero debes saber que es un riesgo que puedes correr.

—Yo tuve la suerte de perder la virginidad con mi novio del instituto. —
Sonrío nostálgica—. Reconozco que no fue un polvo memorable, de hecho, los dos éramos primerizos y el pobre no sabía en qué agujero meterla. —Lena y Sarah se ríen, pero es cierto. Lo intentó por el sitio equivocado y se ganó una reprimenda por mi parte—. Pero nos queríamos y fue bonito compartir algo así con él.

—No quiero empezar la universidad siendo virgen —susurra
mordiéndose la uña del dedo meñique.

—Aún te faltan meses para terminar el instituto. A lo mejor encuentras al adecuado antes. No tengas prisa.

Se queda pensativa. Sé que la hemos convencido cuando afirma con la cabeza llena de alivio.

—Está bien, esperaré.

—Buena decisión —celebro yo.

Sarah nos mira agradecida. Se nota que se sentía perdida y que nuestras palabras es justo lo que necesitaba escuchar.

—Bueno, pues yo me voy para dejaros con vuestra fiesta particular — dice haciendo un amago para levantarse.

Lena y yo nos miramos y sé, sin necesidad de usar palabras, que está pensando lo mismo.

—¿Por qué no te quedas con nosotras? Peli, pizza y guarradas. No existe mejor plan —sugiero.

—¿Lo decís en serio? —Los ojos de Sarah se iluminan.

—¿Por qué no? —Lena le acerca la caja de pizza para que coja una porción.

—¿Carbohidratos por la noche? Mis amigas fliparían si me vieran. — Coge un trozo y le da un mordisco, saboreándolo.

Qué difícil es estar en su edad. Esa época en la que te dejas influenciar por los demás y solo te importa lo que piensan los otros sobre ti. Yo siempre fui una adolescente despreocupada en ese sentido. Pero lo tuve muy fácil. Mis padres me educaron muy bien.

Espero que en la universidad Sarah conozca a su Lena, a esa persona que está siempre a tu lado, apoyándote; que forma parte de esa familia que no es

de sangre, de esa familia que elegimos.

La película termina y sacamos el helado. Sarah sigue nuestra conversación mientras consulta sus redes sociales. En un momento dado, chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Jake se ha encontrado con Penny en el Club Hush. Espero que no la líe hoy, porque después de la noticia que salió hace unos días en los periódicos mis padres no le perdonarían otro escándalo.

¿Penny? ¿Quién es Penny?

—¿Quién es Penny? —Acabo haciendo la pregunta en voz alta.

—Una chica con la que estuvo saliendo durante unos meses en la Universidad. Lo dejaron porque ambos preferían seguir saliendo con otras personas, pero cuando se encuentran suelen acostarse. Son... follaamigos o algo así.

—Buff, sí, yo los he visto juntos y van a saco. Dan un poco de vergüenza ajena.

En un arrebato, cojo el móvil que sostiene Sarah entre las manos y miro la pantalla. Me encuentro con una secuencia de videos en los *stories* de Instagram en los que Jake baila pegado a una chica que le está restregando el culo contra sus partes.

Rememoro las palabras que me dijo Jake el otro día mientras vuelvo a ver los vídeos. La forma en la que bailan, en la que se miran, en la que se tocan... De repente me siento muy tonta. Por haber creído lo que me dijo sobre que no se había acostado con nadie más. Seguro que era algún tipo de artimañana para ablandarme y volverme a llevar a la cama. ¿Lo peor? Que yo caí hasta el fondo. Es más, si llega a proponerme algo aquella noche, no estoy segura de que le hubiera dicho que no...

¿Cómo puedo ser tan tonta?

Jake

No sé qué hora es cuando abro los ojos, pero es de día. A mi lado, Evan ronca. Estamos en su cama, ya que ayer, cuando salimos del Club Hush nos apeteció tomarnos la última copa en su casa. Adam se marchó sobre las cinco de la madrugada alegando que quería dormir un poco antes de que Lena regresara a casa después de su noche de chicas con Harper. Yo decidí quedarme justamente por esto último. Para que las chicas pudieran disfrutar del apartamento sin tener a un tipo alcoholizado rondando por ahí. Porque sí, ayer me pasé con el alcohol y la noche acabó con una vomitona de órdago sobre el piano de cola de Evan.

Bostezo, me levanto y me dirijo al baño. Observo mi cara en el espejo. Tengo una pinta horrible. Dos ojeras enormes se dibujan bajo mis ojos y siento un dolor de cabeza de impresión martilleándome la cabeza.

Despierto a Evan que parece estar incluso peor que yo y preparamos juntos nuestro remedio antiresaca. Nos bebemos el brebaje verdoso a la vez, mirándonos a los ojos y haciendo muecas de asco. Es la cosa más repugnante que existe, pero es efectiva. Luego, desayunamos café y bollos.

Cuando terminamos, llamo a un taxi y regreso a mi apartamento. Abro la

puerta cuando es la una del mediodía pasadas. Voy directo hacia el salón y me encuentro a Harper sentada en el sofá comiendo pizza mientras mira la tele.

—¿Estás sola? —pregunto sentándome a su lado.

Ella me mira y sus ojos relucen de una forma extraña. ¿Son imaginaciones mías o ese brillo es de enfado?

—Sí, estoy sola. Lena se ha ido pronto esta mañana.

—Ah, guay. ¿Os lo pasasteis bien ayer?

—Sí, genial. —Su respuesta seca me hace levantar las cejas.

—¿Te pasa algo?

Ladea la cabeza, me mira y sus labios se tensan en una sonrisa tan forzada que me recuerda a la del Jóker de Batman.

—¿A mí? No, para nada. Estoy genial. Estupendamente bien. —Pero su tono no acompaña para nada a sus palabras—. ¿Y tú? ¿Te lo pasaste bien?

—Pues sí, la verdad, hacía semanas que no salíamos y era justo lo que necesitaba para desconectar. —Me inclino hacia la mesa de centro con intención de coger un trozo de pizza, pero Harper aparta la caja de mí con un manotazo.

—Lo siento, pero no la comparto. Además, es recalentada, así que tampoco te pierdes mucho porque no está muy buena —dice desafiante, con sus ojos centelleantes fijos en los míos.

—¿No me vas a dar un trozo? —No caigo de mi asombro.

—Es que tengo hambre. —Tras decir esto, coge una porción entera y se la mete toda en la boca, de tal manera que se le hinchan las mejillas como un hámster.

Vale, confirmado, algo le pasa, porque esta forma de actuar no es ni medio normal.

—A ver, hobbit, ¿qué mierda te pasa?

Gruñe algo mientras mastica, pero no la entiendo. Bebe un poco de agua haciendo pasar la comida por su esófago y vuelve a hablar.

—Ya te he dicho que no me pasa nada. —Me mira cuadrando los hombros toda digna—. Por cierto, deberías tener cuidado con eso de ir dejando que te hagan moratones a tu edad. Lo que en un adolescente es una marca de honor, en un adulto es patético.

Tras decir esto, se levanta, coge la caja con los restos de pizza entre las manos y se va, dejándome plantado y confuso.

No sé de qué demonios habla. Cojo el móvil, lo alzo sobre mi cabeza e

inspecciono la zona del cuello. Es entonces cuando la veo. Una marca rojiza encima de la clavícula.

¿Pero cuándo ha pasado? No recuerdo que nadie se acercara a mi cuello. Bueno, Penny lo intentó, pero le paré los pies antes de que la cosa fuera a mayores diciéndole que no me apetecía liarme con ella. ¿Cómo iba a hacerlo si no dejaba de pensar en Harper? Lo que no pude evitar fue que acercara sus labios a mi cuello en un intento de ponerme tontorrón.

Una idea pasa por mi cabeza. Vuelvo a enfocar la pantalla del móvil a la zona en cuestión y froto. Cuesta, pero después de pasar el dedo pulgar tres o cuatro veces, la marca empieza a despintarse. Joder, ¡es pintalabios!

Resoplo, me levanto y me dirijo hacia la habitación de Harper. Llamo a la puerta con los nudillos, pero no responde. Intento entrar sin esperar su consentimiento, pero debe haber cerrado con pestillo.

—¡Por todos tus muertos, Harper! ¿Puedes abrir?

—No quiero hablar contigo.

—Lo que tengo en el cuello no es un chupetón, solo una marca de pintalabios.

—Ah, pues nada, me alegro por ti. Aunque no tienes por qué darme explicaciones, porque no me importa. Por mí como si la tienes en la punta del

nabo.

—No seas inmadura. Abre, por favor. —Estoy empezando a perder la paciencia.

—No soy inmadura. Simplemente no me apetece hablar contigo.

—Al menos podrías explicarme el motivo, porque llevas desde que he llegado comportándote como una borde conmigo.

—Tú sabrás lo que has hecho, Jake Lawler.

¿Hay algo que dé más pereza que un “tu sabrás lo que has hecho”? Porque si lo pregunto es porque no lo sé, ¡joder! En fin, desisto. Me voy a mi habitación, ¿No puede seguir enfadada para siempre, no?

Jake

Harper lleva cuatro días sin dirigirme la palabra. Si hay algo que sabe hacer bien esta chica es usar la indiferencia como castigo. A pesar de ello, hemos seguido desayunado juntos todos los días, tal y como le hice prometer en su momento. Aunque desayunar con alguien que te gruñe cuando le pides que te pase la mantequilla no es precisamente el plan más maravilloso del mundo.

He intentado razonar con ella por activa y por pasiva, pero Harper es una mujer de armas tomar. No sé cómo espera que adivine el motivo de su cabreo si no me lo explica.

Si se tratara de otra mujer contrataría un jet privado para llevarla por sorpresa a alguna ciudad europea y ganarme su compasión bajo algún monumento lleno de historia. Pero se trata de Harper, una chica sencilla que huye de los lujos y la ostentación.

Hoy es miércoles y he llegado a casa tarde. Son las nueve de la noche y cuando he abierto la puerta del apartamento me he encontrado la luz de la cocina abierta y a Harper sentada en la mesa, cenando un sándwich.

Al verme, sus cejas se elevan, pero no dice nada. Como ya he dicho, la indiferencia como castigo es su fuerte. Ni bombas nucleares, ni armas

químicas. Una mirada indiferente de Harper es suficiente para desatar la III Guerra Mundial.

—Ey, pelirroja. —Me aflojo la corbata y me siento en una silla frente a ella.

Harper me mira y levanta el mentón a modo de saludo. Bueno, no ha sido una palabra, pero, poco a poco, se va deshaciendo el hielo entre nosotros. Lo noto.

—¿Cómo ha ido el día?

—Bien —masculla sin mirarme.

Bueno, ya he conseguido arrancarle un monosílabo. Espero que lo próximo sea una frase entera.

—¿Hay más de esos? Me muero de hambre. ¿Mara no ha dejado nada preparado? —pregunto mirando alrededor. Mara suele dejar la cena hecha, pero al haber llegado tan tarde es posible que creyera que cenaba fuera.

Harper no responde ninguna de mis preguntas. Me fulmina con la mirada y sigue comiendo como si yo no estuviera aquí. Como si yo no existiera. Y esto me cabrea. ¡Joder si me cabrea!

—Oye, hobbit, no puedes seguir enfadada conmigo para siempre. Además, ni siquiera sé cuál es el motivo de tu enfado, por lo que poco puedo

hacer para revertir la situación.

—¡Cuántas veces tengo que decirte que no me llames hobbit! —exclama ella enfurecida—. Y claro que puedo seguir enfadada contigo para siempre. Ponme a prueba.

—Al menos he conseguido que me hables...

—¿Qué es lo que quieres de mí, Jake? —pregunta dejando el sándwich sobre el plato que tiene delante.

—Que dejes de comportarte conmigo como si fuera tu peor enemigo.

—Entonces deja de comportarte como tal.

Tiro mi cuerpo hacia delante y apoyo los codos sobre la mesa.

—A ver, pelirroja, ¿qué he hecho esta vez para que estés tan cabreada conmigo?

Me mira unos segundos sin decir nada. Está nerviosa, lo sé por la forma en la que se rasca los brazos. Antes de hablar se humedece el labio inferior con la lengua. Dios, como me pone que haga ese gesto...

—No me gusta que me mientan y jueguen conmigo.

—¿Y yo he hecho eso? —Ahora sí que estoy confuso.

—Sí, me hiciste creer que yo... que yo... —Se toquetea el pelo, nerviosa

—. Me hiciste creer que yo te gustaba. Que no te apetecía acostarte con otras. Que no sueles repetir con la misma mujer y que yo era especial en ese sentido.

Emmmm... Este giro de los acontecimientos sí que no me lo esperaba. Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—¿De qué coño estás hablando, Harper?

—Sé que el otro día coincidiste con una tal Penny en el Club Hush. Para no repetir nunca con la misma mujer, a esta la debes tener muy vista porque, según mis fuentes, llevas acostándote con ella desde la Universidad.

Me quedo en silencio. No sé qué decir, esto me ha pillado con la guardia baja.

—¿Y tú cómo sabes lo de Penny?

—Eso no tiene importancia.

Supongo que no, que no importa, pero no estaba preparado para que me dijera algo así. Es decir, había hecho cábalas sobre los motivos de su cabreo, pero nunca imaginé que fuera justo este.

Tampoco entiendo muy bien porque le molesta lo de Penny. Si para mí Penny no es ni una mujer. Es decir, sí, follamos, pero como amigos. Es una rutina que solemos cumplir, Hay amigos que van al cine, otros que van a la

bolera, nosotros follamos. Aunque el otro día decidí romper esa rutina por Harper, porque ahora mismo con la única mujer que quiero estar es con ella.

Me froto el mentón pensando en lo que me ha dicho durante unos segundos. Los ojos de Harper parecen dos luceros en medio de una noche oscura. Y entonces, observando la forma en la que un mechón de pelo rizado escapa de su coleta alta, lo comprendo todo.

—Estás celosa —digo de pronto. Con esa afirmación una sonrisa se dibuja en mis labios.

—¿Qué? ¿Celosa yo? Tú alucinas.

—Oh, sí, estás celosa. Muy celosa. Te mueres de celos —repito con tono burlón.

—Para nada. —Sus mejillas están ardiendo y sus ojos me miran con más intensidad que antes, cosa que me hace saber que he dado en el blanco—. No hay nada que me importe menos que donde introduzcas tu pene.

—Mientes. Estás tan celosa que no has podido pegar ojo estos días pensando en ello.

—Eres un creído, un chulo, un narcisista, ¡¡un tonto del culo!! —Se levanta de sopetón y sale de la cocina a paso ligero.

Me dedico a seguirla por el salón que cruza a toda leche.

—¿Tonto del culo? ¿En serio? ¿Has retrocedido a los cinco años?

—Habló el de la edad mental de un niño de preescolar.

—Oh, venga, no te enfades. —Le cojo de la muñeca y consigo que se detenga antes de llegar al pasillo. Se suelta de mi agarre con un tirón, se gira, coloca sus manos sobre las caderas y me mira desafiante.

—Para ti todo esto es un juego, ¿verdad?

—¿El qué? —pregunto sin entender lo que quiere decir.

—Decirme cosas para que me las crea, para que me sienta especial, para que piense que entre tú y yo hay... algo.

No puedo evitar sonreír. No es una sonrisa de triunfo ni una sonrisa presuntuosa. Es una sonrisa tonta, una sonrisa que deja al descubierto lo que llevo semanas sintiendo por esta chica testaruda y orgullosa.

—Harper, me gustas. Es más, creo que me gustas desde la primera vez que te vi hace dos años atrás en la terraza de aquella gala benéfica. No eres mi tipo, no nos vamos a engañar, eres bajita, mandona y sueles sacarme de quicio. Te gusta tener siempre la razón y puedes llegar a ser un verdadero coñazo cuando te enfadas. Pero eres preciosa, y me gusta contarte las pecas del puente de la nariz mientras hablamos. Son veintiuna, ¿lo sabías? —Sus cejas se elevan y la tensión de su mentón desaparece poco a poco—. Me

gusta tu pelo indomable que parece hecho de fuego, tus manos diminutas que se mueven con rapidez mientras hablas y tu obsesión enfermiza por los Beatles. Me encanta que tengas una réplica perfecta preparada para cada una de mis pullitas. Y me flipa que te hayas construido a ti misma renunciando por ello a todas las comodidades. —Me toco la nuca un poco incómodo por la naturaleza de mis palabras. Porque no soy un tío al que le molen estas cosas. Si escuchara decir algo así a Adam o Evan les vomitaría en los zapatos seguro. Pero Harper es... diferente—. Puedo ser un gañán y un mujeriego, pero nunca te comería la oreja con mentiras para llevarte a la cama. Si piensas que entre tú y yo hay algo, es porque lo hay. Yo también lo noto, joder.

—Jake... Yo... No sé qué decir. —Harper me mira contrariada.

—No hace falta que digas nada. Sé que yo también te gusto —digo con un encogimiento de hombros.

Entre el desconcierto, a Harper se le escapa una risita.

—Pero mira que eres engreído.

—¿A caso no tengo razón?

Hace una mueca y arruga la nariz, pero no responde a mi pregunta.

—Entonces, ¿entre tú y esa Penny no hay nada? —Parece desconfiada—. Te vi bailando con ella en un video de Instagram y parecías muy a gusto

con ella. Además, pasaste la noche fuera, ¿dónde estabas?

—Pasé la noche fuera porque me quedé en casa de Evan. Puedes preguntarle si es cierto a Adam que también estuvo con nosotros hasta tarde. —Trago saliva antes de continuar con mi explicación—. Y entre Penny y yo solo hay una bonita amistad y un montón de polvos intrascendentes que hemos ido acumulando a lo largo de los años. El otro día solo bailamos. Ella quería más, pero yo no. —Me acerco a ella y atrapo ese mechón de pelo rebelde que vuela alrededor de su rostro y lo paso detrás de su oreja—. Yo solo te quiero a ti.

—Jake... No digas esas cosas. —Dejo mi mano sobre su rostro y ella frota la mejilla contra mis nudillos.

—Solo digo lo que pienso.

—Esto está mal. Tú y yo... Está mal. Es mala idea. Muy mala idea. — Mi dedo pulgar acaricia su mejilla y Harper cierra los ojos.

—Ya pasó una vez y no me pareció que fuera tan mala idea. Además, no hacemos daño a nadie con ello. Es algo que solo nos repercute a nosotros.

—¿Y nuestro pacto? —Abre los ojos de golpe y me mira.

—Un pacto que dos personas quieren romper deja de tener validez.

Suspira y da un paso hacia atrás, huyendo del tacto de mi mano en su

rostro.

—No voy a negar que me atraes, Jake. Pero necesito pensar en esto. Hace poco más de un mes que he roto con Gabe y todo es muy confuso...

—Entiendo que necesites tu tiempo.

Traga saliva sin desviar sus ojos de los míos. Me encanta el color de su mirada, es como el cielo en un día de lluvia.

—Necesito pensar en ti, en mí y en lo que espero de esto, Jake.

—¿La promesa del sexo más satisfactorio que hayas tenido en tu vida no es suficiente? —pregunto devorándola con la mirada.

—Ojalá lo fuera, pero no.

—Está bien —Suelto un suspiro incapaz de creerme lo que estoy a punto de decir. Puedo notar al pequeño Jake decepcionado conmigo. Lo tengo a ajo y agua desde hace semanas—. Piénsalo, consúltalo con la almohada y lo hablamos cuando estés preparada. ¿Te parece?

Se muerde el labio, pensativa, pero finalmente afirma con la cabeza antes de decir:

—De acuerdo.

Se da media vuelta y se marcha por el pasillo hasta su habitación. Yo me

quedo con cara de tonto observándola hasta que desaparece.

Por mi salud mental (y testicular), solo espero que no tarde en darme una respuesta...

Harper

Hay dos cosas que odio en esta vida: poner lavadoras y tomar decisiones bajo presión. Lo de poner lavadoras hace semanas que no lo hago gracias a Mara, la asistenta de Jake (y conste que tener asistenta me parece una cutrez y súper inmaduro, pero es que eso de separar la ropa y pelearme con los botones del aparato no es lo mío). Lo de tomar decisiones bajo presión es justo lo que llevo postergando cuatro días, desde que Jake y yo hablamos y dejamos en el aire la naturaleza de nuestra relación.

Le dije que necesitaba pensar en lo “nuestro” (importante incluir las comillas en este plural) y eso es lo que he estado haciendo estos días. Por ahora he llegado a las siguientes conclusiones:

- Jake me atrae. Mucho. Me atrae tanto que deseo con todas mis terminaciones nerviosas volver a acostarme con él.
- Jake es un mujeriego sin solución, así que no puedo pillarme de él porque lo nuestro tiene fecha de caducidad antes de que empiece.
- Acostarme con Jake es un error, aunque un error muy satisfactorio. Un error que, en una sola noche, puede llegar a sumar un total de siete orgasmos. La pregunta es: ¿es un error que merece la pena cometer?

Así que con estas conclusiones me toca tomar una decisión sobre “nosotros” (nuevamente las comillas en el plural son imprescindibles). La verdad es que pensaba que el proceso sería más sencillo. Siempre me ha gustado tener el control en las situaciones. Pero, como ya he dicho, lo de tomar decisiones bajo presión no es lo mío. Y es que tener a Jake esperando una resolución por mi parte es una presión de la ostia.

Hoy es sábado. Ahora mismo, acabamos de desayunar y él se marcha porque ha quedado con Evan y Adam para ir a correr juntos por Central Park. Últimamente hace mucho ejercicio. La última vez que le pregunté el motivo, hace dos días, me respondió:

—Es la única manera que se me ocurre de sobrellevar la frustración sexual.

Así que la presión aumenta por días y mi capacidad de tomar decisiones se ve cada vez más afectada por ella.

Jake sale por la puerta con unas mallas deportivas, una camiseta técnica y un botellín de agua y me quedo sola.

Mara está limpiando en el salón con un plumero y al ir hacia mi cuarto me paro a hablar con ella un rato. La verdad es que le he cogido cariño en estas semanas, y eso de tener a alguien siempre por aquí me gusta. Es cierto que yo siempre he renegado de tener asistenta, me parece un trabajo

denigrante, pero en el caso de Mara es casi como si formara parte de la familia. Jake la trata súper bien, insiste en que descanse cada poco rato y algunas veces he compartido el almuerzo con ella. Me enseña fotos de sus hijos y su nieta, que acaba de nacer. Además, este trabajo le ayuda a mantener a su familia que vive en México, porque al contrario que en el antiguo trabajo que tenía como camarera en un bar, le pagan mucho mejor.

Entro en mi dormitorio, me siento en la cama y, antes de que pueda coger el libro que tengo intención de leer, el móvil empieza a sonar en mi bolsillo. Lo cojo y lo descuelgo. Es mi padre por FaceTime.

—¡Hola calabacita!

—¡Hola papá! —saludo moviendo la mano enérgicamente.

—Uy, ¿eso que veo al fondo es unicornio? —pregunta fijándose en lo que hay detrás de mí.

Me río porque mis padres aún no han visto el decorado de esta habitación y lo que está viendo es una especie de cojín con forma de cabeza de unicornio que formaba ya parte de esta habitación de cuento cuando me mudé. No les he explicado que vivo con Jake por varias razones, aunque la más importante es que no me apetece hablarles de él.

—Digamos que es una larga historia que ahora mismo prefiero no tener que contarte, ¿cómo estáis?

—Bien, hija. Muy estresados. Ya sabes que los inicios de curso siempre son duros. Además, este año ha coincidido que nuestro mejor bateador está lesionado y el sustituto no está preparado para ocupar su lugar. Aunque la temporada no empieza hasta dentro de unos meses... Es un trasiego.

—Bueno, papá, si hay alguien capaz de conseguir que un mequetrefe se convierta en un buen deportista, ese eres tú.

—Uy, no sé yo si soy tan bueno... Además, ese lo que necesita no es un buen entrenador, sino un milagro. —Se ríe divertido y pasea por la casa hasta encontrarse a mi madre que está limpiando los muebles de la cocina que, desde aquí, ya parecen estar impolutos—. Debby, cielo, saluda a tu hija. — Mamá se gira y levanta el brazo con el que sostiene la bayeta a modo de saludo.

—¿Y a ti cómo te va, cielo? —Papá se sienta en una silla y sonrío.

—Bueno, lo voy llevando. —Me encojo de hombros.

—¿Y cómo está Gabe?

Me quedo parada ante esa pregunta, no por la pregunta en sí, sino por la naturalidad con la que la hace. Es el mismo tono que usaba antes de nuestra ruptura.

—Pues no sé, hace semanas que no hablo con él.

—¿Y eso? ¿Habéis discutido?

Frunzo el ceño y papá me mira sin comprender mi reacción. Por un momento dudo en si me estará tomando el pelo o no, pero su forma de mirarme no es de guasa.

—Papá, Gabe y yo lo dejamos. Te lo expliqué hace unas semanas —le recuerdo.

Durante unos segundos su rostro se llena de incomprensión, pero enseguida parece ver la luz y chasquea la lengua.

—Lo siento, cariño, es verdad. Llevo unas semanas con muchas cosas en la cabeza y tengo muchos despistes.

Mamá aparece por detrás de la pantalla y afirma con la cabeza como queriendo decir: si tú supieras...

Después de este pequeño momento extraño, papá regresa a su despacho y me explica los más y los menos de los entrenamientos. Según él, no cree que esta temporada saquen unos buenos resultados.

Cuando terminamos de hablar, colgamos con la promesa de volver a hablar pronto y me quedo tumbada en la cama con una extraña sensación agridulce recorriéndome el cuerpo. No acabo de comprender el porqué de esta sensación, pero está ahí, convertida en sombra y se queda conmigo toda

la mañana.

###

A las siete de la tarde hemos quedado en casa de Adam y Lena para cenar. Evan también viene. Nosotros nos encargamos de llevar un buen vino y algo para el postre. Durante el camino que hacemos para llegar a Fifth Avenue, siento la mirada directa de Jake sobre mí. Lleva mirándome así desde el otro día que hablamos.

Conste que no ha vuelto a sacar el tema, que me está dando espacio, pero esa manera de mirarme es como uno de esos relojes de arena a los que cada vez les falta menos tiempo para vaciarse.

Llamamos al timbre y Lena nos abre. Enseguida leo en su rostro una expresión de apuro que me pone alerta. Porque Lena es como un libro abierto, en su rostro puede leerse todo lo que piensa y siente. Enseguida comprendo lo que pasa cuando llegamos al salón y nos encontramos con Evan acompañado de una chica muy guapa y elegante de cabellera color caramelo. Es Olivia, su futura mujer. No es que estén comprometidos aún, pero Evan sabe muy bien que su destino dentro de unos años es el de casarse con ella. No entiendo muy bien su relación, solo sé que en los actos públicos

siempre van juntos y que Evan tiene carta blanca para acostarse con otras. De hecho, es la primera vez en dos años que Evan la lleva a una de nuestras quedadas. Y si Lena tiene esta cara es porque Olivia no le cae bien. Bueno, Olivia no cae bien a nadie. A mi lado, Jake se crispa. Y es que Jake no la soporta. En el caso de Lena su animadversión viene de lejos, de una gala benéfica en la que Olivia intentó meter cizaña entre ella y Adam al principio de su relación.

Digamos que, si esto fuera una película de adolescentes, Olivia sería la capitana de las animadoras preparada siempre para fastidiar al personal.

—Voy a sacar algo para picar —dice Lena dirigiéndose hacia la cocina.

Yo voy tras ella. Nada más llegar, cierro la puerta y le pregunto en un susurro:

—¿Qué hace ella aquí?

—Se ve que se ha puesto tan pesado con que quería acompañarle esta noche que no le ha quedado otra opción que traérsela —dice con cara de fastidio—. Como si no tuviéramos suficiente con aguantarla en los actos públicos.

—Bueno, supongo que ya va bien que nos acostumbremos a ella, porque cuando se case con Evan se la traerá siempre.

—Dios, no quiero ni pensar en ello —Hace una mueca disgustada y abre un armario para sacar una bolsa alargada de él—. ¿Crees que pasará algo si saco unos cacahuets para picar? Porque seguro que ella está acostumbrada a los canapés de lujo.

Me acerco a ella, miro el mueble y cojo una bolsa de nachos.

—Reivindiquemos el derecho a comer cacahuets y nachos sin ser juzgadas por ello —digo con un tono trascendental que hace reír a mi amiga mientras busco en la nevera todos los ingredientes para preparar una salsa de guacamole para chuparse los dedos.

Poco después, servimos los nachos y los cacahuets bajo la atenta mirada de Olivia que arruga la nariz con desdén. Lena y yo compartimos una mirada divertidas ante su más que evidente decepción.

Con Olivia en la mesa la cena es... rara. Incómoda. La conversación no fluye y el sonido de nuestras mandíbulas al masticar los alimentos es el único que llena el ambiente. Por su parte, Olivia apenas come nada. Se limita a remover el plato y a llevarse pequeñas porciones de verduras a la boca como si fuera un pajarillo.

Olivia no se parece nada a Lena y a mí. Es tan delgada que sus huesos se ven a través de la piel. Es como una de esas modelos que se ven en las pasarelas de moda y que parecen estar a punto de desmontarse. No me gusta

juzgar a ninguna mujer tenga el cuerpo que tenga. Son muchos los motivos que pueden llevar a una persona a estar por encima o por debajo de su peso óptimo, y no solo por trastornos alimentarios, sino también por otros muchos otros motivos como el metabolismo u enfermedades varias. Yo misma soy de complexión delgada y, al ser tan nerviosa, me cuesta mucho aumentar de peso. Pero en el caso de Olivia se nota que está obsesionada con su cuerpo, va siempre tan perfecta que en vez de una persona parece un maniquí.

Lena y Adam sacan postres y cafés e intentamos animar la conversación. Hablamos un poco de todo: del trabajo, de la inminente boda de Lena y Adam, de los futuros viajes que queremos hacer... Y en un momento de la noche, noto los ojos de Olivia fijos en mí. No sé porque su mirada me incomoda, pero lo hace.

—Oye, ¿tú no tienes un blog sobre moda? —me pregunta entrecerrando los ojos como si me evaluara.

Siento como los brazos empiezan a picarme, pero evito la tentación de rascarme y me limito a arrugar la nariz.

—Sí, tengo un blog. Un poco modesto, pero me gusta escribir en él.

—Ya... —Se lleva su café a los labios y le da un pequeño sorbo—. Te admiro, la verdad.

—¿Me admiras? —pregunto sorprendida.

—Sí, es decir, mírate. No cumples para nada con los cánones típicos del mundo de la moda y, en vez de avergonzarte, publicas fotos tuyas en un blog sin pudor ninguno, sin pensar en las críticas que vas a recibir por ser... bueno, ya sabes, distinta a lo que se espera. Yo la verdad es que lo pasaría fatal siendo tú. Eso es de admirar.

Dejo el dulce que iba a meterme en la boca sobre la mesa y la miro en estado de shock. Es la primera vez desde que abrí el blog hace tres años que alguien me dice algo así. Durante unos segundos, me siento humillada. Siento como las lágrimas me pican en los ojos a causa de la ira que en este momento está invadiendo mi cuerpo.

Veo como Lena está a punto de interceder por mí, pero antes de que ella lo haga, a mi lado, Jake se le adelanta:

—Harper no tiene por qué avergonzarse de nada, Olivia. Al contrario. Eso la honora. El mundo de la moda hace demasiado tiempo que está secuestrado por idiotas sin cerebro que nos venden cuerpos idealizados e imposibles. Los blogs de moda deben servir para contrarrestar esa mierda. Para mostrar cuerpos reales e imperfectos con los que otras mujeres puedan sentirse identificadas sin pensar que algo en ellas está mal.

El discurso que hace Jake, me deja anonadada. Y no solo a mí. Lena lo mira con los ojos muy abiertos, Adam con el ceño fruncido, Evan con una

sonrisilla un poco extraña y Olivia como si le acabaran de meter el palo de una escoba por el culo.

Jake se levanta refunfuñando que va al baño y yo voy detrás de él excusándome con un susurro. Lo pillo justo a tiempo antes de que entre. Coloco los brazos sobre su cuello, le empujo hacia dentro y cierro la puerta con el pie. Antes de que pueda decir nada, estampo mis labios contra los suyos y trastabillamos por la estancia hasta acabar chocando contra una pared sin despegar nuestros labios. Abro la boca y dejo que su lengua y la mía se enreden. Suelto un jadeo cuando, acompañando al beso, sus manos bajan hasta mi trasero y me aprieta contra él con un movimiento de caderas. Puedo sentir su erección por encima de la ropa, entre mis muslos.

Nos separamos para coger aire y nos miramos a los ojos. Ambos tenemos la respiración entrecortada, los labios enrojecidos y la mirada brillante.

—¿Y esto? —pregunta entre resuellos.

—Por haberme defendido.

—No lo he hecho para que tú... —No termina la frase. No le dejo. Coloco una mano sobre su boca y se calla de golpe.

—Lo sé, Jake. Pero esto era justo lo que necesitaba para acabar de decidirme.

Se muerde el labio y me mira con los ojos un poco entrecerrados:

—¿Eso significa que...?

—Eso significa que sí. Que quiero que pase lo que sea que tenga que pasar entre nosotros dos.

Sus ojos relucen. Ha comprendido a la perfección lo que he querido decir con eso. Sus dedos aprietan con fuerza mi trasero y vuelve a besarme.

Con un movimiento, me hace cambiar de posición y soy yo la que acabo con la espalda contra la pared mientras él me besa. Sus manos abandonan mi trasero para empezar a recorrer mi cuerpo. Jadeo cuando una de ellas me agarra un pecho y la otra se desliza entre mis piernas, por encima del pantalón vaquero que llevo hoy.

—Jake —digo soltando un gemido cuando aprieta su dedo pulgar con suavidad sobre mi sexo—. Quiero que pase, pero no creo que el mejor momento sea ahora.

—¿Por qué? —pregunta besándome el cuello.

—He salido corriendo detrás de ti. Como tarde mucho en aparecer va a ser sospechoso.

—Démosles algo de lo que hablar —susurra lamiéndome la oreja.

Durante unos segundos estoy a punto de dejarme convencer, porque Jake

sabe dónde debe tocar a una mujer para que esta pierda la capacidad de razonar. Pero consigo recobrar la cordura y lo aparto de mí con un empujón.

—No quiero que nadie sospeche nada. Y menos Lena. Quiero que lo que haya entre tú y yo se quede entre tú y yo.

—Vale. Pues salimos, nos despedimos de todos y nos vamos a casa a seguir con lo nuestro.

—De eso nada, vamos a aguantar estoicamente hasta que sea la hora de irnos. ¿Entendido? Somos personas adultas, no dos adolescentes pasados de vueltas.

—Vale —acepta con un gruñido fastidiado.

Me miro al espejo e intento arreglar el estropicio. Tengo los labios un poco hinchados, así que busco entre los cajones del tocador de baño hasta dar con un bálsamo labial y me lo aplico. Me coloco bien la ropa y el pelo y salgo fuera. Jake me dice que se va a quedar unos minutos más, hasta que la tienda de campaña que tiene ahora mismo en el pantalón remita.

En el comedor no queda rastro de Olivia ni de Evan. Según parece, después de que nosotros desapareciéramos, Olivia ha vuelto a la carga con algún comentario impropio sobre mi blog de moda y Lena le ha dado un corte, lo que ha hecho que Olivia quisiera marcharse enseguida.

—¡Menuda bruja! No sé cómo Evan acepta casarse con ella —dice Lena.

—Tampoco es que sea su decisión. —Adam se encoge de hombros.

—A mí lo que me ha fastidiado es no haberme defendido yo misma de su ataque. Siempre estoy preparada para responder a comentarios como ese, pero este me ha dejado sin palabras.

—No te preocupes, pelirroja. Estoy convencido que tendremos que verla de nuevo en algún momento y entonces podrás darle la respuesta que se merece. —Jake, que vuelve a estar entre nosotros, me guiña un ojo.

La velada no se alarga mucho más. Nos ha dejado a todos un poco tocados. Aunque en mi caso, la mala leche del comentario de Olivia se ha diluido con las ganas que tengo de que lleguemos al apartamento para seguir lo que hemos dejado a medias en el baño.

Harper

El camino hacia el apartamento se hace largo. Hemos pillado un taxi, para no tener que esperar a que viniera el chófer a buscarnos. Jake ha hecho un par de intentos de meterme mano por debajo de la ropa, pero lo he parado con una mirada de advertencia. Quizás él está acostumbrado a liarse delante de otros sin ningún tipo de pudor, pero yo no quiero convertirme en la fantasía erótica de esta noche del señor barrigudo que está conduciendo el vehículo y que nos mira con cara de perverso desde el espejo retrovisor.

Llegamos al hotel donde se encuentra el apartamento de Jake media hora más tarde. Pasamos por delante de recepción y nos vamos directos al ascensor, donde Jake coloca la llave en el panel numérico. Nada más cerrarse las puertas, Jake se abalanza sobre mí, hundiendo su lengua en mi boca y colando su mano por debajo de mi camisa.

—¿Alguna vez has tenido un orgasmo en un ascensor? —me pregunta cuando abandona mi boca para mirarme a los ojos que tengo brillantes.

—No —digo con la voz tomada.

—Bien. Vamos a empezar a tachar primeras veces, entonces.

Sin más dilación, se pone de rodillas frente a mí y me baja los pantalones

y las braguitas. Abro la boca para quejarme, para advertirle que nos pueden pillar, pero antes de que consiga hacerlo su lengua se interna entre mis muslos y me quita la capacidad de habla y de raciocinio.

Sabe muy bien cómo usar su boca para dar placer. La experiencia que tiene se nota y mucho. Ya advertí la primera vez que era una máquina sexual capaz de volver loca a cualquier mujer, pero hoy no puedo más que corroborarlo.

Su lengua se mueve arriba y abajo. Succiona, se sacude en círculos. Estoy tan cachonda que no puedo evitar tirar de su pelo para apretarlo contra mí. Quiero más. Necesito más.

—No pares —pido entre gemidos.

Entiende lo que le pido porque desliza el dedo índice y corazón hacia mi entrada y me penetra con ellos. Jadeo, los saca y los vuelve a meter esta vez arqueándolos con suavidad para tocar uno de mis puntos más sensibles. Sigue moviendo la lengua sobre mi clítoris que está hinchado mientras entra y saca los dedos.

Fijo mi mirada en la parte alta del ascensor y veo como los números digitales no dejan de cambiar. Estamos a punto de llegar a la última planta, que es donde está su apartamento, el de Sarah y el de sus padres. Pero antes de que eso suceda, noto un torbellino apretando de dentro hacia fuera, que

nace de mi sexo y se expande por todo mi ser. Gimo con la llegada del orgasmo que es demoledor y alargo los brazos a lado y lado para buscar apoyo en la pared del cubículo porque estoy a punto de perder el equilibrio. Tiemblo. Creo que no hay ni una partícula de mi organismo que no esté temblando ahora.

Justo entonces, escucho el sonido del ascensor anunciar la llegada a nuestro destino y las puertas se abren.

Jake me mira desde abajo, satisfecho. Da un beso sobre mi pubis y me sube los pantalones y las braguitas de un tirón. Cuando se levanta, me coge de la cintura, me atrae hacia él y me besa. Sabe a mí, a él, a los dos.

—¿Preparada para el siguiente round?

Afirmo con la cabeza con las piernas temblando aún por el placer recibido y, de la mano, nos dirigimos hacia el apartamento. Abre la puerta y empezamos a besarnos nada más entrar y cerrar la puerta detrás de nosotros.

Seguimos besándonos, trastabillando, hasta llegar al salón donde la luz abierta nos hace detenernos y mirar a nuestro alrededor. Sarah nos mira con los ojos muy abiertos, sentada en un sillón orejero.

Upps, ¿qué hace ella aquí?

Va vestida de fiesta. Lleva un vestido morado que resalta sobre su piel y

se ha ondulado el cabello oscuro en suaves ondas. Es entonces cuando caigo, ¡hoy era la fiesta de su instituto!

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta Jake con fastidio.

—¿He interrumpido algo? —Sarah nos mira burlona.

—¿No tienes apartamento propio o qué? Te pasas más tiempo aquí que en el tuyo. Y no, no pienso hacerte ningún favor. Así que si has venido a pedirme que convenza a papá y mamá para que te dejen teñir el pelo de verde o dar la vuelta al mundo en globo, lo siento, pero mi respuesta es NO.

Sarah pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—No te iba a pedir nada, hermanito. En realidad, he venido a hablar con Harper.

Mi hermano me mira extrañado. Me encojo de hombros porque yo tampoco la esperaba.

Le digo que vayamos a mi habitación para tener mayor intimidad. Nos sentamos en la cama. Sarah me mira con una sonrisa nerviosa.

—Quería darte las gracias por convencerme el otro día para no acostarme con Jamie.

Ahora caigo. Hoy era el día del baile del instituto. De ahí el vestido.

—De nada, cielo. ¿Te lo has pasado bien? —pregunto porque algo me dice que no ha sido así.

—Bueno... Digamos que Jamie no se ha tomado muy bien mi negativa y me ha dejado colgada en medio del baile cuando le he dicho que no iba a pasar nada entre nosotros. —Tuerce el labio y suspira.

—Menudo cabrón. Lo siento mucho, la verdad es que a esta edad los chicos pueden ser un poco... idiotas.

—Lo sé. De hecho, me he enterado de que tenía pensado volver con Susan el lunes. Solo rompió con ella para montárselo conmigo en el baile.

—Me alegro entonces de que no lo hicieras.

—Y yo. —Me mira dibujando una sonrisa en los labios—. Pues eso, Harper, solo quería darte las gracias por aconsejarme tan bien.

—Si vuelves a tener alguna otra duda al respecto no dudes en venir a consultarme de nuevo —digo abrazándola.

—Lo tendré en cuenta, aunque ahora mismo lo que me genera curiosidad es lo que he visto antes... ¿Mi hermano y tú otra vez?

Se le escapa una risita y yo me quedo sin saber que decir.

—Esto... Sarah... Necesito que me prometas que lo que has visto quedará entre nosotras, por favor —consigo decir un poco avergonzada.

—Tranquila, vuestro secreto está a salvo conmigo.

Poco después, terminamos nuestra charla y volvemos al salón. Jake nos espera sentado en el sofá con una copa en la mano. Me interroga con la mirada, como si quisiera que le contara de qué hemos estado hablando. Yo me limito a encogerme de hombros. Las confidencias de Sarah son eso, confidencias.

—Bueno, yo me voy. Os dejo que sigáis haciendo... lo que sea que tengáis pensado hacer. —Se ríe entre dientes y se va.

Yo me siento al lado de Jake, cojo la copa que tiene entre las manos, la dejo sobre la mesa de centro y le beso. Jake recibe el beso con agrado y hunde su mano en mi nuca para atraerme más a él y profundizar en el beso. Pero antes de que la cosa se vuelva a poner caliente se separa de mí para mirarme a los ojos.

—¿Qué quería Sarah?

—No puedo contártelo.

—¿Por qué no?

—Por qué es secreto. Y aquí donde me ves, se me da genial guardar secretos. —Le guiño un ojo.

—No sé si me gusta eso...

—¿El qué?

—Que mi hermana y tú os dediquéis a compartir secretitos...

Me río contra su boca y vuelvo a besarle. Jake no ofrece ningún tipo de resistencia. Deja que su lengua y la mía vuelvan a unirse y bailen juntas en un mismo son.

Nuestros besos cada vez son más hambrientos, más exigentes. La excitación no hace más que aumentar y siento un gran deseo por sentirlo dentro de mí. Lo necesito.

Empiezo a desabrochar la hebilla de su cinturón, pero Jake me para con un movimiento.

—Aquí no. Quiero que tu olor impregne mis sábanas.

Me levanta en volandas y me lleva hasta su dormitorio sin dejar de besarme en ningún momento. Es normal que con tanto besuqueo a ciegas acabemos golpeándonos con uno de los muebles que hay por el camino, pero recibimos el golpe con un ataque de risa.

Llegamos al dormitorio y me deja sobre la cama. Me río cuando empieza a desnudarse en lo que pretende que sean movimientos de cadera sexys, desabrochando los botones de su camisa con picardía. Pero enseguida sofoco la risa cuando deja al descubierto su escultural pecho. No recordaba el

cuerpazo que tiene Jake bajo la ropa. Es uno de esos hombres que deberían posar como modelos para una revista de ropa interior masculina.

Tras la camisa, se quita los pantalones y se queda en bóxers. Unos negros ceñidos que muestran la erección más que generosa que guardan en su interior. Hace amago de quitárselos, pero yo lo detengo justo a tiempo.

—Espera, quiero hacerlo yo.

Me pongo de rodillas frente a él y, lentamente, le bajo los calzoncillos dejando al descubierto su enorme polla. Es grande, está hinchada y preparada para todo.

Le miro desde abajo y sé lo que quiere que haga, pero a mí también me apetece jugar un poco, así que demoro el momento. Me levanto y empiezo a desnudarme también. Me quito primero la blusa bajo su atenta mirada y después sigo con los pantalones quedándome en ropa interior.

Jake me quita el sujetador y las braguitas con movimientos rápidos y certeros. Así que en pocos segundos nos encontramos los dos desnudos, uno frente al otro, mirándonos excitados y con ganas de comernos enteros.

—¿Y ahora qué? —pregunta cómo si en vez de un hombre hecho y derecho fuera un niño pidiendo permiso para jugar a su juego preferido.

Sonrío, le invito a acercarse a la cama y de un empujón lo tiro sobre el

colchón. Después soy yo la que se tumba sobre él y empieza a besarle mientras me restriego contra su erección.

Estamos cachondos y desatados, así que, con ganas de buscar y dar placer, me siento sobre su cara y me tiro hacia delante a cuatro patas para poder meterme su miembro en la boca.

Jake parece recibir mi iniciativa con ganas, porque empieza a devorarme el sexo sin tregua. Su lengua juega dentro de mí y enseguida soy yo la que intenta seguirle el ritmo. Agarro su miembro por la base y me lo meto en la boca, bien adentro. Luego empiezo a subir y bajar la cabeza mientras con la otra mano acaricio sus testículos.

¿Cuánto hacía que no practicaba un 69? Años, desde la facultad. Y no entiendo el motivo, es muy excitante sentir como los dos nos abocamos al orgasmo a la vez gracias a nuestras bocas.

Cuando noto que nos falta poco para llegar, me detengo y me recoloco sobre el colchón jadeando, con la respiración descontrolada. Jake me mira con los ojos verdes vidriosos. Unas gotas de sudor caen por su pelo moreno.

—Quiero metértela —masculla lamiéndose los labios humedecidos.

—¿Y a qué esperas para hacerlo?

Sus ojos relucen y tira de mí para que me pegue nuevamente a su cuerpo.

Me besa y su lengua se interna en mi boca llenándome de la mezcla de nuestros sabores.

Luego, busca un condón en su mesita de noche, se lo pone y se sienta sobre el colchón. Me pide que me sienta sobre él, pero del revés, colocando la espalda contra su pecho. Me acomodo sobre su regazo y siento su polla contra mis muslos.

Me coge de las caderas para levantármelas un poco y conduce su erección hacia mi entrada. La hace resbalar entre mis pliegues un par de veces antes de tirar de mí hacia abajo para penetrarme con intensidad. Suelto un gemido, ladeo la cara y busco su boca para besarle. Su lengua me recibe con ganas. Sus manos siguen agarradas a mis caderas y voto encima de él mientras no dejamos de besarnos entre gemidos y jadeos.

Estamos cada vez más excitados, cada vez más al límite. Me pide que pare un segundo, me tira hacia delante y acabo a cuatro patas con su espalda pegada a la mía. Ahora es él el que marca el ritmo de las embestidas. Con la mano libre, me agarra un pecho y lo masajea con firmeza, pellizcándome de vez en cuando el pezón.

Estoy a punto del orgasmo, lo siento. Y él debe sentirlo también porque acelera el ritmo de sus investidas y conduce la mano con la que me agarraba el pecho hasta mi clítoris para frotarlo con ganas.

Una ola expansiva me recorre el cuerpo de la punta de los pies hasta la raíz del cabello. Me corro y lo hago soltando un grito de placer que Jake decide silenciar con su lengua. Tiemblo, gimo y, en dos embestidas más, se corre él también.

Jake

— Eres la chica más bonita que he visto en mi vida —digo completamente extasiado tras un orgasmo demoledor.

Harper está tumbada bocarriba sobre la cama. Aún tiene la respiración acelerada, las mejillas enrojecidas por el esfuerzo y la piel humedecida por el sudor. Puede que me haya acostado con un montón de mujeres preciosas, pero ninguna se parece a ella. Ninguna tiene veintiuna pecas perfectas en el puente de su nariz. Ni el pelo rojo e indomable. Ni los labios más jodidamente sexys del planeta.

Mi comentario parece divertirla, porque arquea sus labios en una sonrisa.

—El sexo te pone un poco cursi.

—Culpable de todos los cargos —admito.

Nos quedamos en silencio varios minutos, mirándonos a los ojos, desnudos. Yo no puedo dejar de pensar en lo mucho que ha valido la pena esperar a que esto volviera a repetirse. Le doy las gracias al pequeño Jake por volverse exigente y obligarme a insistir para que esto sucediera. Con Harper, el sexo es más que la recompensa del orgasmo. Es más que el placer momentáneo. No sabría explicarlo con palabras... Es... simplemente mejor.

Alargo el brazo y le toco la cara. Le aparto un mechón de pelo húmedo tras la oreja. Ella sonrío. Yo sonrío.

—¿Te arrepientes de lo que acaba de pasar? —pregunto.

Harper frunce el ceño.

—Para nada. ¿Por qué iba a arrepentirme?

—Lo hiciste la primera vez...

—Nos encontrábamos en una situación completamente distinta a esta. Acababa de romper con Gabe, estaba borracha... Todo fue muy confuso.

Tiene razón. Lo fue. También lo fue para mí. Ese fue el momento en el que dejó de ser la amiga mandona de la novia de uno de mis mejores amigos para convertirse en Harper, la pelirroja mandona que me volvía loco.

—¿Y ahora no estás confusa?

—No. Esto, justamente esto, era lo que quería que pasara.

Sonríe de nuevo, acerca su rostro al mío para darme un beso en los labios y se levanta de la cama. Coge las braguitas y se las coloca dando saltitos y tirando de ellas hacia arriba.

—Eh, ¿qué haces?

—Vestirme, ¿acaso no es obvio? —pregunta abotonándose los corchetes

del sujetador.

—¿Y por qué te vistes? Si aún no hemos terminado.

Harper suelta una risita, se agacha para coger su blusa y se la pasa por la cabeza.

—Ha sido un polvo maravilloso, pero es tarde, y creo que deberíamos descansar.

—Oh, venga ya, no me digas que no te has quedado con ganas de más.

—Me levanto también, voy hacia ella y le quito los vaqueros antes de que se los ponga—. ¿Con dos orgasmos has tenido suficiente? La otra vez aguantaste hasta siete.

Se muerde el labio.

—Me ha encantado lo que acaba de pasar, pero creo que deberíamos establecer ciertas normas para que esto no se nos vaya de las manos. —Nos señala—. No quiero que confundamos las cosas, que mezclemos sentimientos románticos en esta historia.

—No te sigo. —Frunzo el ceño.

—Soy consciente de que lo que hay entre nosotros dos es solo sexo. Sé que terminará tarde o temprano y no quiero implicarme demasiado emocionalmente. Por eso necesito poner ciertas barreras. Regresar a mi cama

tras una sesión de sexo creo que debería ser una de ellas.

En otro momento de mi vida que una mujer me dijera algo así me encantaría. Hace años que no mantengo una relación amorosa, desde lo mío con Penny en la universidad, y la verdad es que no he tenido necesidad alguna de volver a repetir la experiencia. Me encanta estar solo, acostarme con quién quiero y hacer lo que me da la gana sin dar explicaciones. Además, no creo en el amor. Y eso que soy el único de mis amigos que tiene un buen ejemplo en sus padres. Papá y mamá llevan más de cuarenta años juntos y se quieren y respetan de una forma admirable. Pero yo nunca he creído que existiera eso para mí.

Pero ahora, escuchando a Harper, me doy cuenta de que no quiero que lo nuestro sea un lío más.

—No me gusta la idea de que pongas barreras a lo nuestro. —Nos señalo. Harper alza una ceja—. Quiero que lo vivamos con plenitud, sin ningún tipo de muro que nos prohíba hacer lo que queramos cuando queramos y cómo queramos. Nadie nos puede asegurar qué recorrido tendrá esta historia, pero ¿por qué no nos limitamos a vivirla sin más antes de pensar en su final?

Mis palabras parecen gustarle. Sus labios se arquean en una sonrisa pequeña.

—Deberías ser político. Se te da muy bien eso de engatusar a la gente.

—Se cuelga de mi cuello y yo aprovecho para manosear su trasero perfecto.

—¿Eso significa que puedo deshacerme de esto? —Tiro de la goma de sus braguitas y Harper se ríe contra mi pecho.

—Eso significa que puedes deshacerte de todo lo que llevo puesto.

—Mmmm... Me gusta.

Sin más dilación, la cojo como si fuera un saco de patatas para cargármela al hombro y la tiro de nuevo en la cama. Ella se ríe. Su risa inunda la habitación como la mejor de las músicas.

Y, una vez desnuda de nuevo, volvemos a bailar juntos piel con piel.

Jake

Al día siguiente, el timbre de la puerta principal del apartamento suena con contundencia haciéndome abrir los ojos de golpe. Joder, ¿qué hora es? Alargo la mano y cojo el despertador digital que tengo sobre la mesita de noche. ¿Las diez? ¿Quién demonios viene a casa de nadie un domingo a las diez de la mañana?

A mi lado, Harper se remueve sin llegar a despertarse. Está preciosa, con el pelo desparramado sobre la almohada. Sus labios aún están rojos y algo hinchados.

Vuelve a sonar el timbre y salto de la cama algo cabreado. Me pongo unos calzoncillos y me dirijo hasta la puerta principal con cara de asesino en serie. Abro la puerta y me encuentro con Evan al otro lado. Sujeta una bandeja con cafés en una mano y una bolsa de panadería en la otra.

—¿Sueles abrir a tus visitas siempre así de alegre? —pregunta con la mirada fija en mi entrepierna y una sonrisa burlona en los labios.

—Me acabo de despertar, tío. Ya sabes cómo va esto —digo en un gruñido—. ¿Qué quieres a estas horas?

—En realidad he venido a ver a Harper. Quería disculparme con ella por

el comportamiento de Olivia ayer.

—Ya... —Me rasco la cabeza, buscando una excusa para que se largue de aquí—. Verás, no creo que sea buena idea. Aún está durmiendo y eso. Aunque ya le diré que has venido.

Justo en este momento, oímos una voz tras de mí:

—¿Jake? —Segundos después de decir mi nombre, Harper aparece en el recibidor. Va descalza, lleva puesta la camisa que yo llevaba ayer y se ha recogido el pelo en una coleta.

Delante de mí, Evan disimula un ataque de risa con un ataque de tos.

—¡Oh! —exclama Harper cuando reconoce a Evan. Sus mejillas se enrojecen—. Vaya, hola —dice con cara de quién no sabe dónde meterse tras saberse pillado con las manos en la masa.

—Hola, venía a hablar contigo. —Evan parece la mar de cómodo y divertido con esta situación—. Traigo bollos y cafés.

—Ahmm... —Se queda unos segundos descolocada.

—¿Puedo pasar?

—Emmmm... Supongo que sí —dice ella azorada.

Entra en el piso y yo cierro la puerta pensando en lo capullo que es mi

amigo. Sabiendo como debe saber lo incómoda que es todo esto, en vez de buscar una excusa para largarse, ha insistido en quedarse.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y repartimos los cafés y los bollos. Harper parece tensa, yo incómodo y Evan divertido. En serio, es para matarle.

—Esto... Evan, ¿a qué has venido? —pregunta Harper tras dar un par de sorbos a su café.

—Quería disculparme contigo por lo que te dijo ayer Olivia. Lo siento.

—Tú no tienes por qué disculparte. Fue ella la que se comportó como una esnob prepotente.

Se encoge de hombros.

—Lo sé, pero yo tampoco hice nada para pararle los pies. Mi relación con Olivia es muy complicada. Es una mujer caprichosa a la que no se le puede llevar la contraria. Yo ayer no quería que me acompañara a la cena, créeme, pero insistió tanto que acabé accediendo.

—No te preocupes por mí, Evan. En el momento me afectó porque no me esperaba su ataque, pero visto en perspectiva no voy a dejar que la opinión de alguien como ella me importe. —Harper habla tranquila y mesurada en todo momento, sin alterarse.

Evan afirma con la cabeza, dándole la razón.

—Tío, no te cases con ella—intervengo yo, siendo consciente de que esta petición no viene a cuento.

—Sabes que no puedo negarme. —Se encoge de hombros mientras mordisquea un bollo, desganado. Sé que este tema le quema—. De hecho, desde que Olivia se ha enterado de que Lena y Adam van a casarse, le han entrado las prisas. Dice que quiere que nos comprometamos cuando pase su boda.

—¿Y vas a aceptar ser infeliz toda tu vida con una persona a la que ni siquiera soportas? —pregunta Harper, directa.

—No sabes lo que supondría para mi familia que no aceptara ese compromiso.

—Siempre hay una salida. Mira Adam con Lena —le recuerda ella. Y es que el padre de Adam también tenía previsto que este se casara con otra mujer. Con la hija de su socio, para ser más exactos.

—Lo de Adam es la excepción que confirma la regla, Harper. ¿Cuál es la alternativa? ¿no casarme y que me deshereden?

Harper en responder, porque sabe que Evan tiene razón. No hay alternativa. O sí, la hay, pero ¿cuál es el precio que uno está dispuesto a pagar por la libertad?

—Menuda mierda —murmura ella.

—Lo sé —admite mi amigo. Harper le lanza una mirada llena de compasión y Evan niega con la cabeza restándole importancia—. Eh, no os preocupéis por mí. Estaré bien. Tampoco es que este matrimonio vaya a joderme la vida. No creo en el amor, así que, ¿qué más da? Mi verdadera motivación en la vida es mi carrera profesional. Conseguir que el Grupo Editorial siga creciendo y prosperando.

Harper suspira. Yo me limito a mirarle con escepticismo, aunque lo que de verdad me gustaría decirle es que es un cobarde. Me abstengo porque yo tampoco soy ejemplo de nada. Es decir, he aceptado el trabajo que tengo porque es lo que me toca. Porque soy un Lawler y debo responsabilizarme de la gestión de los hoteles que algún día serán míos. Mi situación y la de Evan no son tan distintas. Sí, ambos somos unos cobardes.

Poco después, Evan se disculpa y se marcha.

Tanto Harper como yo le acompañamos hasta la puerta.

—Oye, Evan —dice Harper cuando Evan cruza el umbral de la puerta de la entrada. Evan se gira y la mira—. Por favor, no digas nada de esto a nadie.

—Me mira a mí como haciendo obvio a qué se refiere con *esto* .

—No te preocupes, no lo haré. Y de nuevo, perdona por lo de ayer.

Harper afirma con un movimiento de cabeza, Evan sonríe, me mira y se dirige hacia el ascensor.

Cierro la puerta y Harper y yo nos quedamos a solas.

—Bueno, pues nada. En menos de veinticuatro horas saben lo nuestro Evan y tu hermana. A este paso, al llegar a mañana, lo sabr  todo Nueva York y parte del resto del mundo.

Le abrazo por la cintura, la atraigo hacia mí y la beso.

—No seas exagerada. Además, tampoco pasaría nada si se enterasen.

—Si mis padres me ven aparecer en la prensa sensacionalista con algún titular jocoso a tu lado, les daría algo. Por no hablar de Lena...

—No te preocupes por ellos. Seremos sigilosos. Además, eso le da más morbo al asunto.

—Está bien que alguno de los dos le vea el lado bueno. —Se pone de puntillas y ahora es ella la que me besa.

Sabe a chocolate, a café, a su sabor inconfundible.

A mañanas compartidas que me muero de ganas de seguir repitiendo muchas, muchas veces más.

Harper

—¿Cómo has dicho que se llamaba esa postura sexual? —pregunto tras haber tenido el orgasmo más sufrido de toda mi existencia.

Estoy tumbada en el suelo con la respiración entrecortada y el brazo izquierdo cansado y dolorido.

—Según este libro, acabamos de practicar la postura sexual de El par de pinzas —dice Jake tachando la postura en cuestión con un rotulador rojo. Se ha sentado en la cama y parece fresco como una rosa, como si no se hubiera cansado nada.

Hace un mes que empezamos a acostarnos. Sí, ya hace un mes desde aquel sábado que lo cambió todo. Y lo reconozco: estoy encantada. Este último mes he disfrutado del sexo más que nunca. Además, a Jake se le ocurrió la brillante idea de comprar un libro lleno de posturas sexuales con la excusa de que las practicásemos todas. Y, por ahora, esta ha sido la más complicada.

—No pienso volver a repetirla —le digo aun jadeando.

—¿Por qué? Yo me lo he pasado bien.

—Eso es porque tú te has llevado la mejor parte —me quejo.

Me pongo de rodillas y Jake me mira divertido. La verdad es que es entretenido echar polvos imaginativos, pero este en particular ha sido demasiado. Básicamente tenía que colocarme de lado sobre mi brazo izquierdo extendido mientras Jake me agarraba de la cintura en diagonal, con una pierna entre las mías, para penetrarme de pie. Sé que cuesta de imaginar una postura de estas características. Se puede decir que es como hacer la carretilla con una sola mano mientras alguien te da el meneo de tu vida. Ha habido un momento en el que creía que me iba a comer el suelo, pero al final he podido aguantar la tensión hasta el final.

—Anda, reina del drama, ven aquí —dice Jake palmeando el colchón a su lado. Me lo dice socarrón, como si tuviera intención de probar una nueva postura.

—De eso nada, obseso del sexo. Necesito reponer fuerzas. Voy a por unas cuántas galletas que Mara ha dejado preparadas esta tarde antes de irse.

—Vale, pues tráeme también una cerveza.

—No soy tu camarera, Lawler. Si quieres una cerveza ve tú a por ella.

Tuerce el morro, pero me obedece. En realidad, podría traérsela yo, pero me gusta ponerme un poco firme de vez en cuando para que recuerde que sigo teniendo el control de la situación.

Me visto con la camiseta de pijama de Jake y él se coloca los calzoncillos.

Vamos a la cocina, cogemos las galletas, una cerveza y un vaso de leche para mí. De regreso, fijo mi mirada en la puerta del fondo. Me paro antes de entrar en su dormitorio y la señalo con la cabeza.

—¿Cuándo me vas a explicar que hay detrás de esa puerta?

Jake se ríe entre dientes.

—Nunca, de lo contrario tendría que matarte.

—Venga, Jake, ¿a qué viene tanto misterio? Desvéleme el secreto, anda

—Hago un mohín.

—¿Qué me das si lo hago? —pregunta con retintín.

—¿Una mamada en la ducha? —respondo con un parpadeo coqueto.

—Eso lo puedo conseguir sin descubrir mi secreto, hobbit.

Pongo los ojos en blanco. Además, no protesto ante el uso de la palabra hobbit. No sé, últimamente me parece hasta adorable cuando me llama así.

—Si me enseñas que esconde la habitación prohibida, te explicaré el sueño guarro que tuve hace unas semanas con ella.

—Chantajeándome con sueños guarros... Veo que ya sabes cuál es mi

debilidad.

—Claro que sí, pequeño. —Le dedico un movimiento de cejas sensual y Jake se ríe.

—Vale, vale, tú ganas. Dejemos esto dentro y cojo la llave de la habitación. —Señala con la cabeza el pequeño botín que traemos de la cocina.

Dicho y hecho. Dejamos todo lo que llevamos sobre la cómoda, coge la llave de la mesita de noche y volvemos a salir al pasillo.

Jake se detiene justo delante de la puerta sin llegar a introducir la llave dentro de la cerradura.

—Paga el peaje —dice con un levantamiento de cejas.

—El trato no era así. El trato era que primero me enseñabas lo que hay dentro y después yo te explicaba mi sueño.

—He cambiado de idea, prefiero que lo hagamos del revés. Por si después te arrepientes y te acabo descubriendo esto de gratis.

Gruño, pero accedo. Al fin y al cabo, el orden de los factores no altera el producto.

—Soñé que dentro había un cuarto rojo lleno de instrumentos de BDSM a lo *50 sombras de Christian Grey* . Yo entraba y tú me recibías vestido

únicamente con unos vaqueros desgastados, como el prota, mientras golpeabas un látigo sin dejar de mirarme.

—Dime que te azotaba con él —dice riendo.

—Pues no, en realidad no pasamos de los preliminares porque me desperté en medio de un orgasmo. —Mis mejillas se arrebolan al explicarle esto.

—¿Te corriste soñando conmigo? —Espera a que afirme y luego se felicita a sí mismo con una palmadita en el pecho—. Soy la caña. Soy capaz de provocar orgasmos hasta en sueños.

—Tampoco te lo creas tanto.

—Lo suficiente. —Me guiña un ojo e introduce la llave dentro de la cerradura—. Digamos que esto poco tiene que ver con tu sueño. En vez de un cuarto rojo, es un cuarto oscuro.

No entiendo nada de lo que dice hasta que abre la puerta y enciende la luz. En lugar de la típica luz amarillenta, se enciende una luz que lo tiñe todo de rojo. Hay una mesa con cubetas a un lado, una zona con azulejos y un grifo, unos artilugios que no sé para qué sirven, archivadores y armarios y unos tendales que cuelgan de un lado al otro de la habitación con fotografías colgadas.

—¿Es un laboratorio fotográfico? —pregunto alucinada.

Jake afirma con la cabeza, aprieta un nuevo interruptor que hace desaparecer la luz rojiza y la sustituye por una normal. Por primera desde que le conozco puedo ver una expresión en su rostro que hasta ahora pensaba que no usaría nunca: ¿vergüenza? ¿Enseñarme su secreto le avergüenza?

Le dedico una sonrisa y me fijo en las fotografías colgadas del tendal. Me acerco a ellas y las observo una a una, como si se trataran de cuadros colgados en un museo. Todas son fotos en blanco y negro, que representan una realidad de la ciudad de Nueva York. Son fotos llenas de sensibilidad, de magia, algo que contrasta con la personalidad que Jake suele mostrar a los demás.

Al llegar a la última foto, abro mucho los ojos y la observo aún de más cerca, porque es una fotografía mía. Tengo los ojos cerrados, los labios un poco abiertos y el pelo desordenado sobre la almohada. Estoy durmiendo y las pecas del puente de mi nariz se ven muy nítidas, como si fueran el centro de atención de la fotografía.

Jake se coloca a mi lado y me giro para mirarle, confusa.

—¿Cuándo la hiciste?

—No sé, hará unas dos semanas. Dormías tan tranquila, tan plácida...

—¿Y por qué la hiciste? —No me cabe en la cabeza que alguien quiera tener una fotografía mía durmiendo, y menos Jake.

—Por qué quería immortalizar esa expresión de tu cara.

Ahí está, una respuesta perfecta de la persona más imperfecta que conozco.

—Son... increíbles —digo repasando las fotos con la mirada—. ¿Por qué las escondes aquí?

—¿Y dónde quieres que las ponga? Tengo miles, las clasifico y las guardo —dice señalando los archivadores del fondo.

—Pues no deberían estar guardadas. Deberían estar expuestas en alguna parte. ¿Por qué en las paredes del apartamento no hay ninguna? —caigo de golpe.

—Por qué no quiero tener un recordatorio diario de lo que me gustaría hacer, pero no debo —suelta sin mirarme. Se pasa una mano por el pelo y, de repente, parece frágil.

—Este es tu sueño —susurro, recordando lo que me dijo hace unas semanas.

Jake afirma con la cabeza y sonrío.

—Desde que mi abuelo me regaló mi primera cámara por mi octavo

cumpleaños, sé que la fotografía es mi pasión —dice cogiéndome de la mano. Tira de mí y me lleva hasta donde está la zona de los armarios. Abre uno, y saca de él una cámara réflex vieja. Al lado de esta hay un montón más, algunas antiguas, de coleccionista, otras más nuevas—. Recuerdo aquel verano como uno de los más especiales de mi vida. Lo pasé en el rancho de mi abuelo, en Nevada, fotografiando la vida campestre de la zona. Desde entonces, nunca he dejado de hacer fotografías.

—Pero si te pasas el día en la oficina, ¿cuándo tienes tiempo de hacer esto? —pregunto anonadada.

—Suelo escaparme durante la comida, o me pillo una tarde libre de vez en cuando. A veces me escapo una semana a algún lugar para salir un poco de Nueva York y poder hacer fotos de otros sitios. No sé, va cómo va. —Se encoge de hombros.

—Deberías decírselo a tus padres —sugiero con firmeza.

—¿El qué? ¿Qué quiero dedicarme a la fotografía? —pregunta irónico—. Se reirían en mi cara la primera media hora y después me invitarían amablemente a visitar a un psiquiatra.

Pongo los ojos en blanco.

—Tus padres son buenas personas. Creo que los subestimas. Si les explicaras que quieres dedicarte a esto, lo comprenderían, se nota que te

quieren.

—Puede que tú tengas la suerte de tener unos padres como los tuyos que te apoyan hagas lo que hagas. Si decidieras criar alpacas les parecería estupendo. Pero los míos son exigentes, desde siempre me han educado para que algún día yo ocupe el lugar de mi padre en la dirección de la empresa.

Puede que Jake tenga razón. Mis padres siempre me han apoyado. Incluso lo hacen ahora, que estoy un poco perdida en mi futuro vocacional. Pero creo que Jake se equivoca respecto a los suyos. Durante este mes he ido a cenar un par de veces más con ellos y siempre se han mostrado muy atentos a los deseos de su hijo.

—No sé, Jake, creo que te escudas en tus padres porque enfrentarte a lo que verdaderamente quieres te da miedo.

—¿Hablas tú de miedo? —me pregunta cruzándose de brazos y mirándome con la expresión de enfado en el rostro—. ¿Tú precisamente?

—¿Qué quieres decir? —pregunto al sentirme atacada.

—Llevas semanas buscando un trabajo sin encontrar nada que te guste porque, la realidad, es que lo que verdaderamente te gustaría es dedicarte a tu blog de moda y tus redes sociales. Pero no te atreves a admitirlo. Sigues escudándote en que no es lo suficiente bueno, sin hacer nada por intentar mejorarlo.

Sus palabras son como un dardo que aciertan de lleno a la verdad. Y la verdad duele. ¡Joder si duele! Le miro con rencor por haber hecho diana, doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta. Jake me barre el paso en cuatro zancadas. Se coloca frente la puerta prohibiéndome salir.

—Perdona, no quería decirlo de esta manera. Aunque confieso que llevo días queriendo sacar el tema. —Su mirada se ha dulcificado.

—Eres un capullo.

—Lo sé. —Tuerce la boca en un gesto de culpabilidad.

—Yo solo quería ayudarte.

—Eso también lo sé.

Nos miramos en silencio. Poco a poco, el enfado se diluye y se transforma en otra cosa.

—Tienes razón, me encantaría poder dedicarme profesionalmente a mi blog de moda. —Me da un escalofrío y una sonrisa se dibuja en mis labios—. Dios, esta es la primera vez que me atrevo a decirlo en voz alta. —Suspiro—. Sí, Jake, me encantaría poder trabajar de eso, sería... buah, una pasada. Pero la realidad es que me aterroriza intentarlo y que no salga bien. No ser capaz de conseguirlo.

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás.

—Lo mismo digo —le devuelvo el consejo con una sonrisa maliciosa.

—Harper, no hagas trampas. Sabes que no estamos en la misma situación. Mi destino no depende de mí, el tuyo sí.

No estoy de acuerdo con lo que dice, pero no insisto. Creo que hoy los dos nos hemos abierto en canal. Hemos mostrado lo que se esconde bajo el velo de nuestros anhelos e ilusiones y hay que dejar reposar la información un tiempo. Ambos lo necesitamos.

—Gracias —digo sin más. Me pongo de puntillas y le doy un beso en los labios.

—¿Gracias por qué?

—Por haberme mostrado este lugar. Por confiar en mí.

—De nada, pelirroja. En realidad, me apetecía hacerlo. Contigo, no me gusta tener secretos.

Compartimos una mirada de complicidad y salimos de la habitación cogidos de la mano.

Algo palpita en mi pecho. Algo cálido y bonito. Algo que no debería existir porque entre Jake y yo solo hay sexo. Pero palpita y crece y me hace sentir la mujer más afortunada del mundo cuando estoy a su lado.

Harper

Han pasado dos semanas desde que Jake me enseñó el laboratorio fotográfico y hablamos de nuestros sueños. Dos semanas en las que no hemos vuelto a sacar el tema.

Hoy es viernes noche y nos encontramos en la bolera, junto a Lena y Adam. Evan no ha podido apuntarse, tenía un compromiso con Olivia (pobrecito, me apiado de él).

Hemos dicho a los chicos de venir a la bolera convencidos de que Lena y yo les meteríamos una paliza. Al fin y al cabo, nosotras dos hemos venido muchas veces y este tipo de ocio es el típico que practica la gente de clase normal. Hemos hecho dos grupos, chicos contra chicas, pero nuestras ansias de ganar han quedado empañadas a los cinco minutos cuando Adam y Jake han cogido sus bolas y han hecho un strike nada más empezar. Al final, quienes nos han dado una paliza de órdago han sido ellos. Resulta que Adam, Evan y Jake se pasaron la mitad de su adolescencia jugando a los bolos en una bolera pija del Upper East Side. Incluso han confesado tener bolas propias y personalizadas con sus iniciales.

Ahora estamos sentados en la zona de la cafetería, tomando unos batidos

con hamburguesas y patatas fritas. Adam y Lena nos están hablando de la fiesta de compromiso que están organizando en la mansión de los Walter. Mientras hablan, Jake no deja de mirarme y me incomoda, porque tengo la sensación de que si sigue así van a darse cuenta de que entre nosotros pasa algo.

Saco el móvil y decido enviarle un mensaje para ver si deja de mirarme como si la hamburguesa con patatas fuera yo.

Harper: Si no dejas de mirarme así, sospecharán sobre lo nuestro.

El móvil de Jake suena, se hurga el bolsillo, saca el aparato y lee mi mensaje con una sonrisa burlona en los labios. Teclea sin dejar de sonreír.

Jake: La culpa es tuya por haberte puesto una camiseta con semejante escote. Solo pienso en las ganas que tengo de arrancártela y disfrutar de lo que hay debajo.

Noto un cosquilleo entre las piernas. No sé cómo se lo hace Jake para ponerme a tono con tan solo una frase. Suspiro, me meto la pajita del batido en la boca y recibo un nuevo mensaje.

Jake: ¿Hace falta que succiones esa pajita con tanta pasión? Porque se me está poniendo morcillona mirándote.

Lanzo una mirada furtiva por debajo de la mesa y confirmo que es

verdad. Un bulto ha aparecido en su pantalón.

Harper: ¿Cómo puedes tener la mente tan sucia? Estamos rodeados de familias y niños, ¿crees que este es lugar para ponerse cachondo?

Jake: No es como si pudiera evitarlo. Es una reacción fisiológica

Y adjunta un emoticono de berenjena en la frase.

Harper: Pues deberías poder hacerlo. No eres un adolescente, Jake. Eres un hombre adulto.

Jake: En ese caso propongo una solución adulta. Voy al baño. Te esperas cinco minutos y vienes tú.

Ay, Dios.

Harper: ¡¡No!!

Demasiado tarde, porque se guarda el móvil en el bolsillo y se levanta de la mesa. Se dirige hacia la zona de los lavabos y yo me quedo con cara de tonta. Estoy por quedarme aquí hasta que se canse de esperar, pero a una parte de mí esto le parece excitante. El móvil vuelve a sonar entre mis manos.

Jake: Anda, ven. Seguro que nunca lo has hecho en una bolera. Podremos tachar un lugar nuevo de la lista de primeras veces.

Soy facilona, lo reconozco, porque al leer su mensaje, me levanto de la

silla al instante. Me excuso y me dirijo hacia la puerta donde están los baños. Jake me espera apoyado en la pared del pequeño vestíbulo donde se distribuyen las diferentes puertas y, cuando me ve, me coge de la mano, abre la puerta del baño de los chicos y nos encerramos en uno de los cubículos de dentro. Debe hacer poco que ha pasado el personal de limpieza, porque está impoluto.

—¿Quieres decir que es posible hacer algo aquí dentro? Porque no hay mucho espacio para moverse —digo mientras Jake me devora con la mirada.

—El espacio es lo de menos. Todo es cuestión de imaginación e inventiva —susurra.

Voy a decir algo más, pero Jake me calla con un beso. Introduce la lengua dentro de mi boca y me hace jadear. Me sube la camiseta y el sujetador y sus manos van directos a mi pecho, que masajea con pericia.

Intento ser silenciosa, pero los jadeos se cuelan por mi garganta sin ser capaz de pararlos, aunque quedan amortiguados por los besos que encadenamos.

Estoy cachonda, tanto que cuando Jake me pide que me quite los pantalones lo hago casi de un tirón llevándome también las braguitas. Para ello, primero tengo que quitarme los zapatos horrendos que nos han dado al entrar.

Coge un condón del bolsillo trasero del pantalón y se lo pone. Luego se desabrocha el cinturón y se baja los pantalones y los boxers sin llegar a quitárselos. Me coge a pulso, enredo mis piernas en su cintura y me penetra. Gimo contra su boca con esa primera estampida, fuerte y profunda. Luego le siguen unas cuantas embestidas más que me provocan oleadas de placer.

—Pelirroja, estoy a punto. Déjate ir conmigo —susurra contra mis labios.

Sus palabras son el detonante de un maravilloso orgasmo que me deja temblando y con la respiración acelerada. Jake también se corre, y lo hace con un gruñido sordo.

Al terminar, desenredo mis piernas de su cintura y las apoyo en el suelo. Ambos estamos jadeando y cansados. Me tapo la boca para evitar que una carcajada escape de mi garganta. ¡Joder! Acabo de follar en los baños de una bolera. ¡Pero bueno! ¿Qué me está pasando? Yo no soy así, no hago estas cosas. Antes de conocer a Jake era una persona normal que se comportaba de forma decente en lugares públicos.

—Me estás pervirtiendo, Lawler —susurro mientras me pongo la ropa de nuevo.

—Lo sé, y me encanta. No hay nada que me guste más que ver la cara de viciosa que pones cuando te propongo alguna guarrada —responde también

en un susurro.

Intento poner los ojos en blanco, pero en vez de eso una sonrisa tonta se dibuja en mis labios. Hay que ver la facilidad que tiene para decir este tipo de cosas. Se nota que tiene una labia muy bien entrenada.

—Salgo yo primero, te esperas y luego sales tú —le digo.

Me levanta el dedo pulgar como signo de ok y salgo del cubículo. Me miro en el espejo, me peino bien el pelo y, justo cuando estoy a punto de salir, me encuentro a Adam de cara.

—Eh... Perdón —dice caminando hacia atrás para volver a mirar la placa de la puerta. Frunce el ceño, me mira y vuelve a mirar la placa donde aparece la palabra “hombres” —. ¿Estabas en el lavabo de tíos? —pregunta señalando la placa con cara de no entender nada.

—Emmmm... Sí, es que había mucha cola en el de mujeres y pasaba de esperar.

Adam ladea la cabeza para fijarse en la puerta del lavabo de las chicas cuya cola ahora mismo es inexistente.

Por suerte no dice nada, solo me mira contrariado y entra en el baño.

Salgo de nuevo a la bolera y me dirijo a la zona de la cafetería, donde espera Lena, pero no he dado ni cinco pasos que el móvil empieza a sonar

dentro del bolsillo de mi pantalón. Espero que no vuelva a ser Jake sugiriéndome una nueva guarrada porque hoy no estoy para correr más riesgos innecesarios.

Cojo el móvil y miro la pantalla iluminada. Es mi padre. Me quedo rezagada en un lugar tranquilo para poder hablar con él sin que interfieran los ruidos y los sonidos de mi alrededor.

—Hola papá.

—Hola calabacita. —Se me hace raro escucharlo sin verle, estoy acostumbrada a las llamadas por FaceTime, así que las de solo voz se me quedan cortas—. ¿Interrumpo algo?

—Qué va, he ido con Lena y unos amigos a la bolera, pero ahora nos estábamos tomando un descanso.

—Estupendo, cielo. —Se queda unos segundos en silencio, carraspea y vuelve a hablar—. Te llamo para decirte que tu madre y yo estaremos por Nueva York la semana que viene. Tenemos que hacer unas gestiones y, además, hace mucho que no vemos la ciudad. Hemos pensado en pasar unos días, así podremos verte también.

—¡Eso es genial! —La noticia me alegra. La verdad es que suelo ver a mis padres solo durante festividades y vacaciones. Saber que podré verles la semana que viene es una noticia maravillosa, que me alegra el corazón—. ¿Y

qué gestiones son esas que tenéis que hacer aquí?

Tarda en responder, pero cuando lo hace su tono de voz suena extraño.

—Nada importante, cielo. Ya te lo explicaremos. —Carraspea. Su forma de hablar es tan sospechosa que ese “nada importante” me suena a algo importante—. Solo te llamaba para asegurarme de que nos guardabas un hueco en tu ajetreada vida.

—Para vosotros siempre tengo tiempo —le recuerdo.

—Lo sé, cielo. —Un nuevo silencio. Esta vez este silencio me recuerda a aquel que uno hace cuando quiere decir algo pero no se atreve a hacerlo—. Bueno, te dejo para que puedas seguir pasándolo bien con tus amigos.

—Papá, ¿va todo bien? —pregunto con una ceja alzada antes de que cuelgue, porque un extraño presentimiento me recorre la tripa.

—Va todo bien, cariño, tranquila.

—¿Seguro?

—Sí —afirma, aunque de nuevo usa un tono de voz que no me aporta nada de seguridad—. Cariño, tengo que colgar. Están aquí los vecinos, hemos quedado para hacer una barbacoa en el jardín. Nos vemos en unos días.

Suelto un suspiro, le digo que ya nos iremos llamando para acabar de concretar cuando nos vemos. De lejos, veo a Lena, Adam y Jake sentados en

la mesa de la cafetería. Jake me ha visto y cuando nuestros ojos se cruzan frunce el ceño a modo de interrogación. Yo me encojo de hombros y camino hacia ellos con la sensación de que algo malo está a punto de pasar.

Jake

Harper está rara. Muy rara. Lleva desde ayer con la expresión de tristeza tiñendo cada facción de su rostro. Hasta sus ojos están tristes.

Estamos en el salón, viendo una película. Harper ha insistido en ver una de acción, con muchos tiros y disparos. Aunque mira la película sin verla. Es como si la tuviera de ruido de fondo para sus pensamientos.

Tengo la sensación de que está preocupada por algo, pero cuando le pregunto el motivo no suelta prenda. Estoy convencido de que esa preocupación tiene que ver con la llamada que le hizo ayer su padre en la bolera, pues antes de eso habíamos echado un polvo genial en los baños y estaba contenta y satisfecha. En cambio, después de esa llamada, su rostro se ensombreció y se pasó el resto de la velada como alma en pena.

Hoy es sábado. No trabajo y había previsto un día dedicada al sexo y a no hacer nada. Pero no ha podido ser. Además de triste está desganada y ha esquivado todas mis caricias. He captado el mensaje: hoy, nada de sexo. Podré sobrevivir sin él, aunque llevo un mes y medio practicándolo a diario. Tener a Harper en este apartamento y entre mis sábanas es una de las cosas más increíbles del mundo. No dormimos juntos siempre, pero sí la mayoría

de noches, y me encanta tenerla en mi cama impregnando las sábanas con su olor.

Lo que verdaderamente me preocupa es que lo esté pasando mal y no me lo diga. Puedo parecer un pasota. Sé que a veces da la sensación de que no me importa nada. Pero todo lo que hace referencia a Harper lo hace. Todo.

La película se acaba, salen los títulos de crédito y Harper ni siquiera se inmuta. Estoy convencida de que no se ha dado cuenta de ello, porque tiene la mirada perdida, aunque parezca que esté fija en la pantalla.

—¿Te apetece que ponga otra cosa? —pregunto haciendo que Harper salga de su ensimismamiento.

Parpadea, me mira y luego mira la pantalla con los últimos nombres.

—No, creo que me voy a mi habitación. No me acabo de encontrar bien.
—Me da un beso distraído en la frente y se levanta.

—¿Por qué no me explicas lo que te pasa? —pregunto consiguiendo que se detenga.

Harper me mira y niega con la cabeza.

—Es que no me pasa nada, de verdad.

—Algo tiene que pasarte. Llevas rarísima desde ayer por la noche.

—Que no me apetezca follar contigo no significa que me tenga que pasar algo. No eres el ombligo del mundo, Jake—. Sus palabras me duelen. Sé que se arrepiente de lo que ha dicho nada más decírlas, porque se toca los labios con la mano y me mira culpable—. Perdona, no debí decir eso.

—El sexo en este momento no me preocupa una mierda, Harper. Me preocupas tú.

Arruga la nariz y se muerde el labio. Parece que esté librando una batalla consigo misma. Al final suspira y fija sus ojos en los míos.

—Jake, tengo una mala sensación recorriéndome el cuerpo desde que hablé con mi padre. —Lo sabía. Ella prosigue—: No es un sentimiento racional, ni tiene mucho sentido, pero creo que algo malo está pasando y que mis padres me lo están escondiendo. Es un presentimiento.

—¿Y en qué te basas para creer algo así?

—No sé... ya te he dicho que es un mero presentimiento.

—¿Y por qué no le llamas y se lo preguntas directamente?

—Ayer lo hice y se mostró esquivo. Estaba raro, como si escondiera algo.

—¿No venían a Nueva York la semana que viene? —pregunto recordando que lo mencionó. Harper afirma con la cabeza—. Aprovecha para

hablar con ellos cara a cara. Quizás te equivoques.

—Quizás.

Me sonrío distraída, pero sé que mis palabras no van a hacer que se sienta mejor. Al fin y al cabo, poco se puede hacer contra un sentimiento que carece de racionalidad.

Se disculpa y se retira hacia su habitación. No insisto en que se quede porque sé que necesita estar sola.

¿Y si tramo algo para conseguir que se sienta mejor? No sé muy bien el qué, pero sí sé que me muero por conseguir que su sonrisa vuelva a iluminar su cara.

Harper

Al día siguiente me despierto a las nueve de la mañana y, de nuevo, lo hago con una sensación angustiosa atenazándome el pecho.

No consigo quitarme esta sensación de encima. Soy consciente de que no tengo ningún motivo real para sentirme así, pero siempre he sido muy de fiarme de mis sensaciones y hasta ahora mi sexto sentido no ha fallado nunca. Recuerdo la mañana en la que murió mi abuela. El día anterior me había pasado toda la tarde pensando en ella, incluso la llamé para preguntarle cómo se encontraba. Tenía la sensación de que algún peligro la amenazaba y, ¡zas! Esa misma noche tuvo un infarto.

La simple idea de que a mi padre le suceda algo parecido me duele. Me duele y me angustia. Le quiero demasiado. Es mi héroe, mi ejemplo a seguir en la vida.

Llaman a la puerta con los nudillos y sin esperar a que diga nada, esta se abre. Jake asoma la cabeza por ella y me mira con una sonrisa juguetona en los labios.

—Vístete que nos vamos.

Enarco una ceja sin comprender lo que ha querido decir. Jake insiste:

—Venga, pequeño hobbit, que tenemos prisa.

—No me apetece hacer nada, Jake. Quiero quedarme en casa.

—Te prometo que lo que tengo pensado te encantará. —La sonrisa que se dibuja en sus labios consigue despertar mi curiosidad.

—¿De qué se trata?

—Es sorpresa. Solo puedo asegurarte que valdrá la pena. Te lo prometo.

—No tendrá nada que ver con practicar sexo en algún lugar extraño y morboso, ¿verdad? —pregunto, porque tratándose de él me espero cualquier cosa.

Jake se ríe y niega con la cabeza.

—No te encantará tanto, pelirroja. Pero casi. ¿Vamos?

Le he dicho que no me apetecía hacer nada. Quiero quedarme tumbada en el sofá regodeándome en estas sensaciones contradictorias que fluctúan en mi interior. Pero Jake ha conseguido convencerme con su halo misterioso.

—Vale, dame cinco minutos.

—Perfecto. —Está a punto de cerrar la puerta tras de sí, pero vuelve a asomar la cabeza antes de hacerlo—. Por cierto, coge el abrigo aquel que te mandaron ayer de la marca esa tan pija para que lo promocionaras.

—¿Por qué? —Ahora sí que no entiendo nada. Ayer recibí una caja con un abrigo fruto de una colaboración con una marca de alto standing. Es un abrigo de invierno, con capucha y forro polar, de color rojo, muy chulo. Tengo que hacerme unas fotos y subirlas al blog para hacerle publicidad.

No me responde, solo me guiña un ojo y cierra la puerta dejándome sola de nuevo.

Me visto con unos vaqueros y una blusa blanca de topos negros, me maquillo un poco, me peino los rizos con los dedos, cojo la caja donde está el abrigo y salgo fuera.

Jake me espera en el salón. Se ha vestido también con unos vaqueros y una camisa de color gris. Lleva puesta una cazadora, una de cuero que no le había visto nunca y que le da un toque de chico malo muy atractivo. Del hombro le cuelga una mochila.

Me pide que le siga, así que bajamos hasta el parking del hotel, donde los huéspedes suelen dejar sus coches. Alzo las cejas cuando saca unas llaves, lo abre y se dirige hacia una plaza ocupada por un coche de color plateado. No tengo ni idea de coches, solo sé que es un deportivo y que tiene pinta de ser caro y exclusivo por sus materiales y acabados.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto.

—Coger a mi pequeño —dice golpeando el capó como quien acaricia el

lomo de un perro.

—¿Este coche es tuyo?

—Pues claro.

—¿Es que sabes conducir?

Entrecierra los ojos y me mira como si mi comentario le ofendiera.

—Me saqué el carné hace más de una década, como todo el mundo. No sé porque te parece tan raro.

—Quizás porque nunca te he visto hacerlo. Siempre pedimos un taxi o usas un chófer particular.

—Eso es porque moverse por Nueva York es odioso, pero me encanta conducir cuando salgo fuera.

—¿Es que vamos a salir de la ciudad?

—Es posible. —Abre el maletero y mete dentro la caja alargada con el abrigo y su mochila.

Me pide que me meta en el coche y obedezco. La curiosidad no deja de aumentar en mi interior. ¿Qué habrá preparado? ¿A qué viene tanto misterio?

Salimos del parking y nos incorporamos al tráfico de la ciudad. Tiene razón, conducir por Nueva York es una mierda. Por eso yo dejé mi coche en

San Francisco. Sabía que nunca podría usarlo.

El trayecto es largo. Muy largo. Cuando llevamos dos horas de carretera, Jake se para a repostar en una gasolinera y sugiere que comamos algo en el dinner que hay unos metros más adelante. Acepto, porque hemos salido sin desayunar y estoy que me muero de hambre.

Durante el desayuno intento convencerle de que me explique a dónde nos dirigimos, o si falta mucho para llegar, pero responde a mis preguntas con evasivas.

Media hora más tarde volvemos a subirnos al coche. Jake conduce bien, quizás más rápido de lo que me gustaría, al fin y al cabo, soy una chica prudente, pero se le da genial y me gusta verle conducir. Hay algo erótico en la forma en la que mueve los dedos sobre el volante...

Dos horas más tarde estoy a punto de suplicarle que me diga dónde vamos, porque a este paso llegaremos a Canadá. Pero no hace falta que lo haga. Sale de la autopista interestatal para internarse por un camino boscoso rodeado de árboles.

El paisaje es impresionante. Además, los colores de la naturaleza son preciosos, entre anaranjados, ocre y verdes. Es la viva estampa del otoño.

Me quedo embobada observando el paisaje hasta que se detiene en un pequeño mirador desde el que se ve un lago gigantesco. Nos bajamos del

coche y empiezo a hacer un montón de fotos con el móvil, porque este lugar parece sacado de un cuento.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En Lake George. He venido aquí alguna vez con mis padres. Es un sitio precioso, tiene un montón de rincones mágicos y senderos para caminar y evadirse.

—No lo conocía y es... una maravilla, Jake. —Le miro y este sonrío satisfecho—. Gracias por traerme. Es un lugar genial, aunque... —Frunzo una ceja y arrugo la nariz—. ¿Qué tiene esto que ver con el abrigo?

—Te lo contaré después. Ahora vamos a comer a un sitio que te encantará.

no me defrauda para nada el sitio que elige para ir a comer. Tiene una terraza pegada al lago desde donde se puede disfrutar la tranquilidad del lugar. Los propietarios del restaurante, además, son súper majos. Nos sugieren algunos platos que pedimos sin dudarlo.

Cuando terminamos, Jake propone que vayamos de nuevo al coche y es ahí donde me explica su plan, dejándome alucinada por completo.

—La idea es que elijamos uno de los senderos, tú te pongas ese abrigo y yo te haga las fotos para el blog. —Abre la mochila que ha cogido en casa y

me enseña una cámara de fotos con un objetivo enorme—. Es digital, así que no hará falta revelarlas. Podemos seleccionar las que más nos gusten directamente en el ordenador.

Tengo los ojos y la boca muy abiertos. Y no sé qué decir. Me ha dejado sin palabras.

—¿Me has traído hasta aquí para hacer las fotos del abrigo para mi blog?
—pregunto sin creérmelo.

—Sí. Pensé que ese abrigo de color rojo era muy estilo Caperucita roja, y que podría estar bien hacer las fotos en medio de la naturaleza.

Sonrío. No puedo evitar que una enorme sonrisa ocupe toda mi cara.

—¿Has conducido más de cuatro horas solo para esto?

Creo que malinterpreta mi comentario, porque tuerce la boca, se cruza de brazos y cambia el peso de una pierna a la otra.

—No hace falta que lo hagamos si no quieres. Pensé que era una buena idea y que te animaría, pero no tenemos porque...

No le dejo terminar la frase. Me acerco a él, me pongo de puntillas, paso mis brazos por su cuello y le beso en los labios. Descruza los brazos y me coge de la cintura ciñéndome a su cuerpo. Cuando separo mis labios de los suyos, Jake sonrío.

—¿Y esto?

—Por conocerme tan bien. Por saber que esto era justo lo que necesitaba.

Jake me acaricia la mejilla con el pulgar y atrapa un rizo rebelde que flota sobre mi cara. Nos quedamos mirando en silencio. Es un silencio cómodo, cómplice, bonito.

—Me gusta hacerte sonreír, pelirroja. Cuando sonríes todo es un poquito menos gris.

El corazón me da un vuelco con esas palabras. Siento algo cálido expandirse por dentro. No sé si alguna vez me acostumbraré a que el mismo Jake que disfruta siendo un rebelde sea capaz de decir cosas así, que lleguen tan adentro.

—Hay un poeta en ti.

Tuerce su sonrisa y me pide que vayamos tirando antes de que se haga más tarde. Respondo que sí, me quito la chaqueta que llevaba y me pongo el abrigo rojo que es de mi talla y me queda perfecto.

Elegimos uno de los caminos cercanos, uno que está bordeado por árboles altos y coloridos. Jake camina unos metros detrás de mí y va echando fotos sin hablar. En algún momento, me sugiere alguna postura o algún

cambio de expresión en el rostro. Me siento como una modelo en una sesión de fotos.

Después de un buen rato andando, Jake me asegura que tiene muy buen material y que debemos regresar al coche antes de que anochezca.

Justo cuando llegamos al sitio donde hemos aparcado, el cielo empieza a teñirse de naranja sobre el lago. El atardecer da lugar a una aura mágica, como sacada de un cuento de hadas.

—¿Te importa si nos hacemos una foto? —pregunta Jake.

—¿Qué? Para nada, me encantaría.

Jake monta el trípode para dejar la cámara fija delante nuestro y me pide que me coloque en el paisaje ahí donde el lago se ve en todo su esplendor. Me guiña un ojo, aprieta un botón y viene corriendo hacia donde estoy yo tras haber puesto el temporizador.

Me agarra de la cadera y me acerca a él. Sonreímos a la cámara y el sonido inconfundible del disparo del obturador nos confirma que la foto ya está hecha.

Antes de abandonar el lugar nos quedamos varios minutos en silencio observando el lago, abrazados muy juntos.

Jake

Nos subimos al coche y emprendemos el camino de regreso a casa. Fuera ya casi es de noche y nos espera un viaje de cuatro horas hasta Nueva York, pero todo este trasiego ha valido la pena si ha cambiado he conseguido animar a Harper.

Ahora está sentada a mi lado, sonriente. Ha insistido en que conecte el bluetooth para poder poner la música desde su móvil. No me sorprende que la primera canción que suene sea una de los Beatles. Esta chica tiene un pequeño problema de obsesión enfermiza con ellos. Mientras tararea la canción de *Hey Jude*, coge la cámara de la mochila que ha dejado bajo sus pies y empieza a mirar las fotos que le he hecho en el bosque.

No deja de decir lo mucho que le gustan y lo buenas que son, y por primera vez en mi vida, que haya alguien admirando mis fotografías y haciendo comentarios sobre ellas, no me molesta. Ese es uno de los poderes que ejerce Harper sobre mí. Es capaz de conseguir que algo que me incomoda con el resto de las personas, en ella me parezca un acto tan natural como respirar.

Nos incorporamos a la interestatal y los kilómetros se suceden sin

muchos sobresaltos.

Cuando Harper termina de pasar las fotografías, guarda la cámara y me mira con una sonrisa pícaro que no me pasa por alto.

—¿En qué piensas?

—En que tengo una sugerencia, aunque no sé si es una locura.

—Si tiene algo que ver con chupármela mientras conduzco, paso. Una vez estuve a punto de estamparme por culpa de eso. —Suelto una risita entre dientes.

—Por supuesto que no tiene nada que ver con eso, degenerado. —Se cruza de brazos y tuerce el labio enfurruñada.

—Vamos, hobbit, no te pongas de morros, que era broma, Hazme esa sugerencia.

Me mira de soslayo y accede. Sus ojos brillan con una chispa especial.

—Estaba pensando que, si pudieras saltarte el trabajo mañana por la mañana, podríamos detenernos en algún hotel y pasar la noche fuera, para no tener que estar otras cuatro horas dentro del coche.

Su oferta me sorprende. No me esperaba algo así. La miro de reojo y veo como una sonrisa coqueta acompaña una mirada llena de intenciones.

—Puedo faltar a las reuniones de mañana sin problemas...

Harper sonrío y busco en el GPS algún hotel cercano con buenas opiniones. Hay uno a pocos kilómetros, a las afueras de un pueblecito que nos pilla de camino, así que me dirijo hacia allí. Paso de parar en uno de esos moteles de carretera de mala muerte que suelen usarse como escenarios para las películas de terror.

Llegamos, aparco en la zona habilitada como aparcamiento y entramos a la recepción. El hotel está decorado con estilo rústico en tonos marrones y amarillos, y parece necesitar un lavado de cara urgente. Es como si se hubiera quedado anclado a la década de los 80. Una señora con el pelo blanco y facciones inquietantes nos atiende con una sonrisa forzada que da un poco de miedo.

—Bienvenidos a la posada *The cabins in hope*. ¿Desean una habitación para pasar la noche?

Nos mira con tanto detenimiento que estoy a punto de decir que no y salir cagando leches de aquí. A mi lado, Harper suelta una sonrisa que esconde con la mano.

—Sí, aunque antes nos gustaría cenar algo si fuera posible.

—Por supuesto, el restaurante sigue abierto. Si me siguen, por favor. Por cierto, soy Nancy.

Nancy voltea el mostrador y nos conduce por un pasillo hasta una sala diáfana llena de mesas vacías. Tras la barra del bar hay un señor rollizo y calvo que levanta la mirada de su móvil cuando nos ve entrar.

—Greg, ¿puedes encargarte de nuestros huéspedes? Vienen hambrientos.
—Nos señala una mesa y nos sentamos intentando ignorar el hecho de que estamos solos en este sitio.

—¿Seguro que este era el hotel mejor puntuado de la zona? —me pregunta Harper en un susurro.

—Te lo prometo. Un 4.7 de 2.356 opiniones —digo enseñándole el móvil con su ficha en Google Maps por debajo de la mesa.

Harper me lanza una mirada de extrañeza que comparto. Porque este lugar no parece ser el “hotelito encantador y entrañable” del que todo el mundo habla.

El tal Greg se acerca a nuestra mesa con un bloc de notas en sus regordetas manos y dos cartas que nos tiene con una sonrisa cortés. Básicamente sirven bocatas. El súmmum de la exquisitez parece ser el pastrami que es lo que pedimos.

—Este lugar da un poco de miedo —dice Harper susurrando una vez el hombre nos deja a solas.

—Es muy rollo Psicosis.

—No me extrañaría que Nancy escondiera un cadáver en algún sitio — dice ladeando la cabeza hacia el mostrador que es visible a través de la puerta abierta.

Seguimos haciendo suposiciones sobre la naturaleza del comportamiento de Nancy hasta que Greg nos trae nuestra cena. A simple vista el pastrami tiene una pinta estupenda. Y cuando le damos el primer bocado descubrimos que además de buena pinta, está súper rico.

Nos comemos la cena charlando un poco sobre todo y nada. Es una de esas conversaciones intrascendentes que te hacen sonreír de vez en cuando, y que solo se tienen con personas con las que confías mucho.

Cuando terminamos, Greg nos recomienda la tarta de la casa, una tarta de arándanos y crema que está de muerte. Y con la barriga bien llena, regresamos al mostrador donde Nancy está haciendo un crucigrama, concentradísima.

Al vernos llegar, levanta la cabeza del crucigrama, nos mira y coge una llave vieja de color dorado de una de las casillas que tiene detrás.

—Como no tenemos muchos huéspedes, os daré la mejor habitación de todas. —Nos mira con una ceja alzada—. ¿No lleváis equipaje?

—En realidad no. Nos ha pillado la noche de regreso a casa.

Nancy asiente y con un movimiento de mano nos pide que la sigamos escaleras arriba.

—Sois una pareja adorable. ¿Hace mucho que estáis casados?

Harper y yo nos miramos mientras subimos las escaleras uno al lado del otro. A ella se le escapa una risita y yo intento contenerme para responder sin que se me escape otra. Algo me dice que esta señora no vería bien que dos personas del sexo opuesto compartieran cama sin haber pasado antes por el altar.

—Pues ya hace más de un año, verdad, ¿pastelito? —miento sobre la marcha.

—Sí, bomboncito, fue una ceremonia preciosa, en la playa, con todos los invitados vestidos de blanco.

—Oh, una boda en la playa... A mi querido John, que en paz descansa, le hubiera encantado que nos casáramos en ella. Pero no pudo ser. No se estilaba por aquel entonces...

Tras subir un segundo tramo de escalera, Nancy se detiene en la única puerta que hay en el rellano y nos mira complacida.

—Esta es la buhardilla que reformamos como suite hace años. —Coloca

la llave en la cerradura y abre la puerta.

Me quedo flipado con lo que hay dentro, porque si la decoración de las zonas comunes parece sacada de otra época, lo que hay dentro es una oda a los estampados de flores. El papel de pared es floreado, la cama con dosel también tiene un edredón con flores y la silla del tocador también está tapizada con un horrendo estampado de florecillas.

—¿Qué os parece? —pregunta Nancy con el orgullo brillando en sus ojos.

—Muy... ¿original? —dice Harper que observa nuestro alrededor con el mismo estupor que yo.

Nancy se da por satisfecha, nos deja la llave de la habitación y una tarjeta con los horarios del desayuno y se va. Cuando nos quedamos solos, nos echamos a reír a carcajada limpia.

—¿Soy yo o las flores se mueven cuando las miras? —pregunta Harper sin dejar de reír.

Me encanta la risa de Harper. Es dura y suave a la vez. Es armónica, pero con notas disonantes. Es una risa llena de contrastes, como ella.

La observo mientras se ríe, embobado. No puedo evitarlo. Nunca antes había sentido por nadie lo que despierta Harper en mí. Hace que me lata el

corazón con la misma velocidad que se me endurece la polla. Ella deja de reírse cuando se da cuenta de que la miro. Sus mejillas están enrojecidas. Sus ojos brillantes. Su pelo despeinado y más rojo que nunca.

Harper es la chica de fuego y yo me muero de ganas de arder junto a ella.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —pregunta desconcertada.

Me acerco a ella y le doy un suave beso en los labios antes de responder. Una ceja pelirroja se levanta en mi dirección.

—Jake, estás raro, ¿qué te pasa?

—Voy a quitarte la ropa —digo colocando un dedo sobre su barbilla. Sus ojos me observan con deseo y se lame los labios, humedeciéndolos.

—¿Es una amenaza?

—No. Solo es una advertencia.

Me lanzo contra su boca con ganas de llenarme de su sabor. Mi lengua saquea su interior y es bien recibida por la suya. Es un beso que es todo lengua y saliva. Todo ganas y necesidad.

Empezamos a desnudarnos a la vez, quitándonos la ropa a tirones y solo separamos nuestras bocas en busca de oxígeno. Pronto nos quedamos desnudos, así que la cojo en volandas y la tiro sobre la cama. Los muelles del

colchón protestan bajo su peso y el sonido de la risa de Harper lo llena todo de nuevo.

Seguimos besándonos. Me coloco encima de ella y empiezo a moverme sobre su entrada sin llegar a penetrarla, solo tanteándola, poniéndola cachonda. Cojo mi polla y con ella subo y bajo por sus pliegues húmedos y calientes, y aprieto su clítoris hinchado. Jadea cuando vuelvo a hacer el mismo movimiento, bajando mi polla hasta su entrada sin llegar a embestirla.

—Fóllame, Jake. Necesito que me folles.

Juego con ella una vez más, me levanto un segundo para coger un condón del pantalón vaquero que llevaba y me lo pongo. Regreso a la cama, me pongo sobre ella y antes de penetrarla cojo su cara que está girada y la ladeo para que me mire.

—Hoy no vamos a follar —susurro mirando su boca. Ella me mira sin entender. Lame mi pulgar cuando lo acerco a sus labios—. Vamos a hacer otra cosa.

—¿El qué?

Me acerco a su oído y susurro algo que nunca, jamás, le he dicho a otra mujer:

—El amor. —Lo digo a la vez que la penetro.

Un gemido sale de su garganta y la siento temblar bajo mi cuerpo. No sé si por la embestida, por mis palabras o por ambas cosas. Solo sé que tiembla y me mira con los ojos llenos de deseo y los labios enrojecidos por los besos que nos hemos dado.

Empiezo a entrar y salir de su interior una vez tras otra. Su coño me recibe húmedo, apretado, preparado. La sujeto por las caderas y aumento el ritmo de las embestidas con movimientos certeros que le hacen soltar varios gemidos.

Sé que falta poco para que se corra. Sé que me correré segundos después de que lo haga ella.

Y no tardamos en hacerlo, primero explota ella. Su cuerpo tiembla por el placer, y los espasmos de su interior me arrastran a mí también hasta el abismo. Suelto un gruñido, entro una última vez dentro de ello y me dejo ir.

Unas gotas de sudor caen sobre la frente de Harper. Me mira, con las mejillas llenas de rubor y la respiración entrecortada. Yo me dejo caer sobre ella con cuidado, aguantando mi peso sobre los codos.

No hemos practicado ninguna postura extraña. Nos hemos limitado a un simple y sencillo misionero. Pero ha sido mejor que cualquier otro polvo que hayamos echado antes.

Durante unos segundos nos limitamos a mirarnos, en silencio, mientras

intentamos recobrar el aliento. Durante unos segundos todo parece en orden.

Todo parecen en paz.

Y yo solo puedo pensar en una cosa: Ojalá esta paz no se acabe nunca...

Harper

A la mañana siguiente hacemos el camino de regreso a casa en silencio, solo roto por las llamadas que Jake recibe de la oficina y que atiende con el manos libres.

Ha sido una noche... extraña. He dormido poco. He dormido mal. Después del polvo que echamos ayer por la noche, el ambiente entre Jake y yo se enrareció. Nos dimos un beso, nos giramos cada uno a nuestro lado y nos pusimos a dormir. O hacer que dormíamos, porque teniendo en cuenta lo mucho que se movía y el ritmo de su respiración diría que Jake durmió tan poco como yo.

Supongo que es difícil obviar lo que sucedió entre nosotros. No solo por las palabras que Jake me dijo justo antes de penetrarme, sino por la forma en la que lo hizo. Con cuidado, con reverencia, con sentimiento. Y yo también lo sentí. Algo flotando entre nosotros. Algo más que atracción sexual. Algo intangible y poderoso. Algo inmenso. Algo a lo que no sé poner nombre. A lo que no quiero poner nombre porque no es un buen momento para hacerlo.

Cuando llegamos a casa, Jake me dice que va a pasarse un rato por la oficina y yo me encierro en la habitación.

Me tumbo en la cama y miro al techo. Ahora mismo tengo un maremágnum de sentimientos encontrados. Por un lado, sigo teniendo ese extraño presentimiento respecto a mi padre. Es como una especie de runrún de fondo que me mantiene alerta, que me avisa de que algo va mal. Por el otro, en mi interior cada vez palpita más fuerte lo que siento por Jake. Y no quiero sentirlo, pero es pensar en él, en sus ojos verdes y su pelo moreno revuelto, y un cosquilleo se expande por mi tripa de forma descontrolada.

¿Seré tan tonta de haberme enamorado de él?

No puedo enamorarme de Jake. Eso sí que sería un disparate. Enamorarse de un mujeriego como él sería un pase directo a que me rompan el corazón en mil trocitos tarde o temprano. Pero ¿cómo se para esto?

###

Es jueves, papá me llamó ayer para decirme que ya estaban en Nueva York, que si me apetecía pasar el día de hoy con ellos. Le dije que sí, claro. Pero estoy nerviosa. Estoy nerviosa porque el presentimiento de que algo va mal sigue vivo en mi estómago.

Quedamos en Times Square, que es uno de sus lugares favoritos de la

ciudad. A papá le encanta rodearse de sus luces de neón y sus carteles coloridos. Hemos escogido como punto de encuentro las famosas escaleras rojas que siempre están llenas de gente.

De camino en taxi, no dejo de recibir notificaciones de las redes sociales y el blog. Desde que subí las fotos que Jake me hizo el domingo en Lake George, no he dejado de aumentar de seguidores. Las fotos quedaron preciosas, el salto cualitativo del blog aumentó y a la marca del abrigo le gustaron tanto que me han pedido una nueva colaboración, esta vez para promocionar un vestido de noche.

Nada más llegar a las escaleras rojas, busco a mis padres entre la multitud. Me cuesta dar con ellos, pero en cuanto lo hago corro hacia su dirección con los brazos abiertos y nos fundimos en un enorme abrazo familiar. Papá se ha vestido como unos vaqueros, una camiseta deportiva de béisbol y una de sus gorras que siempre le acompañan. Mamá lleva los rizos pelirrojos recogidos en una coleta y viste un vestido estampado.

—Calabacita, estás preciosa —dice papá mirándome con ternura.

—Es verdad, cariño. Se te ve muy bien —confirma mamá echándome una de sus miradas escrutadoras.

Durante un instante, el presentimiento negativo desaparece. Pero solo dura un instante. El instante en el que tardo en fijarme en el rostro de papá y

veo una sombra empañando la sonrisa que me está dedicando ahora. A pesar de todo, sé que no es el momento de hablar de ello. Aún no.

—¿Qué os apetece hacer? —Los miro expectante.

—Pasear por la zona y comer algo en algún café sería un plan perfecto.

—Papá me guiña un ojo.

—Y después dar un paseo hasta El puente de Brooklyn.

El puente de Brooklyn es otra de nuestras visitas obligatorias. El abuelo del abuelo de mamá se trasladó de Irlanda a Estados Unidos para ayudar a construir ese puente y digamos que se ha convertido en un icono de nuestra familia.

Nos dejamos envolver por el ambiente de la ciudad mientras charlamos alegremente de todo un poco. Al cabo de un rato, acabamos entrando en uno de los locales que encontramos a nuestro paso.

Yo me pido una hamburguesa con patatas, mamá un sándwich vegetal y papá alitas de pollo. Nos sentamos en una mesa cerca de un enorme ventanal para ver la vida pasar ahí fuera.

—Bueno, ¿me vais a contar qué os ha traído hasta aquí? El otro día no me lo explicasteis —digo tras tragar un trozo de hamburguesa que, por cierto, está deliciosa.

Papá y mamá intercambian una de esas miradas significativas que suelen venir antes de decir algo que sé que no me gustará escuchar.

—Es mejor que hablemos de eso después, cielo. Disfrutemos de la comida y del día juntos.

De repente, tengo un nudo en la garganta. Un nudo que da forma a todos esos miedos que he ido acumulando a lo largo de estos últimos días.

—Papá, mamá, sé que pasa algo. Lo sé desde la última llamada. Y no dejo de imaginarme cosas horribles. Por favor, explicadme lo que sucede — imploro, dejando la hamburguesa en el plato y paseando mi mirada de uno al otro.

Vuelven a compartir una nueva mirada. Papá parece buscar la aprobación de mamá y esta se la da con una inclinación de cabeza.

—Está bien, calabacita. Te lo contaremos todo. Pero tienes que prometernos que no harás de esto un drama. Estamos intentando llevarlo lo mejor que podemos, y necesitamos que tú hagas lo mismo. —Me da un vuelco el estómago al escucharle, porque hace real ese presentimiento sin fundamento que lleva días persiguiéndome. Trago saliva y afirmo con la cabeza, como queriendo decir: “Vale, papá. Estoy con vosotros”. Él inicia su explicación—: Desde hace unos meses empecé a estar más despistado que de costumbre y a tener olvidos tontos. Por ejemplo, ir a comprar el pan antes de

comer cuando ya había ido a primera hora de la mañana o perderme en lugares que conozco como la palma de la mano. Al principio lo achacamos al estrés provocado por la preparación de los entrenos en el instituto, porque estaba teniendo mucha presión.

Mira a mamá para invitarla a seguir. El nudo en la garganta no deja de crecer al imaginar por dónde van los tiros.

—Pero los fallos tontos de memoria de un principio no hicieron más que empeorar. —Mamá coge la mano de papá y le da un beso con cariño mientras este le mira con los ojos brillantes—. Eran tonterías, despistes, pero estos despistes empezaron a volverse más acusados. Se levantaba un domingo creyendo que era un martes, se perdía al ir a hacer la compra y a veces olvidaba lo hablado durante la mañana. Así que decidimos ir al médico, creyendo que esos fallos de memoria podían ser derivados del cuadro de ansiedad que llevaba meses sufriendo.

—Y cuando fuimos al médico y le explicamos los síntomas supimos por su expresión que se trataba de algo más grave. —Papá retoma el relato—. Dijo que tenía que hacerme unas pruebas, pero que no descartaba que pudiera ser inicio de Alzheimer. Estas pruebas salieron positivas.

Y ahí está, la palabra que da nombre a una de las enfermedades más crueles que existen. La palabra que esperaba no tener que escuchar. La

palabra que da forma al mal presentimiento de estos días.

—¿Alzhéimer? ¡Pero si eres muy joven! —exclamo con indignación. Los ojos se me humedecen. Papá tiene cincuenta y siete años. Es joven. Tiene mucho por delante aún.

—He tenido mala suerte, supongo. —Mira a mamá que le devuelve una mirada llena de cariño—. La parte positiva, si existe alguna parte positiva, es que está en una fase muy inicial. Hoy en día hay tratamientos que ayudan a retardar el desarrollo de la enfermedad.

—De hecho, por eso hemos venido a Nueva York —sigue mamá—. Hay un doctor en el Presbyterian que está haciendo una prueba piloto para trabajar la memoria con pacientes de Alzhéimer. Ayer tuvimos la primera visita y mañana tenemos una segunda. Vamos a esforzarnos al máximo para que tu padre tenga la mejor calidad de vida dadas las circunstancias.

No es justo. No es justo que papá tenga Alzhéimer. Las lágrimas me pican en los ojos y siento que de un momento al otro me saldrán en cascada. Tengo pensamientos en bucle, pensamientos que no puedo controlar. Sé que muchas enfermedades son cuestión de azar, que a veces este lanza un dardo y te convierte a ti en diana. Pero eso no lo convierte en más justo o razonable. Papá es buena persona. Nunca se salta un semáforo porque cumple con la ley a rajatabla. Ni siquiera mata a los mosquitos porque le dan pena, aunque le

piquen. ¿Por qué le ha tenido que tocar a él con la de gente malvada que hay en el mundo?

—Cielo, sabemos que esto te ha pillado de nuevo, que tienes que digerirlo y que no es fácil. Pero estoy bien —dice papá alargando su mano por la mesa hasta colocarla encima de la mía.

—Pero el Alzhéimer no tiene cura —digo dejando entrever lo que de verdad me preocupa.

Papá y mamá vuelven a mirarse, supongo que buscando el apoyo de uno en el otro.

—No, cariño, no tiene cura. Pero entre todos podemos hacer que los próximos años de tu padre sean lo más felices posibles, ¿de acuerdo?

Ahora sí que no puedo evitarlo. Las lágrimas rompen el dique de contención en mis ojos y salen en torrente mejillas abajo. Lloro, porque sé que a partir de ahora nada será lo mismo. Lloro porque esta es una de esas noticias que te cambian la vida para siempre.

Papá se levanta, se sienta a la silla de al lado y me abraza. Me acuna como cuando era pequeña, acariciándome el pelo mientras yo apoyo el rostro en su pecho. Su abrazo, en vez de calmarme me hace llorar más fuerte. Porque me hace pensar en la fragilidad del ser humano. En el momento en el que papá no recordará quién soy y ya no pueda abrazarme de esta manera.

###

El resto del día pasa triste, taciturno. Papá y mamá no vuelven a sacar el tema, intentan animarme hablando de otras cosas, pero no lo consiguen. Ni siquiera cuando llegamos a El puente de Brooklyn y hacemos nuestro típico paseo por él.

Soy incapaz de bloquear los pensamientos negativos sobre la enfermedad de papá. He visto un millón de veces El diario de Noah, y siempre lloro con el final. Siempre he pensado que es una enfermedad cruel, que te vacía por dentro y te deja solo con las vestiduras. Te deja sin recuerdos, sin identidad, sin ti.

Nos despedimos al llegar la noche. Ellos están cansados y quieren regresar al hotel para estar llenos de energía para la visita que tienen con el doctor mañana. Regresarán a San Francisco el lunes, después de una última visita con el especialista.

Cojo un taxi, pero en lugar de darle la dirección del hotel, le doy la dirección del apartamento de Lena. Necesito verla, reflexionar con ella sobre todo esto, porque ahora mismo tengo la cabeza a punto de explotar.

Harper

Lena abre la puerta con una enorme sonrisa en los labios:

—¡Nena! ¿Qué haces aquí? ¡Qué ilusión verte!

Abro la boca dispuesta a responder, pero en vez de eso las lágrimas vuelven a escaparse de mis ojos y me pongo a llorar como una niña pequeña, entre hipidos descontrolados. Lena me abraza y me hace pasar al salón.

Me siento en el sofá y ella me prepara una infusión. Regresa a mi lado con una taza humeante y una caja de pañuelos.

—Harper, ¿qué ha pasado? —pregunta en un susurro mientras me acaricia la espalda, con cariño.

Intento hablar, pero en vez de palabras me sale un berrido indescifrable. Lena me tiende la taza y me pide que me tome la infusión, que me hará bien. Eso hago.

Mientras me tomo el líquido caliente mi mente no deja de reproducir los recuerdos que tengo de mi padre desde que era una niña. Papá ganando la liga de béisbol por primera vez. Papá dedicándome un home run el día de mi cumpleaños. Papá llamándome todos los días para desearme buenas noches

cuando estaba fuera por algún partido. Papá organizando la cena de Navidad toda la ilusión del mundo. Papá adivinando mis estados de ánimo con solo una mirada...

¿Qué va a ser de mi vida sin papá? ¿Qué va a ser de él cuando la enfermedad se lo lleve?

—Harper, me estás asustando. ¿Qué ocurre?

La voz de Lena me despierta de mi ensimismamiento y la miro. Ya no lloro, pero noto escozor en los ojos. Seguro que los tengo irritados y enrojecidos.

—¿Y Adam?

—No está, ha quedado con los chicos. —Me acaricia el brazo de forma tranquilizadora—. Cuéntame que te pasa.

Tomo aire, lo dejo ir espacio y empiezo a hablar:

—¿Recuerdas que hoy había quedado con mis padres? —pregunto con la voz tomada.

—Sí, te dije que les dieras recuerdos de mi parte. Ya sabes que les adoro. ¿Por? —Me mira y su rostro se oscurece—. ¿Están bien?

—Papá... —La voz se me rompe al nombrarle—. A papá le han diagnosticado Alzheimer.

Lena parpadea y niega con la cabeza, como si no acabara de creerse la noticia que le acabo de dar.

—¿Alzhéimer? Pero eso es imposible. Es joven, está sano... Eso no tiene ningún tipo de sentido. ¿Y el diagnóstico es definitivo? ¿Ha pedido una segunda opinión?

—Por lo que me ha dicho no hay duda —Hago un pequeño encogimiento de hombros—. Han venido a Nueva York para hablar con un especialista del Presbyterian.

Los ojos de Lena se aguan. Puedo ver que está haciendo verdaderos esfuerzos para no romper en llanto ella también. Sé que quiere a mis padres casi como si fueran suyos, porque desde la universidad siempre le han tratado como parte de la familia. Incluso ha pasado navidades y vacaciones con nosotros.

—Lo siento, Harper. No sabes cuánto lo siento... —Traga saliva y se muerde el labio—. ¿Cómo está él?

—Bien. Ya sabes cómo es papá: todo optimismo. De hecho, me ha tenido que consolar él a mí. Pero se le veía tranquilo, sereno, hecho a la idea.

—Tu padre es un ejemplo a seguir en todo —dice con una sonrisa triste—. ¿Y tu madre?

—También se la veía entera. Supongo que ellos han tenido semanas para digerir la noticia. Yo tengo la sensación de que no lo conseguiré nunca.

—Es normal, nena. Además, supongo que será duro verlo todo desde la distancia.

Ahí está. Una de las cosas en las que no había pensado y que de repente me dejan el estómago del revés. Voy a perderme los últimos años lúcidos de mi padre. Él en San Francisco y yo en Nueva York...

Doy un sorbo a la infusión reflexionando sobre ello. No puedo permitirme eso. No puedo quedarme aquí mientras él se va a apagando poco a poco ahí. Tengo que estar a su lado, disfrutar de todas sus sonrisas y abrazos antes de que se terminen.

Hay veces en las que uno sabe que debe tomar una decisión sin necesidad de hacer listas de pros ni contras, sin la necesidad de pensarlo demasiado. Hay veces en las que uno sabe que debe tomar una decisión porque es la correcta.

—Lena. —Ladeo la cabeza para mirarla a los ojos—. No puedo quedarme en Nueva York. Tengo que marcharme a San Francisco.

Ella asiente. Veo la tristeza en el fondo de sus ojos, pero sé que lo comprende.

—¿Soy egoísta por pensar que no quiero que te vayas? —pregunta cogiéndome de las manos—. ¿Qué voy a hacer sin ti? Eres mi guía espiritual. Mi hermana.

—Y tú la mía. Yo tampoco quiero irme. —Y lo digo de verdad.

Marcharme de Nueva York, la ciudad que me ha acogido estos últimos años, es lo último que quiero. Pero para ser honestos, ahora es un buen momento para hacerlo. No hay nada que me ate aquí. Aún no he encontrado un trabajo ni un piso. Si hay un buen momento para hacer este traslado, es ahora.

¿Y Jake?

La voz de mi consciencia me lanza su nombre haciendo que todos mis muros se tambaleen. Esos muros que se han mantenido alzados esta semana para no enfrentarme a lo que siento por él.

Unas lágrimas resbalan por mis mejillas de nuevo y Lena me abraza.

—No te preocupes, cielo. Encontraremos la forma de vernos. Si tú no puedes venir aquí, yo iré allí siempre que pueda.

—No es eso... —Me limpio las lágrimas con la manga del jersey—. Dios, hay algo que te he escondido estas últimas semanas, y me da tanta vergüenza contártelo...

Ella quita sus brazos de mi cuello y me mira con el ceño fruncido.

—¿Vergüenza? Harper, tú y yo no tenemos secretos. No hay nada que puedas contarme que yo no pueda entender.

—Esto sí, créeme.

—Prueba a ver.

Cojo aire, lo dejo ir despacio y digo en voz alta lo que aún no he sido capaz de decirme a mí misma:

—Estoy enamorada de Jake.

La primera reacción de Lena es la de abrir mucho los ojos. Luego, abre la boca, pero ni una sola palabra sale de ella. Le sigue un movimiento de cabeza y un fruncimiento del entrecejo. Y al final, parpadea confusa y pregunta:

—¿Qué?

—Lo que has oído: Estoy enamorada de Jake.

—¿De qué Jake?

—Del multimillonario y rebelde con el que vivo. De Jake Lawler.

Vuelve a parpadear, visiblemente incrédula.

—¿Y estás segura de eso? —Hace la pregunta mirándome de tal manera

que, no sé por qué, me da la risa tonta.

Rio y lloro a la vez mientras Lena me observa sin entender nada.

—Pero tú odias a Jake —añade.

—Odiaba a Jake —rectifico.

—¿Y cuándo has dejado de odiarlo en presente para pasar a odiarlo en pasado?

—Es una historia larga de contar...

Y así es como desvelo toda nuestra historia a Lena. Ella me escucha sorprendida, como si no acabara de creerse que lo que le estoy contando sea cierto. Cuando termino, sus ojos siguen mostrando recelo.

—No me lo puedo creer. Siempre he pensado que algo entre vosotros dos sería como juntar dos elementos incompatibles. No sé, como poner un mentos en una botella de Coca Cola. —Hace un movimiento expansivo con las manos, como si algo acabara de explotar—. Ya me parecía raro que pudierais convivir sin tiraros los trastos por la cabeza...

—Lo sé, Lena. Pero Jake no es como yo pensaba que era. O sí, pero es mucho más que eso.

Le relato todo: su pasión por la fotografía, sus ansias por hacerme sonreír, la excursión que preparó a Lake George para animarme, esa

sensibilidad que esconde bajo un escudo de mujeriego superficial...

—¿En serio me estás hablando del mismo Jake Lawler que ambas conocemos?

—Sé que parece mentira, pero Jake es mucho más de lo que muestra. Es también todo lo que esconde.

Tras escuchar mi última frase, Lena me mira sobrecogida. Una sonrisa tierna se dibuja en sus labios.

—Lo quieres. Lo quieres de verdad —sentencia.

Me tapo la cara por la vergüenza. Porque sí, lo quiero. ¡Joder! ¡Lo quiero mucho! Lo quiero más de lo que he querido nunca a nadie. Lo quiero incluso más de lo que en su día quise a Gabe. ¿Cómo es posible? Con Gabe estuve cinco años, con Jake ni siquiera he empezado a salir de forma oficial.

La medida del amor tiene poco que ver con el tiempo.

—Es ridículo, ¿no? —pregunto llena de vergüenza.

—Hombre, no te negaré que estoy sorprendida. Y es posible que en otras circunstancias llamase a un frenopático para que te encerrasen por falta de estabilidad mental. Pero tras lo que me has contado, puedo comprender que te hayas enamorado de esa versión de Jake.

Resoplo y arrugo la nariz.

—Supongo que en el fondo lo que yo siento ahora da igual. Porque debo marcharme a San Francisco. Debo estar al lado de mi padre.

—¿Qué siente él por ti?

Buena pregunta. ¿Qué siente Jake por mí? Revivo sus ojos de la otra noche en la habitación del hotel y me estremezco.

—No lo sé. —Niego con la cabeza—. Y en el fondo supongo que eso no importa. Porque Jake no es de los que se comprometen, y aunque así fuera, una relación a distancia sería imposible. Él en Nueva York... Yo en San Francisco... No funcionaría.

Lena afirma con la cabeza, pero no rebate mi observación, porque si hay algo que nos ha unido a Jake y a mí ha sido el roce, el contacto. En el momento que esto desaparezca todo se volverá demasiado complicado.

—¿Y qué piensas hacer? —Me aparta un mechón de pelo tras la oreja y me da un beso en la mejilla.

—Supongo que lo único que puedo hacer.

Jake

—Adam, Evan, tengo algo que decirlos. —Hago una pausa dramática asegurándome que tengo su completa atención. Ambos me miran con curiosidad. Estamos en casa de Evan, sentados en el sofá de su salón con unas copas en la mano y lo que estoy a punto de confesar me da un vértigo de la ostia. Pero tengo que hacerlo. Necesito hacerlo—: Chicos, me he enamorado.

Tras mi anuncio, Adam levanta las cejas con interés y Evan aprieta los labios intentando disimular una sonrisa sarcástica.

—Creo que no te he entendido bien. —Adam se frota el mentón—. ¿Puedes repetirlo?

A su lado, Evan suelta una risita.

—Creo que con decirlo una vez es suficiente.

—Es que me ha parecido entender que te has enamorado. Pero eso es imposible. Porque Jake Lawler no tiene corazón y no se enamora nunca. O eso me dijiste cuando yo te confesé que lo estaba de Lena.

—Vale, me lo merezco. —Levanto las manos a modo de rendición—.

Tienes razón, nunca creí que pasaría, pero ha pasado. Y aunque estoy seguro de que te mueres de ganas de burlarte de mí por todas las veces que yo me he burlado de ti, si os he explicado esto es porque necesito vuestra ayuda.

—¿Nuestra ayuda? —Evan da un trago a su copa.

—Sí, vuestra ayuda. Porque no sé cómo gestionar lo que siento.

Adam me mira en silencio y Evan sigue disimulando una sonrisa de forma petulante.

—A ver, creo que antes de entrar en el cómo sería interesante conocer el quién. ¿Quién es la afortunada? —pregunta Adam.

—Eso, eso, ¿quién es? —secunda Evan que, estoy convencido, ha adivinado el nombre de la chica desde el principio—. ¿La conocemos?

El muy cabrón me mira sonriente, a sabiendas que esto será causa de discusión con Adam. Le lanzo una mirada asesina antes de responder:

—Sí, la conocéis. Es... —Trago saliva—. Es Harper.

—¡¡No!! —Adam deja la copa sobre la mesa de centro y se echa hacia delante para señalarme con un dedo acusador—. Harper está prohibida, ¿recuerdas? La veté hace años, cuando empecé a salir con Lena.

—No es como si lo hubiera programado. Ha pasado y ya está.

—¿Qué ha pasado? —Adam me observa con el ceño fruncido y la tensión agarrotando los músculos de su rostro.

—Todo lo que puede pasar entre un hombre y una mujer que se atraen —respondo sin entrar en detalles.

—Joder, Jake. Tienes a millones de mujeres a tu disposición. ¿Has tenido que elegir a la única que te dije que dejaras en paz? Es la mejor amiga de Lena, cuando se entere de lo nuestro va a querer castrarte y yo no voy a impedirselo.

—No creo que quiera hacer eso, porque su amiga está muy contenta con el pequeño Jake. —Señalo mi entrepierna con orgullo.

—¿Pequeño Jake? ¿En serio? ¿Así llamas a tu polla?

—Es un cutre, ya se lo dije el otro día —le secunda Evan negando con la cabeza.

—A mí me parece un buen nombre —me quejo.

—Partiendo de la base de que poner nombre a un pene es ridículo de por sí, el tuyo se lleva la palma.

—Totalmente de acuerdo, tío. —Evan y Adam chocan los cinco y yo resoplo porque nos hemos desviado del tema a base de bien.

—Podemos centrarnos en lo mío con Harper, ¿por favor?

—Por supuesto —Adam me mira muy serio—. Olvídate de ella, Jake, lo vuestro no saldrá bien.

Suelto un suspiro. No es que no esperase resistencia, pero la verdad es que también esperaba un poco de empatía.

—No voy a olvidarme de ella, Adam. Estoy enamorado hasta las trancas. Y tampoco espero tu aprobación, ni la de Lena. Solo quería compartir esto con vosotros porque pensaba que me entenderíais y que podríais echarme un cable para que no la cague con ella.

Adam me mira muy atento, como si quisiera leerme el pensamiento. Finalmente, sus facciones parecen relajarse un poco.

—¿En serio te has enamorado de Harper? —pregunta. Afirmo con la cabeza y puedo ver como una expresión de asombro se dibuja en su cara—. No me lo puedo creer, ¡Jake Lawler enamorado! ¿Estás seguro de que eso no puede crear algún tipo de incompatibilidad a nivel cósmico? Por ejemplo, que se abra un agujero negro y nos engulla a todos o algo así.

—Ja, ja ja. —Exagero una risa irónica—. ¿Me vais a ayudar o no?

Adam me mira unos segundos evaluándome de nuevo. Finalmente, afirma con la cabeza.

—Está bien. Digamos que lo acepto. ¿Qué necesitas?

Le miro con alivio. Tener su aprobación era justo lo que quería. Y sin más, les explico todas las dudas que tengo...

Harper

Cuando salgo de casa de Lena lo hago con un nudo en la garganta y un peso en el pecho. He tomado una decisión que duele, pero sé que es la decisión correcta. Cuando la vida te pone entre la espada y la pared tienes que buscar una solución y no siempre esta acaba siendo de tu agrado.

Cojo un taxi y regreso al apartamento. Entro en el hall del hotel, saludo al recepcionista de pasada y me dirijo directa al ascensor. Pongo la llave en el panel correspondiente y espero a que suba. Lo hago con el maldito nudo apretando cada vez más fuerte mi garganta.

Salgo del ascensor, abro la puerta del apartamento y entro. Está todo oscuro y por un momento pienso que Jake aún no ha regresado de su noche con los chicos, algo que me hace soltar un suspiro de alivio. Ya sé que la procrastinación no soluciona nada, pero ahora mismo me parece una tregua necesaria.

Dejo atrás el salón y entro en mi habitación. En cuanto abro la puerta me encuentro con algo que no esperaba. Algo que me hace comprender al instante que no estoy sola. Del techo cuelgan unas cuerdas llenas de fotos, la mayoría mías. Está la foto que Jake me hizo mientras dormía hace unas

semanas. También hay muchas instantáneas de la excursión que hicimos Jake y yo al Lake George. Aunque las que más me sorprenden son las fotos robadas hechas con su móvil en las que salgo haciendo cosas cotidianas como preparar café o leer un libro.

Soy consciente de que parezco tonta mirando las fotos con la boca abierta, fascinada, pero este me parece un gesto tan bonito que soy incapaz de apartar la mirada de ellas.

—¿Te gustan? —La voz de Jake me llega desde la derecha y me giro para mirarle.

El corazón me da un vuelco y no puedo evitar pensar en lo atractivo que está hoy con los vaqueros ceñidos y una blusa negra perfectamente ajustada a su torso.

—¿Qué si me gustan? Son preciosas, Jake.

Estiro el brazo y cojo una al azar. Es una de las pocas donde salimos los dos y estamos sobre su cama una noche en la que le convencí para ver una de mis películas preferidas de pequeña: HOOK: El Capitan Garfio. Estamos en pijama y él tiene una palomita de caramelo sobre el puente de la nariz mientras yo intento sujetar un regaliz rojo sobre mis labios a modo de bigote.

—Ya sabes que no me gusta enseñar mis fotos. Pero contigo es distinto. Contigo todo es distinto.

Sus palabras me hacen apartar la mirada de la foto para fijarla en él.

—¿Qué significa todo esto, Jake?

Sus ojos verdes relucen de una forma especial.

—Harper, estoy enamorado de ti. Nunca creí que diría algo así a una mujer, y menos a una tan cabezona como tú, pero ya ves, a veces la vida da muchas vueltas y aquí me tienes, loco por comprometerme contigo, por demostrarte que...

—Jake... —intento interrumpirle con el corazón acelerado y el estómago revuelto al intuir lo que está haciendo.

—...por demostrarte que voy en serio contigo, que lo que siento por ti no es un capricho, que es real. Que estamos hechos a la medida del otro, para hacernos mejores, para crecer juntos. Harper, eres la única que...

—Jake... —repito un poco más fuerte. Creo que de un momento al otro voy a empezar a hiperventilar.

—... eres la única capaz de hacerme creer en el amor, y eso que hace apenas unos meses solo mencionar esa palabra me producía urticaria...

—¡¡Jake!! —grito consiguiendo que, por fin, deje de hablar—. Jake, por favor no sigas —suplico.

Jake frunce el ceño y me mira sin comprender.

—¿Qué pasa? No sabes lo que me ha costado decir todo lo que he dicho —se queja visiblemente nervioso—. Ha sido demasiado, ¿verdad? No sé porque me he dejado aconsejar por esos dos idiotas, ya les he dicho que ese discursito era muy moñas, pero...

—Jake, el discursito está bien. No es eso, es que... Dios... —Me tapo la cara incapaz de seguir hablando y, segundos después, me echo a llorar.

La situación me supera y las lágrimas escapan de mis ojos de forma descontrolada. En un solo día estoy llorando lo que no he llorado en años.

Jake se acerca y se queda frente a mí sin saber muy bien qué hacer o que decir. Sé que le cuesta actuar en estas situaciones. Que no soporta ver llorar a una mujer. Pero ahora mismo tengo tantos sentimientos encontrados navegando en mi pecho que no puedo actuar de otra forma.

—Sabía que lo mío no eran las declaraciones de amor, pero tampoco pensaba que lo hiciera tan mal.

Sé que lo ha dicho para hacerme reír, para quitar hierro al asunto, pero esta vez no ha funcionado, porque sus palabras aún me hacen llorar más fuerte.

No esperaba que Jake me dijera esto justo hoy, justo ahora, justo cuando más necesito ser valiente, porque debo poner punto y final a lo nuestro.

Miro las fotos que ha colgado en la habitación a través de las lágrimas y se me encoge de nuevo el corazón mientras maldigo al destino por lo que le ha hecho a mi padre. Por llevárselo, aunque sea poco a poco. Por trastocar mi vida de esta manera y de forma irreversible.

Trago saliva e intento limpiarme las lágrimas. Camino hacia la cama y me siento intentando recobrar la compostura. Jake me sigue y se sienta a mi lado.

—Harper, ¿qué pasa?

—Jake, mi padre tiene Alzheimer. —Decido ser directa, no andarme por las ramas con alguna introducción interminable. No se lo merece, ni yo tampoco—. Por eso ha venido a Nueva York. Y por eso tengo que marcharme con él a San Francisco.

Veo el impacto de mis palabras en la forma en la que se contraen los músculos de su rostro y su expresión cambia. Es mucha información de golpe y si yo aún no la he digerido, supongo que a él le costará mucho más hacerlo.

Se levanta de la cama y empieza a andar de un lado al otro de la habitación tocándose el pelo y acariciándose el mentón, con nerviosismo. Cuando parece tranquilizarse, vuelve a sentarse a mi lado y pregunta con voz queda:

—¿Cómo está él?

—Bien, sorprendentemente bien.

—¿Y tú? ¿Tú cómo estás?

—Haciéndome a la idea aún.

—Joder, Harper... —Resopla y coloca una mano sobre la mía, que está en mi regazo—. Lo siento. Lo siento mucho. De haber sabido algo sobre lo de tu padre no hubiera montado esta tontería —dice señalando las fotos colgadas en las cuerdas.

—No es ninguna tontería, es precioso, y en otras circunstancias me sentiría la mujer más especial del mundo. Pero en las últimas horas mi vida ha dado un vuelco de 180° y debo ser consecuente con ello.

Sus cejas se arquean suavemente y me mira con intensidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Jake, como ya te he dicho, voy a tener que mudarme a San Francisco.
¿En qué lugar nos deja eso?

Jake se muerde el labio y afirma con la cabeza, despacio. Parece meditar mis palabras y mi pregunta.

—¿Qué sientes por mí? —Sus ojos me atraviesan interrogativos.

—¿Acaso eso importa? —Intento rehuir su pregunta con otra pregunta.

—Claro que importa. Ese es justo el kit de la cuestión.

—No, Jake, no lo es. —Me levanto de la cama frustrada y me paso una mano por el pelo mientras le miro con los ojos brillantes por la angustia—. Que te diga que yo también me he enamorado de ti y que me gustaría darle una oportunidad a lo nuestro no cambia el hecho de que yo tenga que irme a San Francisco y tú tengas que quedarte en Nueva York.

Sus ojos relucen.

—Pero podemos buscar la manera de que funcione a pesar de la distancia.

Una risa amarga escapa de mi garganta.

—Jake, hasta hace dos meses te acostabas con una tía distinta cada fin de semana y eras incapaz de pensar en la monogamia como una opción a tener en cuenta. ¿Y ahora quieres que intentemos mantener una relación a distancia? Ambos sabemos que no funcionaría. Acabaría estropeándose. Y no quiero que nos hagamos promesas que no podamos cumplir, porque lo que me llevo de lo que hemos vivido es demasiado bonito como para estropearlo con un final desastroso.

—Entonces, ¿tú que propones? ¿Qué lo dejemos sin más? —pregunta mirándome con enfado.

—No se me ocurre otra manera de hacerlo, Jake. Desde Nueva York a San Francisco hay más de 4.000 kilómetros de distancia.

—Podríamos intentarlo. Hoy en día con los móviles e internet la distancia es relativa. Además, podría viajar a San Francisco de vez en cuando para verte, mi horario de trabajo es flexible.

—No estás siendo sensato, Jake.

—Y tú estás siendo un cobarde al elegir la opción más fácil —me ataca levantándose él también de la cama para ponerse frente a mí.

—Estoy siendo razonable. Una relación a distancia ni siquiera es una opción. Además, ¿qué somos? Hasta hace unos días solo nos acostábamos, sin etiquetas. ¿Ahora quieres que nos pongamos una a toda prisa? ¿No te das cuenta de que es demasiado precipitado?

Gruñe, aunque no me lleva la contraria. Sé que en el fondo sabe que tengo razón. Que una relación a distancia a estas alturas es inviable. No estamos preparados. Lo que hemos construido aún es demasiado frágil para dar ese paso. A las parejas con bases sólidas ya les cuesta hacer esa transición. Nosotros ni siquiera tenemos una base.

—No quiero que desaparezcas de mi vida —murmura negando con la cabeza.

—Ni yo que desaparezcas de la mía. Y no tenemos por qué hacerlo. Podemos coger todo esto que hemos construido y darle otra forma, una que nos permita tener nuestra vida y seguir manteniendo el contacto —le digo mirándole con pena infinita.

No puedo evitar pensar en lo que significaría eso.

Supongo que al principio nos llamaríamos y mandaríamos mensajes a diario, pero, poco a poco, esas llamadas y mensajes se irían espaciando en el tiempo. Hasta que un día aparecería en su vida otra mujer, una mujer perfecta y preciosa con la que podría mantener un noviazgo, casarse y tener hijos. Alguien que no viviría a kilómetros de distancia y que no tendría que lidiar con la enfermedad de su padre.

El simple pensamiento de ese futuro posible me revuelve el estómago. No quiero que conozca a otra mujer. No quiero que se case ni que tenga hijos con otra. Pero tampoco tengo una alternativa que ofrecerle.

—Jake, ¿puedo pedirte un favor? —pregunto cogiéndole de la mano.

—Claro, el que quieras —responde con la voz tomada.

—Hazme el amor, por favor —le pido con los ojos brillantes.

Jake me mira con intensidad, afirma lentamente con la cabeza y me besa. Me besa de forma delicada, colocando sus labios sobre los míos y ejerciendo

presión. Rodea mi cintura y me aprieta contra su cuerpo. Es un beso sentido, un beso que dice todo lo que sienten nuestros corazones. Suelto un suspiro de alivio cuando siento su pecho contra el mío y su olor inunda mis sentidos. Su olor me produce un placer inexplicable. Me hace sentir en calma.

Encadenamos un beso con otro. Primero solo son un roce, luego la lengua entra en acción y nuestras respiraciones se aceleran. Sus manos empiezan a subir y bajar por mi cuerpo. Siento como la erección crece en sus pantalones, ya que estamos tan pegados el uno al otro que puedo sentir el bulto en mi vientre.

Deja de besarme para desnudarme. Tira del borde de mi jersey hacia arriba, subo los brazos y dejo que me lo quite por la cabeza. El cabello cae despeinado sobre mi piel.

Yo decido imitarle, desabrocho su camisa botón a botón y dejo que resbale hacia el suelo. Acaricio su pecho y me muerdo el labio observando ese torso perfecto que tan loca me vuelve. Pero Jake no me deja hacerlo durante mucho tiempo, porque enseguida, me coge de la cintura y me sienta en el borde de la cama.

Se pone de rodillas frente a mí y tira de los pantalones hacia abajo, quitándomelos de un tirón. No espera a que yo haga lo mismo con él, porque se deshace de sus pantalones con un movimiento. Ahora ambos estamos en

ropa interior.

Aún de rodillas, sonrío y me desabrocha los corchetes del sujetador. Este cae hacia delante dejando a la vista mis pechos.

Jake se deshace de él tirándolo a un lado y entierra su rostro en ellos. Tiro la cabeza hacia atrás cuando empieza a besar y lamer uno de mis pezones. Besa, sopla y muerde. Jadeo. Repite la secuencia con el otro y noto como entre mis piernas el placer va concentrando las ganas.

Sus besos van desplazándose hacia abajo, siguiendo la línea de mi abdomen hacia mis braguitas. Empieza a besarme y morderme por encima de la tela, consiguiendo que me ponga a cien y que acabe con la espalda apoyada contra el colchón, completamente expuesta a él.

Noto como me quita las bragas y siento sus caricias en mi piel. Su lengua me lame con avaricia y yo gimo porque Jake sabe perfectamente que tiene que hacer para que pierda el sentido.

Lame y muerde llevándome directa al orgasmo. Cuando lo siento llegar, agarro la colcha entre mis puños cerrados y dejo escapar un gemido. Cierro los ojos y tiemblo.

Cuando los vuelvo a abrir, Jake ya está de pie, sin bóxers. Se ha puesto un condón y me mira con deseo. Me pide que me levante y se sienta en la cama con la espalda apoyada en el cabecero.

—Ven —susurra haciendo un gesto con el dedo índice para que me acerque.

Obedezco y una vez llego, me coge de la cintura y me coloca sobre su regazo.

—Quiero que lo hagamos así —me susurra al oído—. Quiero sentirte entera y mirarte a la cara cuando te corras.

Jadeo contra su clavícula y empiezo a jugar con su miembro en mi entrada. Me balanceo hacia delante y hacia atrás, dejando que resbale entre mis pliegues. Hasta que él se cansa del juegucito, me coge de las caderas y me penetra.

Nuestros pechos están pegados y no dejamos de besarnos mientras doy pequeños votes sobre él. Jake coloca sus manos en mis glúteos y marca el ritmo.

No es una postura complicada como otras que hemos practicado, pero es íntima, preciosa. Puedo sentir su corazón desbocado en mi piel y sentirlo entero.

Salgo y entro una vez tras otra, cada vez más rápido. Pronto vamos a explotar, lo sé. Conozco la forma en la que funcionan nuestros cuerpos.

Jake también lo sabe, por eso, cuando presagia que estoy a punto de

corrermelo, cuela una mano entre nuestros cuerpos y estimula mi clitoris hinchado. Sabe que eso siempre multiplica por dos mi placer.

Dejamos de besarnos para mirarnos a la cara. La forma que tiene de mirarme es la misma que pone cuando hace una fotografía. Y sé, sin necesidad de que me lo diga con palabras, que eso es lo que está haciendo justo en este momento: creando una fotografía mental para la posteridad.

Me corro y, segundos después, se corre él también. Ambos jadeamos, gruñimos, gritamos, nos dejamos llevar por el placer que sentimos.

Un placer que, pese a ser efímero, recordaremos para siempre.

Jake

A veces me pregunto quién debe estar ahí arriba moviendo los hilos de mi vida, porque seguro que el muy cabrón se lo debe pasar jodidamente bien a mi costa. Siempre he huido de las relaciones estables, del amor y de todas esas cursiladas que creía un invento de los grandes almacenes para vender más en San Valentín. Pero no, resulta que el amor existe, tiene el pelo del color del fuego, veintiuna pecas en el puente de la nariz y va a marcharse a vivir a San Francisco, a más de cinco horas de vuelo de distancia de Nueva York.

Resoplo una vez más y me llevo el gin-tonic a la boca para darle un sorbo distraído. Estoy en casa de mis padres, hoy es sábado y hemos quedado para cenar. Habían invitado también a Harper, pero no ha podido venir. Está acabando de empaquetar sus cosas.

Ayer estuvo mirando vuelos y descubrió que había asientos libres en el de sus padres, así que compró un billete y se ha pasado todo el día empaquetando sus cosas con ayuda de Mara. Según ella, no quiere demorar la agonía. Y a mí la sola idea de no volver a verla me duele en la boca del estómago.

Harper ha sido un revulsivo en mi vida estos últimos meses. Ha sido el motivo por el que llegar a casa era uno de los momentos más maravillosos de mi día. Me gustaba abrir la puerta y encontrar sus cosas por el salón. Me había acostumbrado a su presencia, a su olor, a sus comentarios sarcásticos y sus programas de reformas. Al sexo a cualquier sitio, a cualquier hora, en cualquier momento. A su risa y su forma de arrugar la nariz. A ella en todas sus facetas.

—Jake, ¿qué te pasa? Estás distraído —dice mi padre llamando mi atención.

Levanto la cabeza y lo observo. Estamos solos. Mamá está en la cocina, pues hoy le apetecía preparar una de sus recetas especiales ella misma sin ayuda de la cocinera. Por lo que hace a Sarah, no ha llegado aún.

—No me pasa nada, ¿por?

—Por qué te he hecho una pregunta y no me has contestado.

—Lo siento. —La verdad es que estaba tan abstraído con mis pensamientos que ni le he escuchado—. ¿Qué me has preguntado?

—Te he preguntado por qué no ha podido venir Harper.

Le miro sintiéndome en una encrucijada. ¿Le digo la verdad y me enfrento una vez más a lo que significa perder a la única mujer de la que me

enamorado en mi vida o me invento algo para rehuirlo?

No estoy en mi mejor momento para ir inventando mentiras y, además, tarde o temprano se va a enterar de la verdad, así que doy un trago a la copa y respondo:

—Está empaquetando todas sus cosas. Se marcha del apartamento.

Papá frunce el ceño y su mirada se vuelve hostil. Parece decepcionado. No es la primera vez que me mira de esa manera, al fin y al cabo, le he decepcionado en diversas ocasiones.

—¿Qué le has hecho? Jake, Harper es una mujer estupenda. Inteligente, bonita y simpática. A tu madre y a mí nos encanta. Además, desde que estás con ella has madurado, algo que deberías haber hecho hace años. ¿Y ahora vas a dejarla marchar?

No puedo creer lo que estoy escuchando. Parpadeo sintiéndome confuso, y un poco cabreado. Ya estoy triste con la situación, ¿es necesario que me hunda más en el pozo?

—Papá, yo no le he hecho nada. Harper se va a San Francisco porque su padre está enfermo y quiere vivir en la misma ciudad que él, no porque le haya hecho nada malo, ¡joder! —Dejo el vaso sobre la mesa de centro en el mismo momento que suelto el exabrupto y unas gotas de bebida saltan por los aires—. Además, tampoco estábamos juntos. O no de forma convencional.

Es... complicado. —Trago saliva y añado en voz más baja—: Yo tampoco quiero que se vaya.

—¿Y no hay nada qué puedas hacer para retenerla a tu lado? —pregunta muy serio.

—Papá, se trata de su padre. No es que no pueda retenerla, es que no debo. Ella quiere estar a su lado, y la comprendo. Si tu vivieras a la otra punta del país y te pasara algo, yo también querría estar contigo.

No somos muy dados a las muestras de afecto en esta familia, pero parece comprender mis palabras porque afirma con la cabeza y sus facciones se relajan.

—¿Y vas a dejar que se marche sola?

Su pregunta me pilla desprevenido. No me esperaba un comentario así.

—¿Qué quieres decir?

—Si ella no puede quedarse, ¿por qué no te marchas tú con ella?

—¿Marcharme yo? ¿Y cómo pretendes que asista al trabajo y a las mil reuniones que tenemos a diario? ¿Por holograma?

Papá se afloja la corbata y tira su cuerpo hacia delante, mirándome muy serio.

—Hijo, creo que ha llegado el momento de hablar de ti y de tu papel en la empresa. —Respira hondo antes de proseguir—: Si no hemos tenido esta conversación antes es porque llevas años comportándote como una persona inmadura incapaz de pensar en nada más que en la juerga del fin de semana. Pero estos meses tu madre y yo hemos notado una mejoría en ti, y creo que es el momento de abordar el tema.

—¿Qué tema, papá? No te entiendo...

—No voy a dejar que dirijas la cadena hotelera cuando me jubile. Quiero que lo haga Sarah.

Su confesión me sienta como un jarro de agua fría. Nunca he querido asumir esa responsabilidad, de acuerdo, pero su negativa me sienta como una patada directa en el estómago.

—¿Qué estás diciendo? Llevas años hablando sobre el momento en el que te jubiles para dejarme al mando de la empresa. Estudié lo que estudié por ti. ¿Y ahora me vas a decir que todas las decisiones que he tomado en mi vida han sido por nada?

—Durante mucho tiempo tuve la intención de dejarte el negocio, es cierto. Pero hace unos años comprendí que era un error. No tienes ilusión por seguir con mi sueño, y no soy nadie para obligarte a hacerlo. Tu vida es tuya, no mía, y solo tú puedes decidir qué quieres hacer con ella. Y sé que

pasarte toda tu vida encerrado en un despacho mirando informes y balances no es lo que quieres hacer.

—Pero papá...

—Sarah se ha interesado por el negocio desde pequeña. Sé que lo hará bien, aunque ahora sea una adolescente con la cabeza llena de pájaros. Pero crecerá y se convertirá en una buena gestora. Con su creatividad y sus ganas, dirigirá el hotel de la mejor manera posible, estoy convencido.

—¿Cuánto hace que piensas así?

—No sé... ¿dos años?

—¿Y me lo dices ahora? —pregunto frustrado—. ¿Para qué me implicado tanto todo este tiempo si pensabas dejarme fuera?

—No pienso dejarte fuera. Seguirías siendo accionista y teniendo tus dividendos, además de poder asistir a todas las juntas. Solo te doy libertad para dejar el trabajo en la oficina y buscar tu propia vocación, además, sé que la tienes.

Es tanta la información de golpe que no sé muy bien cómo enfrentarme a ella. Todo esto cambia por completo el paradigma de estos últimos años.

—No lo entiendo, papá, no entiendo porque no me has dicho esto antes, porque has esperado tanto...

—He esperado al momento adecuado. Quizás me equivoque, pero tengo la sensación de que has cambiado, que has madurado. Y es ahora, justo ahora, que debes tomar la decisión de qué quieres hacer con el resto de tu vida. —Sonríe de forma enigmática—. Sé que tienes un cuarto oscuro lleno de fotos maravillosas que escondes al mundo por miedo. Puede que haya llegado el momento de sacarlas a la luz y hacer de eso tu profesión.

Le miro alucinado.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—¿De verdad crees que dejaríamos que nuestros hijos vivieran solos sin tener a nadie con vosotros para controlarlos? Mara y Sherri nos informan todas las semanas sobre lo que hacéis o dejáis de hacer. —¿Mara es una traidora? Alucino... Sherri es la asistente de mi hermana Sarah—. Hace años que Mara nos pasa por contrabando alguna de tus fotos para que admiremos tu trabajo y tu evolución. Tengo que decir que tienes mucho talento, Jake. No deberías desperdiciarlo por más tiempo.

—Yo... No sé qué decir —digo sintiendo como la cabeza me da vueltas.

Necesito digerir todo lo que papá ha dicho. Digerirlo, entenderlo y tomar decisiones. Pero ahora mismo soy incapaz de pensar con claridad.

—No tienes por qué decir nada. Tampoco quería abordar el tema de esta manera, pero creo que la situación lo requería. No puedo ver como dejas

marchar a la mujer de tu vida solo porque piensas que debes estar aquí haciendo algo que en realidad no quieres hacer. Acabaría detestándome por ello.

Papá es un gran hombre. Siempre lo he dicho y siempre lo diré. El dinero nunca se le ha subido a la cabeza pese a adorar los lujos y los excesos.

—¿Y si no es la mujer de mi vida? —pregunto acojonado.

—Lo es.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Por qué la miras como yo miraba a tu madre cuando la conocí. Como si pudiera encontrar en ella todas las respuestas a las preguntas que alguna vez me había hecho.

Y esto es justo lo único que necesito escuchar para tomar la decisión que cambiará mi vida para siempre.

Harper

Tengo que irme hacia el aeropuerto en menos de cinco minutos y no encuentro a Jake por ninguna parte. Sé que me dijo ayer por la noche que odiaba las despedidas, pero de eso a no decirme adiós por última vez hay un trecho. El taxi con mis padres me espera abajo y yo solo puedo pensar en la pena infinita que me hace irme sin ver a Jake una vez más.

Siento ruido en el salón y salgo corriendo de la habitación en la que estaba pensando que será él. Pero no, no es él. Es Sarah que, al verme, suspira aliviada.

—Pensaba que no llegaba a tiempo para despedirme. —Se acerca a mí y me abraza. Estas semanas hemos hecho muy buenas migas, y es que Sarah en el fondo es una chica estupenda—. Te echaré de menos, Harper.

—Y yo a ti, pequeña —susurro contra su pelo.

Cuando nos separamos, me doy cuenta de que tiene los ojos vidriosos. Está triste. Sabía que le había caído en gracia, pero nunca llegué a pensar que hasta tal punto.

—¿Podré ir a verte? —pregunta esperanzada.

—Por supuesto, cuando quieras.

El móvil vibra dentro de mi móvil y al cogerlo leo un mensaje de mamá. Me pregunta si voy a tardar mucho en bajar, que debemos marcharnos ya.

Respiro hondo y miro a lado y lado en busca de Jake. No está, el muy capullo no se ha dignado a venir. Incluso Gabe me llamó ayer por la noche para desearme suerte cuando le envié un mensaje explicándole mi marcha.

—¿Sabes dónde se ha metido tu hermano?

Sarah niega con la cabeza.

Maldito cabezón. Así que al final tendré que marcharme sin verle. Quería pedirle un último beso, un último recuerdo que endulce este final.

Los ojos me pican a causa de las lágrimas de rabia y decepción que pujan por salir a la superficie. No puedo permitírmelo, así que me limito a coger las dos maletas de ruedas que me llevaré en el avión a la espera de que Jake me mande el resto de cajas con mis cosas.

Espero que eso sí lo haga.

Intercambio un par de frases más con Sarah y me dirijo hacia la puerta. Antes de coger el pomo, me giro de nuevo hacia ella.

Es sorprendente lo mucho que se parece a su hermano. Estoy convencido de que Sarah a la que crezca será una rompecorazones como él.

—Sarah, ¿puedo decirte una cosa, aunque no quieras oírlo? —Mi pregunta parece sorprenderla, pero me invita a seguir con un movimiento de cabeza—. Eres una chica con una gran personalidad, no necesitas imitar nada de lo que hace el resto, porque por ti sola ya eres maravillosa. Tienes un gran potencial, no lo estropees intentando ser una más del rebaño. Sé tú, sin más, sin máscaras.

Sarah me observa en silencio. No dice nada, parece sopesar mis palabras. No sé si me he explicado bien o si para ella lo que le he dicho no tiene ningún tipo de sentido, pero espero que lo haga. Porque Sarah se merece más que ser una copia de sus amigas o sus compañeras de clase. Se merece ser ella, porque ella ya es increíble.

Me despido en la puerta y me dirijo hacia el ascensor, sintiendo que una parte de mi corazón se quedará aquí para siempre.

###

Una vez llegamos a la terminal en el aeropuerto, nos hacen pasar directos al avión. Somos de los últimos pasajeros en llegar, y es que hemos llegado con el tiempo justo para poder facturar las maletas y no perder el vuelo.

Para ser sincera conmigo misma, tengo que confesar que, durante unos minutos, mientras pasábamos la zona del control de seguridad, esperaba que Jake apareciera en cualquier momento para despedirse de mí y decirme que me quería. Ya sé que son sueños ñoños e imposibles, pero durante los minutos en los que he pensado que pasaría he sido muy feliz. Como si fuera la protagonista de una comedia romántica a lo Julia Roberts o Jennifer López, donde siempre existe un final feliz.

Me duele que todo haya terminado de esta manera. Me duele haber roto lo nuestro antes de empezar, no haber podido darle una oportunidad a nuestra historia. Es como si un escritor descartara la trama de una novela sin ni siquiera intentar escribirla, por mucho que esta tenga potencial.

Seguimos a la azafata por el interior del avión. Estamos sentados en filas distintas, ellos casi al fondo y yo por el medio. Me siento en mi sitio, al lado de una pareja de abuelos adorable que se cogen de la mano con ternura mientras miran el exterior a través de la ventanilla.

¿Es posible que sienta envidia de ellos? Si, es posible.

Durante lo que me parece una eternidad, el avión se pasea por la pista hasta que finalmente coge carrerilla y alza el vuelo. Como siempre, esos minutos de subida me ponen nerviosa, aunque racionalmente sepa que el avión es uno de los medios de transporte más seguros que existe. Cuando

llegamos a la altura correspondiente y se estabiliza, respiro aliviada.

A mi lado, la abuelita adorable me ofrece un caramelo de menta que declino con una sonrisa. Me pongo los auriculares y dejo que las canciones de los Beatles me acompañen mientras cierro los ojos y espero que el vuelo pase rápido. Sin muchas turbulencias, a ser posible.

No sé cuánto tiempo pasa cuando siento la presión de una mano sobre el hombro. Abro los ojos y me encuentro con una azafata moviendo los labios. Con la música atronando en mis oídos no la entiendo, así que decido quitarme los auriculares para poder escucharla.

—¿Es usted Harper Smith? —pregunta.

Afirmo con la cabeza un poco descolocada, ¿qué querrá de mí? ¿Habré hecho algo malo? Enseguida salgo de dudas:

—Este no es su asiento, señorita. Creo que se ha equivocado.

—Pero... —Estoy a punto de sacar el billete de embarque de la cartera para demostrarle a esta chica que la que se equivoca es ella, pero no me deja. Echa a andar por el pasillo del avión hacia la parte delantera y me veo obligada a seguirla. Dejamos atrás la clase turista y entramos en primera clase.

Se para justo delante de un par de butacas vacías y me señala una de

ellas.

—Su asiento es este, señorita Smith.

La zona de primera clase es mucho más espaciosa que la turista, y las butacas tienen pinta de ser mucho más cómodas, todo hay que decirlo. Pero no me parece bien aceptar este sitio cuando yo sé de sobras que el billete que compré tenía un asiento en clase turista.

—Oiga, creo que la que se equivoca es usted, porque en mi billete pone claramente que mi asiento es donde estaba sentada.

—Yo solo sigo órdenes. Por favor, siéntese. Si le parece, voy a traerle una copa de champán para que se relaje.

No puedo negarme a aceptar esa copa de champán, porque desaparece ágilmente tras la cortinilla. Genial, me ha dejado aquí sola y no entiendo nada.

Me siento en la butaca y la azafata no tarda en regresar, con una copa de champán y una hoja doblada que deja sobre una mesa abatible que abre frente a mí.

Cojo la hoja sin tener la remota idea de lo que me encontraré en ella. La desdoble y el corazón me da un brinco cuando leo su contenido:

Pequeño hobbit, espero que pases un buen vuelo. Sé que el alcohol

siempre consigue relajarte, así que cada vez que vacíes esa copa de champán te traerán una nueva...

Jake

No es que se haya currado mucho el mensaje, tampoco es que se trate de una declaración de amor inolvidable, pero aun así no puedo evitar emocionarme. Supongo que esta es su manera de despedirse de mí, de decirme adiós. Y aunque sigo echando de menos ese último beso, decido disfrutar de su regalo. Me bebo el champán de un solo trago y el estómago me burbujea.

—No tan rápido, pelirroja, que se te subirá a la cabeza —dice una voz a mi lado, una voz que distinguiría en medio de un concierto lleno de gente.

Me giro y en la butaca de al lado está Jake, sentado. Está guapísimo, vestido con una camisa azul cielo y unos vaqueros ceñidos. Parpadeo, desconcertada. Al sentarme no estaba. ¿Cuándo ha aparecido?

—Creo que estoy teniendo alucinaciones. No puedo haberme emborrachado con tan solo una copa, ¿no? —me digo a mí misma mientras sacudo la cabeza, como si espera que en cualquier momento el Jake que tengo al lado fuera a desaparecer.

—¿Se puede saber que estás haciendo?

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto aún desconcertada.

—¿Esta es tu forma de decirme que te alegras de verme? —Su sonrisa divertida me está empezando a poner de los nervios, porque sigo sin comprender nada. Hay demasiadas incógnitas ahora mismo abiertas.

—Jake, no juegues conmigo, creo que ahora mismo no lo soportaría. ¿Qué significa esto?

Sus ojos brillan llenos de luz. La situación parece gustarle. Yo sin embargo la odio, odio no saber lo que ocurre.

—Me voy a San Francisco, contigo.

—No me tomes el pelo, Jake Lawler. Dime la verdad —ordeno cogiéndolo del cuello de la camisa con tono amenazante.

—Ya te lo he dicho. He decidido mudarme a San Francisco.

—Eso no tiene ningún sentido.

—¿Por qué?

—Porque tú tienes toda tu vida en Nueva York.

—¿Y de qué sirve tener toda mi vida en Nueva York si tú no vas a formar parte de ella? —pregunta en un encogimiento de hombros.

—¿Y el trabajo?

—Lo he dejado.

Niego con la cabeza. No puede ser, ¿se ha vuelto loco?

—¿Te has vuelto loco? —pregunto en voz alta.

—He tomado las decisiones que llevo postergando hace años, Harper. Tenías razón cuando decías que tenía que perseguir mis sueños y no conformarme con la vida que me venía dada. Y eso es lo que estoy haciendo. Me voy a ir a vivir a San Francisco contigo y voy a intentar hacerme un hueco en el mundo de la fotografía.

—Pero, ¿y tu padre? No puedo dejar que echas a perder tu futuro por mí.

—No te preocupes por eso. De hecho, él me ha alentado a marcharme contigo.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —pregunto cada vez más confusa.

—Porque sabe que eres la única mujer en el mundo capaz de poner en vereda a un rebelde inmaduro como yo.

Sus palabras me tocan el alma. Me elevan. Siento levitar por dentro.

—¿Y si te arrepientes? —pregunto con mis ojos clavados en su boca, deseando besarle.

—No me arrepentiré.

—¿Y eso como lo sabes?

—Porque pase lo que pase prefiero que las cosas salgan mal y haber vivido una historia contigo que no quedarme con la duda de lo que pudo haber sido y no fue.

Esa frase es la que necesito escuchar para lanzarme a su boca y besarle. Jake me recibe con ganas. Nuestros labios se juntan, se reconocen, se buscan.

Como me alegro de que, al final, no sea el último beso.

—¿Sabes una cosa? —pregunta entre beso y beso.

—¿Mmmm? —digo con los ojos cerrados.

—Echar un polvo a más de 10.000 metros del suelo es algo que no hemos hecho aún.

—¡¡Jake!! —exclamo abriendo mucho los ojos.

Pero reconozco que en cuanto me encuentro con su sonrisa pilla no puedo evitar soltar una carcajada a sabiendas que, si él me lo pide, soy capaz de eso y de mucho, mucho más.

San Francisco, prepárate. Tengo la intención de ser muy feliz a pesar de las sombras que me esperan.

Epílogo

Harper

Siete meses después...

Huele a verano y Nueva York está preciosa.

La última vez que venimos a la ciudad fue en abril, aprovechando que Jake tenía una reunión de la junta de la cadena hotelera Lawler, donde sigue participando, aunque ya no trabaje allí de forma activa.

Estuvimos una semana y yo me pasé todo ese tiempo ayudando a Lena con los últimos preparativos para la boda.

Hoy, siete de julio, es el gran día. El cielo está precioso, de un color azul muy vivo. Y el sol brilla radiante como si quisiera celebrar con nosotros este momento.

Aunque todo esto lo veo desde la ventana de la habitación en la que estamos, en una pequeña iglesia de Manhattan.

Lena acaba de ponerse el vestido de novia y está preciosa. Es un vestido de corte en A, con tul drapeado de color crudo, con escote corazón y detalles florales. Es un vestido sencillo, nada recargado. Cómodo y natural,

como ella.

El pelo castaño lo lleva recogido en un moño casual que deja caer varios mechones en suaves ondas sobre su cara.

—Harper, creo que me voy a desmayar en cualquier momento. ¿Y si lo hago de camino al altar? Por Dios, haría un ridículo estrepitoso y saldría en todas las portadas de las revistas del corazón.

Me río. Sé que ella siente este miedo como algo posible y real, pero yo lo veo como lo que es: una exageración dada por los nervios del momento.

—No vas a desmayarte. Te lo prometo. Tu respira y tranquilízate que todo va a salir bien.

—Dios, ¿qué haría yo sin ti? —pregunta con dramatismo.

—Hiperventilar como una histérica. Lo mismo que ahora, pero en solitario.

Lena pone los ojos en blanco ante mi comentario sarcástico y, justo en este momento, llaman a la puerta. Es mamá que nos avisa de que ya es la hora. Todo está listo y debemos salir.

—¿Preparada? —le pregunto ofreciéndole mi mano.

—No, pero la única alternativa para huir a estas alturas es salir de aquí saltando por la ventana y no creo que sea buena idea.

Dejo escapar una risita entre dientes y ella se coge de mi mano. Abro la puerta y papá nos espera fuera. Va a ser el encargado de llevarla hasta el altar, ya que Lena no tiene a ningún familiar que pueda hacerlo. Cuando Lena vino a San Francisco a pedírselo, papá casi llora de emoción, y es que tanto él como mamá la adoran.

Hoy papá está guapísimo. Se ha dejado la gorra de béisbol en casa y lleva un traje azul oscuro que le queda a las mil maravillas.

Lena le coge del brazo y yo me suelto de su mano. Es la hora de que me dirija hacia el altar. Soy la dama de honor y voy antes que ella. Eso hago.

Por suerte, Lena ha elegido un vestido de dama de honor muy bonito para mí. Es verde, realza mi figura y no tiene volantes ridículos, como los vestidos de damas de honor de la mayoría. Es sencillo, recto y con una tela de gasa muy suave.

Las puertas se abren y veo a todo el mundo levantarse de su sitio con expectación. Una música de violines suena y yo empiezo a caminar con pasos cortos, como lo ensayamos, por el pasillo que hay entre las banquetas decoradas con peonías blancas y tul.

Miro hacia el frente y enseguida mis ojos conectan con los de Jake, que está de pie al lado de Adam y Evan. Aunque oficialmente solo puede haber un padrino y este por sorteo es Jake, de forma extraoficial es como si lo

fueran los dos.

Jake, al verme, sonrío, y es una de esas sonrisas a medio lado que tanto me gustan.

Conozco cada una de sus sonrisas. A lo largo de todos estos meses he aprendido a descifrarlas todas. Está la perversa, la que quiere decir: quítate la ropa que tengo ganas de hacerte gemir hasta que te desmayes de placer. Después está la tierna que significa: quiero que nos abracemos y nos hagamos mimitos mientras pones música de fondo. O la sarcástica cuando nos enfadamos: te quiero, pero puedes llegar a ser un auténtico coñazo cuando te lo propones.

Tras llegar a San Francisco yo me quedé unas semanas en casa de mis padres y Jake ocupó una habitación de un hotel Lawler ubicado en la ciudad. Al final, tras pensarlo mucho, decidimos alquilar un pequeño piso en Union Square y vivir juntos.

Entre las muchas novedades desde entonces, hay una muy importante: mi blog ha empezado a despegar. Empieza a generar una cantidad de dinero importante gracias a las promociones y a la publicidad online que he insertado con banners.

Uno de los cambios principales que ha sufrido el blog es un salto cualitativo. Desde que llegamos a San Francisco Jake es el encargado de

hacer las fotos que publico, y eso se nota. Sus fotos tienen esencia, son vivas, y eso llama la atención de los colaboradores y marcas de ropa.

Él aún está empezando a moverse en el mundo de las galerías de arte para dar a conocer sus fotografías. Por ahora solo ha podido participar en un par de exposiciones, pero tiene paciencia. Sabe que este mundillo no es fácil. Mientras, se ha apuntado a un curso de fotografía para seguir aprendiendo y mejorando.

Llego a la zona del altar y me quedo a un lado. La música de violines deja de sonar y lo hace la marcha nupcial.

Lena aparece del brazo de mi padre y yo me muero de orgullo. Por él, por todo el esfuerzo que está poniendo para llevar lo mejor posible su enfermedad. Por ella, por haber encontrado a Adam y ser feliz con él.

Miro a Adam de reojo y su mirada llena de amor lo dice todo. En este instante, para él, Lena es el centro de su mundo.

Cuando Lena llega hasta Adam y los dos se miran con esa adoración tan profunda, yo no puedo evitar mirar yo a Jake al otro lado. Él me devuelve la mirada. Y sé que ambos compartimos el mismo pensamiento: Ojalá algún día no muy lejano, ellos seamos nosotros.

Extra

Lena

Tres semanas después, en una isla perdida en la costa brasileña...

Ir de luna de miel a una isla paradisiaca solo para Adam y para mí durante un mes entero me pareció una idea estupenda desde el principio. Adam, yo y el mar, ¿qué hay mejor que eso?

La casa en la que nos encontramos es espectacular. Está toda distribuida en una sola planta, con un diseño diáfano y moderno y materiales naturales como la madera, el mimbre o el lino. Frente la casa se encuentra la playa, una playa de aguas cristalinas. Hace calor, me he puesto morena por primera vez en mi vida y se me está aclarando el pelo.

Lo que no contaba era con pillar un virus estomacal que me dejara postrada en la cama dos días enteros. Entre náuseas y vómitos soy ahora mismo lo menos erótico que existe. Y eso que la ropa que he traído es minúscula y llena de encaje, pero de poco sirve cuando tienes que levantarte corriendo de la cama cada poco rato para depositar lo que acabas de comer en el inodoro.

—Deberíamos volver a casa —sugiere Adam por enésima vez desde que

empecé a encontrarme mal. Está sentado a los pies de la cama y me mira preocupado.

—No quiero. Aún nos falta una semana para regresar a la rutina, y seguro que se me acaba pasando pronto.

—Al menos deberíamos acercarnos a la ciudad para que te examinase un médico.

—Solo es un virus, o como mucho una intoxicación. No tengo fiebre. Solo náuseas y vómitos.

—Ni que estuvieras embarazada —espetea como quién habla del tiempo.

Parpadeo una vez. Luego otra. Y otra más. Ay, Dios. ¿Embarazada? Me levanto corriendo de la cama con una sensación extraña recorriéndome por dentro.

—¿Tienes ganas de vomitar de nuevo? —pregunta.

No respondo. Cojo el móvil que tengo sobre la cómoda y regreso a la cama. Tengo una aplicación en la que controlo mi menstruación y la abro con las manos temblorosas. A mi lado, Adam me observa sin entender nada.

Cuando la aplicación se abre, observo el calendario con las náuseas golpeándome en la garganta. El calendario marca un retraso de una semana. Es verdad que ya se me ha retrasado antes, por eso no le había dado

importancia. Pero suele ser un retraso de días. Una semana es mucho. Demasiado.

Entonces recuerdo la primera noche que vinimos aquí. Decidimos darnos un baño nocturno y acabamos haciéndolo en el mar, sin protección ni nada. Solo fue una vez. Una única vez. Quedarme embarazada era estadísticamente... ¿improbable?

—Tengo una falta —susurro bajito, incrédula aún.

—¿Qué? —Adam alza una ceja, se nota que no sabe de lo que estoy hablando—. ¿Una falta de qué?

—De la regla, Adam, ¿de qué va a ser?

Mis palabras surten el efecto esperado: puedo leer el pánico en ellos. Genial, al menos ahora no soy la única asustada.

—Pero eso es imposible, es decir, usamos protección.

—No la usamos aquella noche, ¿recuerdas? —pregunto moviendo la cabeza hacia la ventana abierta por donde se ve la playa.

—¡No jodas! Pero si solo lo hicimos una vez. ¿Hay gente que tarda años en conseguir un embarazo y nosotros lo conseguimos a la primera de cambio en un polvo en medio del agua y en una postura donde la gravedad no jugaba a nuestro favor? Debemos ser los más fértiles del planeta.

—Tampoco es seguro —intento tranquilizarle, porque ha empezado a hiperventilar.

—¿Y cómo salimos de dudas?

—Necesitaríamos un predictor.

—Bien. —Coge su móvil, marca el número de la agencia que se encarga de traernos suministros a casa y le pide un predictor con urgencia.

La hora y media que esperamos a que llegue es una de las más largas de mi vida. He vomitado una vez, aunque en esta ocasión creo que ha sido de los mismos nervios.

Oímos el ruido de un motor y desde la ventana vemos a Maicon aparcar su lancha fuera. Maicon es el encargado de hacernos llegar todo lo que pedimos.

Adam sale a su encuentro, coge una pequeña bolsita que le tiende y en menos de cinco minutos vuelve a estar a mi lado. De nuevo oímos el ruido de un motor al exterior, algo que nos hace suponer que Maicon se ha marchado.

—He comprado tres por si las moscas. —Me enseña las tres cajitas visiblemente nervioso—. Venga, tienes que hacer un pis.

Me levanto de la cama y le miro ceñuda. ¿Pretende acompañarme a mear? Hay ciertas cosas que una mujer debe hacer sola.

—Yo voy a hacer un pis. Tú vas a quedarte aquí hasta que vuelva.

Voy al baño, me siento en el inodoro y sigo las instrucciones del predictor. Cuando termino regreso al dormitorio donde Adam no deja de pasear de un lado al otro.

Le enseño el predictor que tiene una pantallita digital que ahora mismo muestra un reloj en movimiento y lo dejo sobre la cómoda a la espera que arroje el resultado.

Creo que nunca he estado más nerviosa. Ay, Dios. Me muero de los nervios. No sé cómo sentirme. Esto no era algo que hubiéramos planificado.

Adam deja de dar vueltas y se coloca a mi lado. Los dos nos quedamos embobados mirando el predictor con ese reloj que no deja de girar. Tengo el corazón a punto de salirse de mi boca. Y estoy segura de que Adam está igual.

Cuando empiezo a pensar que el maldito palito no funciona y que tendré que usar otro, el reloj desaparece y en su lugar lo hacen unas palabras. Unas palabras que me dejan con la boca abierta y un mar de emociones recorriéndome por dentro: Embarazada. 2-3 semanas.

Me llevo una mano a la boca, sin saber cómo reaccionar. Miro a Adam con cierto miedo. Espero encontrarme la decepción dibujada en su cara. Porque, aunque quiere tener hijos, no hemos hablado sobre ello. Sin embargo,

al contrario de lo que espero, no parece enfadado. Quizás está en shock, porque de repente sus labios se arquean en una sonrisa.

—Voy a ser padre —susurra flojito.

—Sé que esto no entraba en nuestros planes, pero tarde o temprano tenía que pasar...

—¡Voy a ser padre! —repite ahora más alto, mirándome con los ojos brillantes—. ¡Vamos a ser padres!

Me abraza, me alza entre sus brazos y da vueltas conmigo por la habitación hasta que caemos abrazados en la cama. Sonrío, aunque estoy muerta de miedo. Y de asco, porque las náuseas no me dejan vivir.

—Por la forma en la que has reaccionado al principio pensaba que no te gustaba la idea de que estuviera embarazada —susurro.

Yo estoy con la espalda tumbada sobre el colchón y Adam está a mi lado, apoyado en un codo para mirarme desde arriba.

—Me ha pillado desprevenido, pero mientras esperaba la llegada de Maicon, he empezado a darle vueltas y... ¿por qué no? ¿Qué hay más maravilloso que una personita que sea mitad tú y mitad yo?

Sus palabras me acarician el alma.

Y, sin más, le beso, con la emoción aleteando en mi pecho.

¿No quieres perderte ninguna de mis novelas?

Hola, soy Ella Valentine, la autora de esta novela. Quiero darte las gracias por leer la historia de Harper y Jake, la segunda entrega de la serie Multimillonario &.

Si te ha gustado esta novela te pediría un pequeño favor: escribe tu valoración en Amazon. Para ti supondrán solo 5 minutos, a mí me animará a seguir escribiendo.

Por otro lado, si quieres estar al día de todo lo que publique, puedes hacerlo mediante mi página de Facebook:

<https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

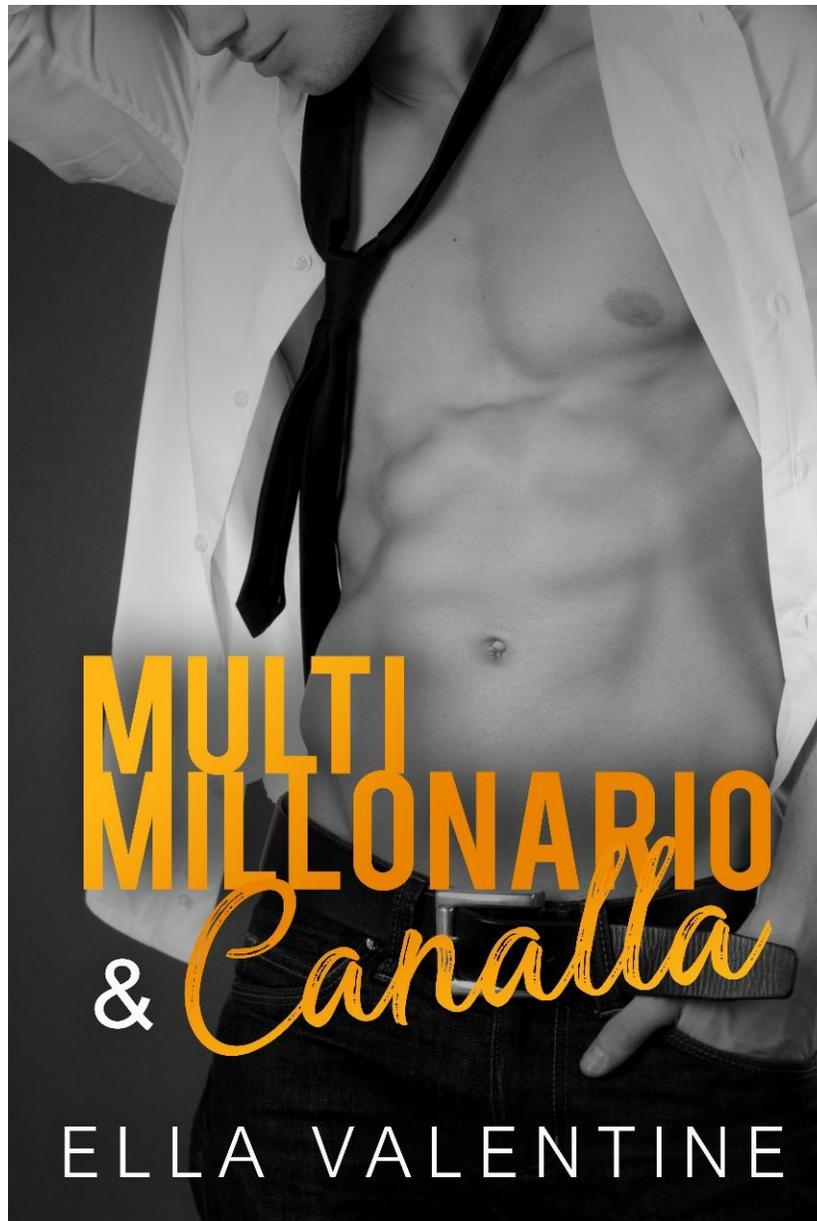
También puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, para que sea el propio Amazon quién te avise de mis nuevas publicaciones ;-).

<https://www.amazon.es/l/B07SGG42T8>

¡Gracias!

Otras publicaciones de Ella Valentine

**Multimillonario & *Canalla* (Multimillonario
& 1)**



Adam Walter ha tenido una vida de excesos: drogas, alcohol, mujeres... Pero ahora que ha salido de la clínica de desintoxicación y está a punto de asumir un cargo en la multinacional que dirige su padre, necesita limpiar su reputación con urgencia. Para ello contrata a un especialista en la rehabilitación de personajes públicos, quién le asegura que la mejor forma de conseguirlo es fingiendo una relación estable con una chica normal.

Esa chica normal es Lena Murphy, quién no lo ha tenido fácil en la vida: sus padres murieron cuando ella era adolescente, no tiene familia y apenas puede llegar a fin de mes. Lena acaba de perder su trabajo y necesita encontrar otro de forma desesperada, así que cuando le proponen hacerse pasar por la novia del heredero de una de las fortunas más importantes de Nueva York por una generosa cuantía de dinero, acaba aceptando por pura necesidad.

Adam y Lena tendrán que fingir ser pareja, pero ¿dónde acaba la mentira y empieza la verdad?

[Sigue el enlace para leer](#)